
HARLEQUIN
BIANCA
Cerca de ti

Cerca de ti

Rita estaba desesperada. Se encontraba sola, sin empleo y con una familia a su cargo. Pero sus plegarias fueron escuchadas, y logró una entrevista de trabajo. Sin embargo, el entrevistador era Rider Barron, el hombre que hacía tres años le había destrozado la boda. Por supuesto, Rita no volvería a caer en la trampa...

Capítulo 1

AL cruzar la calle hacia el rascacielos donde se encontraban las oficinas de Cromford, Rita descubrió que había perdido su pequeño bolso.

El aire invernal era frío y cortante, debido a la nevada que se avecinaba ese viernes por la tarde en Manhattan, mientras se abría paso por entre la multitud.

Al fin se presentó en la recepción de Cromford y explicó cuál era el asunto que la llevaba allí. Sintió cierto alivio cuando el reloj del vestíbulo le indicó que todavía faltaban un par de minutos para su cita.

—Lo siento, señora West —dijo la joven recepcionista—, pero el señor Stanton se ha retrasado. ¿Le importaría subir al departamento de diseño y esperar en el vestíbulo? Está en el quinto piso.

Rita cogió el ascensor y se desabrochó la gabardina gris. Al llegar, se instaló en el lujoso vestíbulo.

No le importaba esperar, si al señor Stanton le gustaban sus bocetos y sus dibujos. Cuando habló con él por teléfono, pareció interesado, lo cual le levantó el ánimo.

Conseguir ese empleo significaba todo para ella. Si lo lograba, podría proporcionarles a los Wilson la ayuda que necesitaban con desesperación, empezar a pagar las cuentas del hospital y el alquiler atrasado.

Incluso, tal vez pudiera comprarse un par de zapatos nuevos.

Después de seis semanas sin empleo, cualquier trabajo sería bienvenido. No obstante, debido a la crisis, las vacantes eran tan escasas como las pepitas de oro e incluso más preciadas.

Empezó a sentir frío, a pesar de que el lugar era cálido. Miró su reloj y descubrió que ya había esperado durante casi una hora. Apretó la mandíbula y se preparó para continuar la espera.

Aparte del sonido ocasional de algún teléfono y del ruido distante

de una fotocopiadora, todo permanecía en silencio. De forma gradual, sus párpados se fueron cerrando y bajó la barbilla hacia el pecho.

Algo la hizo levantar la cabeza y abrió los ojos. Un hombre alto, de hombros anchos y que vestía un traje oscuro de buen corte, se encontraba a unos cuantos pasos de Rita, con la mirada fija en ella.

Tenía un rostro duro. Sus ojos eran grises y su pelo rubio.

La joven se puso de pie con torpeza. Su corazón parecía haber dejado de latir y se sintió mareada. Se obligó a controlarse y a observar ese rostro tan familiar.

Habían transcurrido más de tres años desde la última vez que vio a Rider Barren. Se había asegurado de no volver a verlo. Sin embargo ahora, allí estaba él, como salido de la nada.

—Tengo entendido que espera al señor Stanton para entrevistarse con él —manifestó el hombre con cortesía, con esa voz que siempre la hizo estremecerse.

Rita asintió sorprendida al descubrir que los ojos grises tenían una expresión fríamente impersonal y no parecían reconocerla. Sin embargo, una vez, él le había dicho que su rostro era inolvidable.

Los últimos años habían sido para ella los más largos de su vida y se sentía décadas más vieja. ¿Acaso había cambiado tanto?

Por supuesto, de muchas maneras parecía una persona distinta. En lugar de llevar el pelo suelto y rizado hasta el cuello, ahora lo tenía largo y liso, recogido en un moño. En aquel tiempo, pesaba casi diez kilos más, su rostro ovalado estaba más lleno y sus curvas más redondeadas. Incluso sus ojos verdes eran más brillantes entonces, casi como esmeraldas.

Él añadió en tono autoritario, después de una pausa:

—Me temo que Stanton no regresará esta tarde. No obstante, podré recibirla yo, si pasa al despacho.

¿Qué hacía Rider Barron allí?, se preguntó Rita, mientras recogía su carpeta para seguir al hombre. ¿Era Cromford otra firma de su imperio de negocios? Si era así, resultaba irónico que ella se presentara allí con la esperanza de conseguir empleo cuando un juicio hipotecario llevado a cabo por su banco la privó del último que tuvo.

Los ojos grises no se apartaban ni un momento del rostro de la chica. Rider se sentó ante el imponente escritorio del señor Stanton y, con un toque de arrogancia que ella conocía demasiado bien, le indicó que se sentara frente a él.

Rita pensó con amargura que sin duda él lo tenía todo: buena apariencia, dinero, buenos antecedentes y un gran poder. Si Rider se quedara sin posesiones en una isla desierta con un grupo de personas, se convertiría en el líder de una manera natural.

Él cogió una libreta y un bolígrafo, antes de agregar

—Supongo que para empezar, me dará algunos datos personales.

El instinto de supervivencia le indicó que no debía decirle nada; sin embargo, tenía que conseguir ese empleo.

—¿Qué desea saber con exactitud? —preguntó Rita con la garganta seca.

—¿Es usted la señora West?

—Así es.

La observó un momento detenidamente.

—Está muy delgada, tiene un aspecto casi frágil.

—No creo que eso interfiera en mi habilidad para dibujar o desempeñar el trabajo con eficiencia —respondió Rita con voz aguda.

Rider se frotó el labio inferior con el índice, antes de responder.

—Importa, si se pone enferma con frecuencia.

—Rara vez me pongo enferma —aseguró ella—. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Eso está bien —la estudió con mirada penetrante—. ¿Cuántos años tiene, señora West?

—Veinticuatro.

—¿Es la señora West? —parecía como si tuviera un buen motivo para dudarlo.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo lleva casada? —preguntó él, después de observarla pensativo.

—Varios años.

—Una respuesta muy precisa —comentó él con ironía—. ¿Tiene hijos?

Rita negó con la cabeza y se esforzó por controlar el gran dolor que el interrogatorio le causaba.

Al levantar la mirada, notó que los ojos de Rider se oscurecían. Dominada por el pánico, pensó que él lo sabía.

Rider habló de nuevo, en tono formal.

—¿Dónde vive, señora West?

—En Greenwich Village —tragó saliva.

—¿La dirección?

—Gooker Street, número siete.

—¿No tiene empleo en este momento?

—No.

—¿Para quién trabajó antes?

—Para Coe's Commercial Art.

—¿Cómo se enteró de esta vacante?

—Jonathan Coe sugirió que solicitara el empleo —a Rita, dicha

sugerencia le pareció ideal; la respuesta a todas sus plegarias. El trabajo significaba el desafío que ella siempre esperó encontrar. No obstante, de haber sabido que Rider Barron la entrevistaría, no se habría presentado.

Se preguntó si él podría leer su expresión mientras golpeteaba con el bolígrafo contra el escritorio.

—¿Qué hacía con exactitud en Commercial Art, señora West?

Las preguntas parecían no tener fin. Rita tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer erguida y concentrada para responder con lucidez.

Tuvo un respiro mientras él examinaba los dibujos que ella había llevado. Se oprimió las sienes palpitantes con las yemas de los dedos y esperó.

La voz de Rider la hizo levantar la vista. Él la observaba; era evidente que esperaba una respuesta a la pregunta que ella no había escuchado.

—Yo... lo siento... —tartamudeó la joven.

Rider repitió la pregunta y durante los minutos siguientes, formuló varias preguntas técnicas, lo cual le demostró a Rita que tenía un buen conocimiento del arte y el diseño. Empujó los dibujos hacia ella.

—Gracias, señora West. Le avisaremos.

Eso significaba que no. Tanto sufrimiento para nada. Rita intentó controlar la desesperación que amenazaba con dominarla y se puso de pie, decidida a que no adivinara sus sentimientos.

—Gracias por su tiempo —dijo.

—Olvida sus dibujos—observó Rider, cuando ella casi llegaba a la puerta.

La joven se volvió y regresó al escritorio. Rider la observó, sin moverse.

Al mirarlo, Rita notó un gesto de cruel satisfacción en su rostro. De inmediato se convenció de que sabía con exactitud lo frustrada que se sentía. Caminó hacia la puerta otra vez, con la cabeza en alto. Oyó su voz de nuevo al llegar al umbral y se detuvo.

—¿Cómo llegó aquí?

—He venido en autobús.

De pronto sonó el teléfono. Él levantó el auricular y le dijo a Rita:

—Espere un minuto.

Ella ignoró la orden, salió y cerró la puerta. Escapó por el vestíbulo hacia el ascensor. Pulsó el botón y se apoyó en la pared, se sentía débil.

Cuando llegó al ascensor, Rita dio un paso, pero su carpeta se abrió y los dibujos cayeron al suelo.

Empezó a recogerlos con torpeza, dominada por el urgente deseo de huir.

Unas manos fuertes se cerraron sobre sus codos y la pusieron de pie, para luego apartarla hacia un lado.

—Permita que la ayude —Rider llevaba puesto un elegante abrigo. Era obvio que su día de trabajo había terminado y ya se iba.

—No deseo su ayuda —murmuró Rita, sin intentar ser cortés.

Él ignoró la respuesta, recogió los dibujos, los guardó en la carpeta y la cerró. En lugar de entregársela, se la puso bajo el brazo y, una vez más, pulsó el botón del ascensor.

—La llevaré a su casa. No parece estar en condiciones de viajar en autobús.

Ella se negó a mirarlo a los ojos y respondió:

—Gracias, pero me encuentro perfectamente bien. No necesito ayuda.

—Creo que sí la necesita —insistió Rider—. Parece estar al borde de un colapso. Si no me equivoco, sólo la fuerza de voluntad la mantiene en pie.

El sentido común le indicó a Rita que debería aceptar la ayuda. La pequeña cantidad de dinero que llevaba había desaparecido con su bolso y tendría que andar mucho para regresar a casa.

—De verdad, estoy bien —insistió e hizo caso omiso del sentido común—. No necesito su ayuda —repitió con terquedad.

Él no hizo caso de sus palabras, la cogió del brazo cuando las puertas del ascensor se abrieron y la condujo hacia el interior, ocupado ya por varias personas.

—Espere aquí un minuto —pidió Rider al llegar a la planta baja y se acercó a la recepción.

Rita ignoró la orden recibida y caminó con rapidez. Casi había llegado a la puerta principal cuando Rider la alcanzó y guardó algo en el bolsillo de su abrigo.

Ya había oscurecido, aunque las luces de Manhattan hacían que las avenidas brillaran más que si fuera de día. La escarcha caía sobre las aceras y los coches.

En cuanto salieron del calor del edificio, el frío rodeó a Rita y empezó a estremecerse sin control.

—El buen sentido debió indicarle que esa gabardina es demasiado fina para este tiempo —comentó él con enfado.

El buen sentido se lo había indicado, pero era la prenda de abrigo en mejor estado que tenía.

—No sentiré frío cuando me encuentre en el autobús —respondió ella—. En cualquier momento llegará uno.

Rider murmuró algo entre dientes, la agarró del brazo con fuerza y la hizo caminar hacia un aparcamiento privado.

Rita protestó e intentó soltarse.

—Le he dicho repetidas veces que no deseo su ayuda. Por favor, deje de maltratarme.

—No habría necesidad de hacerlo, si dejara de comportarse como una tonta y me permitiera llevarla a casa de una manera civilizada — abrió la puerta de un BMW color gris plata, aparcado frente a un letrero que decía «Sólo vehículos de la policía».

Rita pensó que eso era típico. Todo el clan de los Barron, una adinerada familia de banqueros y políticos con poder en Nueva York durante generaciones, tendía a ignorar las reglas y los reglamentos; las restricciones a las que estaban sujetos el común de los mortales.

—Suba —le ordenó Rider con voz cortante. Como Rita no obedeció, él la empujó sin ceremonias y cerró la puerta del coche.

—Canalla dominante —murmuró Rita con amargura y se resignó.

Una vez sentado al volante, Rider se inclinó para ponerle el cinturón de seguridad, antes de ponerse el suyo. La joven contuvo la respiración y se quedó inmóvil al sentir el peso del musculoso muslo contra su pierna, lo cual despertó emociones dormidas desde hacía mucho tiempo. Él sonrió, aparentemente divertido por su reacción.

—¿Dónde está con exactitud Gooker Street? —preguntó.

Rita respondió con pesar, pues no deseaba que supiera dónde vivía. Rider condujo en silencio a través del tráfico.

La chica evocó otra ocasión, cuando viajaron juntos por la ciudad. Esa vez, ella se mantuvo en silencio y ansiosa. Rider, sin embargo, charlaba y sonreía. Expresaba su gusto por asistir a la fiesta que los padres de él ofrecían aquella noche. Al notar el temor de Rita, él la había cogido de la mano y, cuando se detuvieron ante un semáforo en rojo, volvió la cabeza y sus ojos grises le sonrieron, mientras Rider le decía: «Te amo».

Esas palabras que Rita nunca esperó oír la llenaron de alegría y felicidad…

Interrumpió sus recuerdos y recordó que incluso entonces, Rider la engañaba, pues él vivía una aventura con Julie Dawn, a sus espaldas, mientras a Rita le aseguraba que ella era la única mujer en su vida. Para distraerse de tan perturbadores pensamientos, se obligó a charlar con cortesía.

—Hace una noche desagradable. Espero no desviarlo demasiado de su camino —comentó.

Recordó que él tenía una suite en el último piso del Hotel Markman, en la Quinta Avenida, frente a Central Park. Tal vez todavía

vivía allí, a no ser que se hubiera cambiado de lugar de residencia al casarse.

Como él no respondió, Rita preguntó:

—¿Su esposa no se preguntará adonde ha ido?

—No estoy casado —respondió él e hizo una mueca—. ¿Pensaste que estaba casado, Rita?

Ella se quedó sin hablar al oírlo pronunciar su nombre. ¡Así que la había reconocido!

—Sí, dadas las circunstancias —respondió ella, haciendo un gran esfuerzo.

Él la miró de reojo y notó la palidez de su rostro, las manos apretadas y la tensión de su cuerpo.

—Tienes la costumbre de sacar conclusiones —observó Rider—. Por ejemplo, has supuesto que no conseguirás el empleo.

—Sé que no lo obtendré —respondió Rita.

—¡¡Oh! ¿Qué te hace estar tan segura?

—¿Te han gustado mis bocetos? —preguntó ella y no mencionó todos los motivos que pudo haber citado.

—No. Son competentes, pero carecen de entusiasmo.

Confirmados sus peores temores, Rita tragó saliva.

—Lamento que no te haya gustado mi trabajo. En realidad... deseaba ese empleo —se controló para no decir «necesitaba».

—He dicho que no me han gustado los bocetos, pero pienso que los dibujos de Cómo aprender a volar son encantadores. Tienen vida, calor y encanto...

Los dibujos a los que él se refería eran las ilustraciones para un libro de cuentos de hadas que ella estaba escribiendo. Ni siquiera se dio cuenta de que los había dejado en la carpeta.

Rider, después de una pausa, añadió:

—Mi favorito es el del niño que sostiene el pelo a la pequeña regordeta. Cromford necesita a alguien que pueda dibujar con esa clase de humor e imaginación.

Rita contuvo la respiración y él continuó:

—A pesar de que tengo la política, con cualquier empresa que controlo, de no interferir nunca en las decisiones con respecto al personal, tal vez le aconseje al señor Stanton que te contrate.

—Gracias —apenas si oyó su voz.

—No tienes por qué darme las gracias —dijo él con brusquedad—. Si te recomiendo, será debido a tu innegable talento.

Resultaba evidente que no experimentaba ningún sentimiento hacia ella. Rita pensó que, con seguridad, Rider se había sentido incómodo por la forma en que le mintió y esa culpa hacía que la

odiara y sintiera resentimiento.

—¿Cuándo me has reconocido? —preguntó ella.

—Desde el principio.

Rita se indignó y sintió humillación y dolor.

—Entonces, ¿por qué me trataste como a una verdadera extraña?

—Quería ver cómo manejabas la situación —respondió Rider.

Rita pensó que eso era sólo una parte de los motivos. Rider no intentó continuar la charla y ella permaneció callada mientras trataba de aclarar sus pensamientos y sus sentimientos.

Se detuvieron frente al edificio, en Gooker Street. Rider rodeó el coche para abrirle la puerta y la ayudó a bajar.

Greenwich Village era un barrio muy popular. Allí podían verse clubes de jazz, boutiques de moda, librerías y tranquilos cafés.

Las noches de verano, los turistas paseaban por el Village, pero en esa noche de invierno, no había ninguna persona a la vista.

Cruzaron juntos la calle y subieron por los escalones de piedra. La puerta principal crujió cuando Rider la abrió y entraron.

—Vivo en el último piso —informó Rita, con la esperanza de que él se fuera en ese momento.

—Te acompañaré hasta arriba —dijo Rider, consciente de lo que ella pensaba.

Rita empezó a subir, y a pesar de que lo hizo con cuidado, tropezó, pero la rápida reacción de Rider evitó que cayera.

—Estos escalones son muy traicioneros —opinó Rider con voz cortante—. ¿No pudiste encontrar un apartamento más conveniente en el primer piso?

—Por lo general, los subo bastante bien —el orgullo no le permitió admitir que no podía pagar algo «más conveniente».

Al llegar al rellano del último piso, Rita murmuró:

—Gracias, estaré bien ahora.

—¿Lo estarás? ¿Dónde está tu llave? —preguntó Rider.

Rita lo observó un momento, sin comprender. Se mordió el labio inferior con fuerza y luchó por controlar su desesperación. Sólo tenía una llave y estaba en el bolso que había perdido.

Como ella no respondió, Rider añadió:

—Tal vez no necesites llave. Quizá tu marido esté en casa —el tono burlón le proporcionó a Rita el estímulo que necesitaba.

—Si no está, estoy segura de que llegará pronto. Buenas noches y gracias otra vez —sus palabras tuvieron la intención de que él se fuera y la sonrisa que Rider esbozó le indicó que había entendido. No obstante, permaneció allí de pie esperando.

Rita deseó que se fuera. Lo único que quería era cerrar los ojos y

hundirse en el olvido, aunque fuera en el frío rellano.

—¿No vas a llamar a la puerta para saber si está? —preguntó Rider.

De alguna manera, él sabía que Rita mentía y ella no tenía intención de permitirle salirse con la suya.

—No hay nadie ahí —admitió—. No tengo llave porque he perdido el bolso.

Rider metió la mano en su abrigo y sacó el bolso perdido.

Rita tartamudeó:

—¿Dónde lo encontraste?

—Alguien llamó desde la terminal de autobuses para informar que lo habían encontrado. Antes de subir al departamento de diseño, dejé instrucciones para que un empleado de Cromford lo recogiera, firmara el recibo y lo dejara en la recepción.

Rita lo observó y recordó que cuando estaban en el vestíbulo, antes de salir, él había guardado algo en su bolsillo.

—¿Por qué no me lo diste de inmediato?

—¿De verdad necesitas que te lo diga? —preguntó Rider.

Por supuesto que no necesitaba una explicación, ya que comprendía que al no tener su bolso estaba en desventaja y eso la hacía más dependiente de él.

Rider añadió, después de una pausa:

—¿Todavía es necesario que estemos aquí de pie, con este frío?

Rita buscó la llave con dedos temblorosos y torpes. Abrió la puerta. Casi deseó que no hubieran encontrado su bolso. Rider era la última persona que deseaba allí, viendo la forma en que vivía. No obstante, no podía evitar que entrara. Encendió la luz y se volvió.

—Entonces, sabías quién era yo, incluso antes de verme —le reprochó.

—Sí, lo sabía.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó con amargura, al comprender que él había jugado con ella desde el principio.

—Hace un par de meses, cuando estuve en Coe's por negocios, te vi. Al principio, apenas podía creer que fueras tú. Cuando revisé las listas del personal, el apellido estaba equivocado. Hice otra visita y entonces observé mejor y supe que eras tú, a pesar de cómo te llamaras. Jonathan Coe habló muy bien de ti. Por lo tanto, mencioné que habría una vacante en Cromford y sugerí que solicitaras el puesto.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Por qué crees que lo hice, Rita?

—No tengo la menor idea, a no ser que desearas jactarte.

—¿Por qué iba a desear hacer eso? —preguntó él con voz

peligrosa.

—Porque eres una canalla sin principios —sugirió ella con dulzura.

—Esto parece el Ártico —opinó Rider y frunció el ceño.

—La calefacción central no funciona —explicó Rita. Al notar que él fruncía aún más el ceño, se apresuró a añadir—: pero la chimenea eléctrica sí funciona —no mencionó que no podía costear sus funcionamiento y que, además, apenas si calentaba.

Se sentó en una silla y observó a Rider abrir puertas e inspeccionar la cocina y el destartalado baño.

La habitación principal era grande. Cuando Rita cubrió con brillantes alfombras el suelo agrietado y pintó las paredes con colores pastel, a pesar de los muebles viejos, el lugar empezó a tener un aspecto más hogareño. Sin embargo, parecía que Rider no opinaba así...

—¿Cómo puedes vivir en un lugar como éste? —preguntó él con enfado. Rita apretó los labios y no respondió—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Desde que empecé a trabajar para Coe's.

—¿Y cuánto tiempo significa eso?

—Dieciocho meses aproximadamente —respondo.

Rider se acercó al diván que había contra la pared y el cual estaba adornado con cojines para convertirlo : n sofá durante el día.

—¿Es aquí donde duermes? —preguntó él.

—¿Dónde si no?

—¿Qué hay con respecto a tu marido? —sus ojos pises brillaron.

—¿Qué pasa con él?

—No tiene sentido que continúes fingiendo —señaló—. Es bastante obvio que vives aquí sola. ¿Dónde está tu marido? ¿Por qué no está contigo?

—Eso no es asunto tuyo.

—En realidad pienso... —Rider suspiró.

—Piensa lo que quieras —lo interrumpió Rita—. No me siento bien como para discutir.

—Eso puedo creerlo. Parece que tienes fiebre.

—Tengo un resfriado, eso es todo —insistió ella. Rider le puso una mano en la frente, con la otra mano le rodeó la cintura. Rita intentó alejarse.

—Estate quieta —le ordenó él y le tomó el pulso—. Es probable que necesites un médico. Ella no podía pagar un médico.

—Lo único que necesito es acostarme. Si te vas y me dejas sola, podré irme a la cama y dormir.

—No tengo la más mínima intención de dejarte en esta nevera, sin

nadie que cuide de ti. Cogerás una neumonía y no quiero tener tu muerte sobre mi con ciencia —le soltó la muñeca—. Recoge la ropa y las cosas que necesites y vámonos de aquí.

—Esta es mi casa, no tengo otro lugar a donde ir —protestó.

—Vendrás conmigo y no hay peros que valgan —aseguró él.

—¡No me digas! ¿Por qué toda esta preocupación? —preguntó.

—Digamos que siento cierta responsabilidad hacia ti.

—No veo por qué debas sentirla —opinó ella.

—En una ocasión fuimos buenos amigos.

—Eso fue hace mucho tiempo y las cosas han cambiado —hizo una pausa y añadió con desesperación—: ¿Por qué no me diste mi bolso y me dejaste venir sola a casa?

—Tenía curiosidad por ver dónde vivías —admitió Rider—. Menos mal que he venido. Ahora sé en qué condiciones vives y no tengo intención de dejarte aquí; por lo tanto, recoge tus cosas —la miró a la cara y esperó un momento. Al ver que ella no tenía intención de obedecer, añadió—: Te llevaré a mi casa. Recoge lo que necesites y vámonos.

Rita negó con la cabeza. Estaba muerta de cansancio. Deseaba estar sola, meterse en la cama y buscar el olvido en el sueño. El simple hecho de pensar en ir al apartamento de Rider era como una maldición para ella. No soportaría ver ese lugar de nuevo, tener los recuerdos que tanto se había esforzado en olvidar.

Rider perdió la paciencia y anunció:

—Esta es tu última oportunidad.

—No quiero ir a ninguna parte contigo.

Rider la dejó sentada mientras él recogía los artículos de tocador de Rita, ropa de dormir y una r-da. Guardó todo en una bolsa de papel.

Sí acercó a ella y preguntó:

—¿Vas a venir por propia voluntad o tendré que utilizar la fuerza?

Capítulo 2

RITA intentó leer su expresión, pero su rostro parecía extrañamente confuso. —No tengo intención de ir a ninguna parte y tampoco puedes obligarme —aseguró Rita, con más valor del que sentía.

—¿Quieres apostar? Si es necesario, te llevaré a la fuerza.

La joven comprendió que él era capaz de cumplir su amenaza. La experiencia pasada le había enseñado que, cuando Rider quería algo de verdad, no permitía que nada se interpusiera en su camino.

La había querido a ella, a pesar de su relación con Julie Dawn...

La agarró con fuerza del brazo y la obligó a ponerse de pie. Rita deseaba luchar, pero incapaz de encontrar la fuerza para hacerlo, cedió y le permitió escoltarla por las escaleras, hacia el BMW.

Debido a que Rita iba apoyada en el respaldo del asiento con los ojos cerrados, transcurrió algún tiempo antes de que se diera cuenta de que salían de la ciudad. Alarmada, abrió los ojos, se enderezó de un salto y miró por la ventanilla.

—¿Adonde me llevas? —preguntó Rita con voz aguda.

—A casa —respondió Rider.

—Pero pensé...

—Después de la última vez que nos vimos, compré una casa en Catskills. En la actualidad, sólo utilizo el apartamento durante la semana.

A Rita no le agradaba la idea de ir a su apartamento pero tampoco deseaba que la llevara fuera de la ciudad.

Rider la miró un momento y la joven comprendió que él sabía con exactitud cómo se sentía, además de que esperaba cierta oposición. No obstante, no se opuso, pues empezaba a sentirse demasiado mal. Además, sabía que no tenía sentido, puesto que todas las veces que luchó contra Rider en el pasado, nunca ganó.

Al alejarse del área habitada, en dirección a las montañas del sur, Rita se fue relajando y se quedó dormida. Abrió los ojos cuando pasaban por un pueblo.

—¿Dónde estamos?

—En Owlport —respondió Rider. Al alejarse de las últimas casas del pueblo y empezar a ascender por la serpenteante carretera, añadió —: Prácticamente estamos en casa. Rita se sentía enferma y ansiaba acostarse en una cama, por lo que sus palabras le proporcionaron alivio.

Pronto dejaron atrás los árboles y siguieron por un sendero, hasta una plataforma, donde se detuvieron rente a una vieja casa, construida al estilo de una mansión inglesa.

Rider la ayudó a bajar del coche y le rodeó la cintura con un brazo. Cruzaron la puerta y el vestíbulo con paredes de madera. En el cómodo salón, la ayudó a quitarse la gabardina y a sentarse en un sofá, frente a la chimenea.

—Cuando hayas comido un poco de sopa o algo... —empezó a decir Rider.

—No quiero comer nada —lo interrumpió Rita negando con la cabeza—, pero me gustaría beber algo y tomar una aspirina.

—Parece que necesitas algo más que una aspirina —opinó él.

—Estoy segura de que sólo es un resfriado. No estoy enferma.

—No lo apostaría —opinó él, al percatarse de su palidez.

—Por la mañana estaré bien —aseguró Rita.

El silencio de Rider fue más elocuente que las palabras; se alejó y desapareció por una puerta al final de la habitación.

Rita se dijo que no podía ponerse enferma, puesto que tenía demasiadas deudas y los Wilson dependían de su ayuda. Por lo tanto, necesitaba empezar a trabajar lo antes posible...

—Tómate esto —dijo Rider al regresar y le dio una taza—. Le vendrá bien a tu garganta.

Rita se bebió la leche con miel y coñac. Rider se sentó frente a ella y esperó hasta que la taza estuvo vacía. Se la quitó y añadió:

—Le he pedido a la señora Merriton que te prepare una cama. ¿Por qué no te recuestas en el sofá, mientras preparan tu habitación?

Rider no le dio oportunidad de protestar y le quitó los estropeados zapatos, los examinó y los dejó junto a la chimenea. Luego hizo una mueca.

Humillada, no por su pobreza, sino por la reacción de él, Rita se sonrojó. Rider colocó un cojín debajo de la cabeza de la chica y le puso las piernas sobre el sofá, antes de apagar las luces principales.

Cuando salió y cerró la puerta, Rita se relajó. Era un sitio acogedor, cómodo y tranquilo, los únicos sonidos que se oían eran los del reloj de péndulo y el de los leños que ardían en la chimenea.

En unos segundos, sus pesados párpados se cerraron y el sueño la envolvió como un cómodo manto.

Rita se despertó con lentitud y dificultad. Sentía una especie de estupor mientras pequeños detalles se filtraban en su conciencia. Se sentía relativamente normal, excepto por la sed y los párpados que parecían estar pegados.

Experimentó extraños recuerdos de haberse movido de un lado al

otro, con dolor en todas las extremidades y un gran calor, como si estuviera en un horno. Recordó haber sentido algo fresco en su rostro y cuerpo, así como unas manos que la levantaban y la sostenían, mientras tomaba varios brebajes.

Cuando logró abrir los ojos, lo vio todo borroso. Murmuró con incoherencia y se esforzó por sentarse.

Un hombre que estaba en una silla, al lado de la cama, se puso de pie y la empujó con suavidad contra las almohadas.

—Relájate —le ordenó él.

Un momento después, Rita pudo enfocar el rostro de Rider. ¿Qué hacía Rider en su apartamento?

Sólo que no era su apartamento. Rita miró a su alrededor. Había floreros en la habitación y una lámpara que estaba en la mesilla proporcionaba una luz tenue. A través de las ventanas pudo ver la luz gris de la mañana iluminando el cielo, así como los copos de nieve que caían.

Intentó hablar, pero sólo pudo emitir un sonido ronco.

—¿Tienes sed? —preguntó Rider y se inclinó sobre ella.

Rita asintió. Él le deslizó un brazo por los hombros y le acercó a los labios un vaso con zumo de naranja. Ella bebió con ansiedad y, cuando él iba a alejar el vaso, extendió las manos para asirlo.

Rider sirvió más zumo de una jarra y, cuando Rita lo vació de nuevo, él se lo quitó y colocó las almohadas. Luego, preguntó:

—¿Te sientes mejor? —se sentó al borde de la cama y la observó.

—Sí, gracias —murmuró Rita.

—Eso está bien. Empezábamos a preocuparnos mucho por ti.

—¿Dónde estoy?

—En Rider's Keep.

—¿Rider's Keep? —repitió ella en un eco.

—Es una casa que mi bisabuelo construyó cuando emigró de Inglaterra. Su nombre era Rider.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Tu apartamento parecía una nevera y estabas enferma, por lo que te traje aquí, ¿recuerdas?

—Sí, creo que sí —dijo ella con inseguridad.

—Menos mal que te traje, has tenido una gripe muy fuerte.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó ella.

—Cuatro días.

—¡Cuatro días! —exclamó con horror. Lo último que quería era tener que sentir gratitud hacia Rider Barren.

Él adivinó sus pensamientos con precisión.

—¿Preferirías estar muerta a tener que agradecerme algo?

—Estás equivocado —respondió ella.
—Te prefiero viva. Como ves, tengo planes para ti, Rita.
—¿Planes? —repitió ella—. ¿A qué te refieres?
—Tendrás que esperar y ver. Anticiparse disminuye el placer, por lo menos, eso me han dicho.
Le retiró un mechón de pelo de la mejilla y se lo puso detrás de la oreja. Sonrió cuando Rita se apartó, y se levantó.
—¿Quieres una taza de té?
Rita asintió y se sintió aliviada cuando él se fue. Apartó el edredón, colocó los pies en el suelo y, sintiéndose ridículamente débil, caminó hacia el baño.
Se lavó las manos y la cara. Encontró en el anaquel la bolsa con sus artículos de tocador. Se lavó los dientes y se cepilló el pelo. Temblorosa por el esfuerzo, regresó a la cama.
Apenas se había acomodado, cuando la puerta se abrió y Rider entró, llevando una taza humeante.
—Veo que te has levantado —comentó y frunció el ceño—. No has debido hacerlo sola. No has comido nada en días; debes de estar muy débil.
—¿Quién ha cuidado de mí? —preguntó Rita mientras tomaba el té.
—La mayor parte del tiempo, la señora Merriton. Por suerte, fue enfermera antes de convertirse en mi ama de llaves.
—Oh... Espero no haberle causado demasiado trabajo extra.
—No te preocupes, ella se ofreció —explicó Rider—. Parece que te ha tomado bajo su cuidado —le quitó la taza vacía—. Enseguida te traerá el desayuno. Me daré una ducha y me cambiaré mientras intentas comer algo.
Por primera vez, Rita notó que Rider estaba despeinado y que una sombra dorada cubría su mandíbula. Tenía la camisa desabrochada y el pantalón un poco arrugado, como si hubiera dormido con la ropa puesta.
Rita se sorprendió. ¿Acaso él había estado cuidando de ella?
La puerta se cerró cuando él salió y casi de inmediato se abrió de nuevo. Entró el ama de llaves, con una bandeja.
La señora Merriton era una mujer mayor, de pelo gris y dientes bastante grandes, los cuales mostró al sonreír con satisfacción.
—Bueno, eso está mejor. Es agradable verla despierta.
—Siento haber causado tantos problemas —se disculpó Rita.
El ama de llaves le colocó la bandeja sobre las rodillas.
—No ha sido ninguna molestia. El señor Rider iba a contratar ayuda extra, pero no quise que lo hiciera —destapó un plato de plata

que contenía huevos revueltos y sirvió un vaso de leche—. Veamos cuánto puede comer. Le quitará un peso de encima cuando empiece a comer. Ha estado muy preocupado por usted.

A pesar de que le dolía el paladar y de que no tenía apetito, Rita se esforzó y comió un trozo de pan con mantequilla y probó los huevos revueltos. Se quedó dormida antes de terminar la leche.

Cuando volvió a abrir los ojos ya era de noche. La habitación estaba en penumbra, sólo había una lámpara encendida. Se sintió con la mente despejada, muy diferente de la vez anterior.

Rider se encontraba dormido en un sillón. A ella le dio un vuelco el corazón, como siempre había sucedido en el pasado. Lo había amado mucho.

Sin embargo, no lo amó desde el principio, pues a pesar de sentirse atraída por él, sabía que lo único que Rider deseaba era una aventura, por lo que decidió mantenerlo a distancia, hasta que se cansara de intentarlo.

No obstante, no estaba preparada para la insistencia de él y su decisión. Después de una niñez en la que recibió y dio poco cariño, no pudo controlar sus sentimientos.

Respiró hondo y de pronto se percató de que Rider estaba despierto y la observaba.

—¿Tienes sed? —le preguntó él.

—No, es sólo que no puedo dormir —lamentó haber admitido eso, al oírlo decir con satisfacción:

—Entonces, trata de sentarte un rato y hablaremos.

—¿Hablar? —preguntó Rita con desmayo, mientras él la ayudaba a sentarse—. ¿Sobre qué hay que hablar?

Rider le acomodó las almohadas, mientras le sostenía el cuerpo con un brazo.

—Como han transcurrido más de tres años desde la última vez que nos vimos, tres años desde que huiste de mí, tenemos mucho de que hablar, ¿no crees?

Rita sintió temor y negó con la cabeza. Rider hizo una pausa antes de continuar:

—Me temo que no estamos de acuerdo. Por ejemplo, hay un montón de preguntas a las cuales me gustaría que respondieras. Supongamos que empiezas por decirme el nombre de tu marido.

—Su nombre es Stephen... Stephen West.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Rider.

—Tiene los ojos azules y es pelirrojo. Sus amigos solían llamarlo Ginger... —dejó de hablar de pronto. Rider no pareció notar el descuido de Rita.

—¿Cuánto tiempo hacía que conocías a West cuando te casaste con él?

—No mucho tiempo —Rita evitó su mirada y trató de ignorar la forma en que su cercanía le aceleraba los latidos del corazón.

—¿Cuándo lo conociste?

No deseaba responder a las preguntas de Rider, pero si se negaba, él se preguntaría sus motivos. Se sintió atrapada y amenazada.

—Cuando vine a vivir a Nueva York —admitió.

—En la misma época en que me conociste. ¿Mantuviste su existencia en secreto deliberadamente?

—No hice nada de eso —aseguró ella.

—Entonces, ¿por qué nunca lo mencionaste?

—No lo sé. Sin embargo, puedo asegurarte que no fue con deliberación —nunca mencionó a Stephen porque, sencillamente, en esa época él no tenía ninguna importancia en su vida.

—¿Lo veías cuando salías conmigo? —preguntó Rider.

—Tenía un apartamento encima del mío, por lo que por fuerza tenía que verlo ocasionalmente —explicó Rita, impresionada por la dirección que tomaban las sospechas de Rider—. No me reunía con él a tu espaldas si te refieres a eso. Tú fuiste quien me engañó...

El rostro de Rider se contorsionó un momento con dolor.

—No te engañé, Rita. Desde el momento en que te vi sentada detrás de ese maldito escritorio, nunca miré a otra mujer.

Por un instante, sus convicciones de los tres últimos años se tambalearon al oír la sinceridad de la voz de Rider. Se controló. ¿Qué clase de tonta creía que era? Ella sabía que eso era mentira.

Rita lo observó y, en silencio, repudió sus palabras.

—Entonces, seguro que te conquistó en muy poco tiempo. ¿Terminaste con el viejo amor para continuar con el nuevo? ¿Lo amabas?

—Sí, lo amé, pero no fue de esa manera...

—¿Cómo fue? ¿Logró seducirte...? No, no puedo creer eso.

—¿Por qué no? —preguntó Rita con amargura—. Tú lo lograste con bastante facilidad. Rider sonrió con ironía.

—Yo no diría eso. Fue necesario mucho tiempo y paciencia... No, nunca diría que fuiste fácil, Rita. A no ser, por supuesto, que te lo estés inventando todo.

—¿Inventar todo? No sé a qué te refieres —tartamudeó, sorprendida.

—Quiero decir que dudo que exista ese marido invisible que tienes. Pienso que sólo dices que eres la señora West.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó Rita con voz

estrangulada.

—Supongo que para poder librarte del acoso de los hombres —sugirió él.

—Entonces, supones mal.

—Si estás casada, ¿por qué vives sola? —preguntó Rider.

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo.

—¿Estás divorciada o separada?

—No.

—¿Por qué no se hace cargo de ti? No trates de decirme que sí lo hace. Vi dónde vives y el estado de tus zapatos. Debe de ser un canalla para dejarte luchar sola, cuando no tienes trabajo.

—Stephen no es culpable de nada. Nada de esto es culpa suya —gritó Rita.

—Si quieres que crea eso, tendrás que decirme por qué no te ayuda a mantenerte.

—¡Porque está muerto! ¿Ya estás satisfecho? Oyó el siseo de Rider al dejar escapar el aliento y observó que su rostro perdía color.

—Lo siento —se disculpó él—. Debiste decírmelo.

—¿Por qué? No tiene nada que ver contigo.

—En eso no estoy de acuerdo —su tono sedoso, parecía amenazador—. ¿Desde cuánto eres viuda?

—Desde hace unas semanas.

—¿Qué ocasionó su muerte? —preguntó Rider.

—Resultó herido en un accidente automovilístico, en la autopista interestatal —explicó Rita, después de un momento de duda.

—¿Quieres decir que no murió en el acto?

—No —Rita se mordió el labio inferior—. Sufrió muchas heridas y daño cerebral.

—¿Cuándo sucedió el accidente?

—Antes de la Navidad —no mencionó a propósito que el accidente había ocurrido hacía tres años.

—¿Estaba consciente?

—No, estaba en estado de coma —respondió ella.

—Debió de ser un infierno verlo así —parecía conmovido.

—Su médico me dijo que no había esperanzas, pero yo no podía creerlo. Solía ir a visitarlo durante dos o tres horas diariamente.

Lo había visitado todos los días, durante tres largos años. En cada visita, la culpa la acompañaba como una vieja amiga.

—¡Santo cielo! —murmuró Rider.

Rita esperó, segura de que la mente rápida de Rider haría pronto la conexión entre lo que ella acababa de decirle y su pobreza.

Después de un silencio, él preguntó:

—¿Tenía una póliza de seguro?

—No —tampoco la tenían los Wilson.

—¿Alguna compensación? —inquirió él y ella negó con la cabeza —. ¿Quién se hizo cargo de sus gastos médicos?

—Yo.

Rider murmuró algo entre dientes.

—¿Cómo diablos lograste hacerlo? —preguntó al fin.

Rita no deseaba admitir lo mucho que había luchado. Incluso cuando tenía un empleo de jornada completa y escribía cuentos, necesitó un trabajo adicional. En ocasiones, permaneció despierta hasta la mitad de la noche para ilustrar tarjetas o para hacer trabajos similares.

Cuando ese trabajo no fue suficiente, consiguió un empleo como camarera por las noches, fregando platos, surtiendo gasolina, cualquier cosa que pudiera ayudarla a pagar las facturas.

Sin embargo, no podía decirle todo eso a Rider. Levantó la barbilla antes de hablar.

—La mayor parte del tiempo, me las arreglé bastante bien.

—Es una lástima que no tuvieras familia que te ayudara. Tu padre murió, ¿no es así?

—Sí, sufrió un ataque cardíaco. Fue después de que viniera a vivir a Nueva York.

—¿No tienes otros familiares? —preguntó Rider.

—Cercanos no. Los pocos que tengo, viven en Inglaterra. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña y mi padre se fue a vivir a Washington cuando le dieron un puesto en la Embajada Británica...

Rider haría pronto la conexión entre lo que ella acababa de decirle y su pobreza.

Después de un silencio, él preguntó:

—¿Tenía una póliza de seguro?

—No —tampoco la tenían los Wilson.

—¿Alguna compensación? —inquirió él y ella negó con la cabeza —. ¿Quién se hizo cargo de sus gastos médicos?

—Yo.

Rider murmuró algo entre dientes.

—¿Cómo diablos lograste hacerlo? —preguntó al fin.

Rita no deseaba admitir lo mucho que había luchado. Incluso cuando tenía un empleo de jornada completa y escribía cuentos, necesitó un trabajo adicional. En ocasiones, permaneció despierta hasta la mitad de la noche para ilustrar tarjetas o para hacer trabajos similares.

Cuando ese trabajo no fue suficiente, consiguió un empleo como

camarera por las noches, fregando platos, surtiendo gasolina, cualquier cosa que pudiera ayudarla a pagar las facturas.

Sin embargo, no podía decirle todo eso a Rider. Levantó la barbilla antes de hablar.

—La mayor parte del tiempo, me las arreglé bastante bien.

—Es una lástima que no tuvieras familia que te ayudara. Tu padre murió, ¿no es así?

—Sí, sufrió un ataque cardíaco. Fue después de que viniera a vivir a Nueva York.

—¿No tienes otros familiares? —preguntó Rider.

—Cercanos no. Los pocos que tengo, viven en Inglaterra. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña y mi padre se fue a vivir a Washington cuando le dieron un puesto en la Embajada Británica...

Rita no dejaba de hablar para evitar más preguntas, hasta que añadió:

—Si no te importa, me gustaría acostarme de nuevo. Me siento cansada.

Rider asintió y se puso de pie.

—Trata de dormir un poco más —sugirió él. Cuando Rita se acomodó, la observó. Su rostro tenía una extraña expresión de enfado —. Con razón pareces un fantasma —parecía que hablaba para sí mismo—. De ahora en adelante, las cosas van a ser muy distintas.

«De ahora en adelante, las cosas van a ser muy distintas.»

Él había pronunciado esas mismas palabras ante ella en una ocasión y marcaron el cambio en su relación. Fue la noche en que la besó por primera vez y provocó una respuesta apasionada que Rita no pudo ocultar...

De forma inconsciente, Rita suspiró y se movió inquieta en la cama. La evocación de la boca de Rider sobre la suya la turbaba mucho.

Rider preguntó con preocupación:

—¿Todavía estás despierta? ¿Te traigo alguna bebida caliente? —sin esperar respuesta, salió y dejó la puerta entreabierta.

Rita notó que eran casi las dos y media. Se sentó y se apoyó en las almohadas. Él regresó unos minutos después, con una taza de chocolate caliente.

Tan pronto como Rita terminó de tomarse el chocolate, él dejó la taza en la mesilla y se agachó para acomodarla.

—¿Por qué has cuidado de mí durante la noche, Rider? —preguntó con curiosidad.

Él la estudió en silencio; notó su piel casi transparente, las mejillas hundidas y los ojos verdes que parecían demasiado grandes para su

cara.

—Alguien tenía que hacerlo. Me pareció que tenía más sentido que la señora Merriton cuidara de ti durante el día, mientras yo trabajaba y que yo lo hiciera por las noches.

—Has perdido horas de sueño —objetó Rita—. Una enfermera habría sido… —dudó.

—¿Una opción más sencilla? —completó él.

—Bueno, sí.

—Es posible, pero quería vigilarte —sonrió.

—¿Por qué?

—Por varios motivos —indicó él—. Con frecuencia pensé lo que haría si volvía a encontrarte. Me pregunté cómo podría tenerte en mi poder, imaginé lo mucho que disfrutaría de tenerte indefensa en mis manos —se rió y la miró a la cara—. ¿Eso te parece melodramático? Supongo que lo es, pero me has preguntado.

Rita deseó no haber preguntado. Supuso que él sólo bromeaba. Controló el temor que amenazaba con dominarla y que hacía latir su corazón con fuerza.

—Estoy segura de que será mejor para ti que duermas bien esta noche, en lugar de permanecer ahí sentado, experimentando un placer maligno… Si eso es en realidad lo que has hecho.

—Oh, lo es —agregó Rider y ella se estremeció.

—¿De verdad me odias tanto?

—¿Qué te hace dudarlo?

—¿Por qué me odias? —preguntó—. No fue culpa mía.

—Huiste de mí —observó Rider.

—¡Por supuesto, a una simple secretaria no se le permite huir del gran Rider Barron, a pesar de lo que él haga! —gritó Rita.

Rider se pasó una mano por el pelo rubio.

—¿Tienes idea de lo que sentí cuando regresé y descubrí que te habías ido? —preguntó él.

—¿Tienes idea de lo que sentí cuando me enteré de que eras el padre del hijo de Julie Dawn?

—En aquel tiempo, era lo bastante tonto como para pensar que confiabas en mí —dijo Rider con amargura.

—Confiaba en ti —aseguró.

—Si hubieras confiado en mí, habrías esperado para escuchar mi explicación.

—¡Explicación! —exclamó Rita—. ¿Qué explicación podías dar? Lo admitiste todo.

—Y tú lo creíste.

—Por supuesto que lo creí. ¿Por qué ibas a hacer una declaración

en público, si no fuera verdad?

—Dejaré que tú respondas a esa pregunta. Mientras tanto…

—¡Disfrutas teniéndome indefensa en tus manos!

—Inmensamente —respondió Rider y sonrió con crueldad.

—¿Por qué? —Rita intentó ocultar el temor que

sentía—. ¿Qué esperas conseguir?

—Eso será una sorpresa —opinó Rider.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Rita. La chica apretó los dientes y se dijo que no le permitiría asustarla. Tan pronto como se sintiera un poco mejor y pudiera caminar para salir de allí, él no podría detenerla. Sin embargo, sentía temor. Estaba en una trampa.

Cuando Rider volvió a sentarse, ella cerró los ojos y le dio la espalda. Podía sentir que la observaba.

Transcurrió mucho tiempo antes de que se quedara dormida.

Capítulo 3

RITA se movió y suspiró. Parte de su mente reconocía el hecho de que soñaba. No deseaba despertar y enfrentarse a la realidad. Era un sueño maravilloso...

Se encontraba en Central Park, tumbada en el cálido césped, calentado por el sol del verano. Las hojas doradas se movían por encima de su cabeza, pero toda su atención estaba centrada en el hombre que se hallaba recostado a su lado.

Rider se había enderezado para apoyarse en un codo y besarla. Rita cerró los ojos con un suspiro de placer y los labios de él empezaron a moverse seductoramente sobre los de ella...

—De haber sabido que serías tan receptiva, no me habría dormido en el sillón anoche —murmuró él.

Rita abrió los ojos, confundida, y miró el rostro que estaba tan cerca del suyo. Era el mismo hombre que la había besado, pero en lugar de estar en Central Park, durante el verano, estaba acostada en la cama, bajo la luz de una nevada mañana de invierno. Rider se encontraba sentado a su lado.

Cuando sus pensamientos se aclararon, las palabras burlonas de él penetraron en su mente y sintió calor en el rostro. Se incorporó.

—Estaba soñando —dijo ella a la defensiva—. Soñaba que Stephen me besaba.

La mandíbula de Rider se tensó y sus ojos brillaron con furia. Rita comprendió que había elegido por instinto el arma adecuada para romper la armadura de satisfacción de Rider.

Después de unos segundos, Rita preguntó con voz ronca:

—¿Por qué me has despertado?

—Quería hablar contigo, antes de irme a la ciudad —respondió él.

—¿Podrás conducir hasta la ciudad con toda esa nieve? —preguntó Rita, al mirar por la ventana los copos de nieve que caían.

—La autopista estará despejada —explicó él.

—Sin embargo, tienes que llegar hasta la autopista

—objetó la joven y trató de ocultar su ansiedad.

—Cuando compré esta casa hace un par de años, también compré un Range Rover con tracción en las cuatro ruedas.

—¿Tienes que irte? —preguntó ella, sin poder controlar el temor —. ¿No puedes ponerte en contacto por teléfono?

—Podría hacerlo si se tratara de un negocio común. En realidad, eso es lo que he hecho durante los últimos días. No obstante, éste es

un asunto que deseo atender en persona —sus ojos brillaron con ironía —. Si continúas así, conseguirás que crea que te importaría que me sucediera algo.

Rita se mordió el labio inferior y no respondió.

—Aparte de la ropa de dormir, ¿quieres que te traiga algo más de tu apartamento? —le preguntó él.

—No, pronto me iré a casa.

—No seas tonta —opinó Rider.

—Debo estar levantada para el fin de semana —insistió ella.

—Si con «estar levantada» te refieres a permanecer una hora, más o menos, fuera de la cama, estoy de acuerdo. Pero no hay manera de que puedas estar en un apartamento helado. Parece que no comprendes que has estado muy enferma. Es probable que transcurra otra semana antes de que te sientas con fuerzas para hacer algo.

—No puedo quedarme aquí todo ese tiempo —pensó en sus deudas, en la factura del hospital, en la promesa que le hizo a la madre de Paul Wilson—. Tengo obligaciones. Debo empezar a trabajar lo antes posible.

—No podrás trabajar si te pones enferma de nuevo —señaló Rider —. Si te quedas aquí y...

—No... Aparte de todo lo demás, no quiero tener que... —dejó de hablar de pronto.

—¿Estarme agradecida? —sugirió él—. Me temo que tendrás que estarlo. No olvides que hasta que yo dé la orden, no tendrás un trabajo —la amenaza era implícita.

—Pero tú... tú prometiste...

—Recuerdo que no prometí nada. Yo dije: «Tal vez le aconseje al señor Stanton que te contrate».

—Dijiste que Cromford necesitaba a alguien que pudiera dibujar con humor e imaginación... —Rita tragó saliva—. Necesito un empleo.

—Si estás dispuesta a ser sensata...

—¿A qué te refieres con «ser sensata»?

—Me refiero a permanecer aquí hasta que te hayas recuperado por completo —respondió.

Eso era lo que menos deseaba hacer. Odiaba tener que aceptar su ayuda y su hospitalidad. Temía el poder que ejercía sobre ella. Sin embargo, tenía que considerar que la crisis era grave y que las oportunidades de empleo eran escasas. A no ser que ganara dinero pronto, la echarían de su apartamento. ¿Qué haría entonces?

Rider notó su expresión e hizo una mueca irónica.

—Supongo que tu precioso orgullo te inquieta.

—Me quedaré aquí unos días, dejando aclarado que tan pronto

como empiece a ganar dinero, cobrarás cada centavo que te debo.

—No te preocupes, cuando llegue el momento, pienso recibir un pago completo —aseguró él.

—Quizá puedas traerme alguna ropa —sugirió Rita, al comprender que no tenía alternativa. Mencionó los artículos que pensó que podría necesitar.

—¿Algo más? —preguntó Rider y ella negó con la cabeza. Luego se agachó, como si pensara besarla.

Rita se quedó inmóvil, en espera de la caricia de sus labios. Después de dudar un momento, Rider se enderezó. La chica lo observó salir de la habitación y cerrar la puerta.

Se preguntó si sería una tonta. Hacía años había amado a ese hombre, ansió sus besos y eso casi la destruyó. Incluso ahora, Rider la atraía, a pesar de que le temía y no confiaba en sus intenciones.

Se recostó de nuevo e intentó relajarse, pero sus pensamientos se lo impidieron. Recordó su inquietante charla con Rider y se estremeció.

Le impresionaba mucho pensar que él la odiaba de verdad. No deseaba creerlo, pero tampoco podía olvidar sus palabras.

Rider era un hombre respetado en los negocios. Era un hombre sin piedad y era sabido que destruía a cualquiera que cometiera la equivocación de tratar de engañarlo o traicionarlo.

Durante los días siguientes, la salud de Rita mejoró. Todos los días, después del almuerzo, bajaba con la ayuda de la señora Merriton y pasaba un par de horas leyendo o viendo la televisión, antes de volver a la cama.

Rider no había regresado de la ciudad. El ama de llaves le explicó que él se mantenía en contacto por teléfono y que era probable que no regresara hasta el fin de semana.

El sábado por la tarde, Rita se sintió mucho más fuerte, por lo que se vistió, bajó por las escaleras de roble y se dirigió al salón.

Eligió un libro de la biblioteca y se acomodó en el sillón, pero la historia no atrajo su interés y, en lugar de leer, miró por la ventana.

La nieve todavía cubría Catskills, pero de acuerdo con las noticias locales, la nevada no había sido tan fuerte en esa zona como de costumbre.

Pensó en Rider. El fin de semana casi se estaba acabando y aún no había señales de él. Se dijo que era mejor que permaneciera alejado, pero una traicionera parte de su mente deseaba que él regresara. Sintió ganas de llorar.

Poco después, oyó el ruido de la cerradura y volvió a la realidad. Levantó la cabeza y notó que el salón estaba casi en penumbra y que Rider se encontraba de pie, mirándola.

—Estás en casa —dijo Rita. Nunca podía sentir indiferencia con respecto a ese hombre y su corazón latió con fuerza.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Rider y la miró a la cara.

—Ahora estoy bien —aseguró ella.

—¿Sucede algo malo?

—No, nada —respondió Rita.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—Yo… no estoy llorando —tartamudeó. Rider le tomó el rostro entre las manos y deslizó los pulgares por las huellas de las lágrimas.

—Qué extraño, no es lo que parece.

Rita se apartó y él la soltó. Rider tomó asiento en el borde del sofá y con el muslo atrapó las piernas de ella, como si deseara castigarla por apartarse con rapidez. Comentó, después de un silencio:

—Es probable que estés preocupada por Paul Wilson.

—¿Cómo conoces la existencia de Paul? —preguntó Rita.

—Cuando estaba recogiendo tus cosas, me encontré con una carta de su madre.

—¡No tienes derecho a leer mi correspondencia! —gritó Rita.

—Según parece, el chico resultó herido en el mismo accidente que tu marido —comentó él, ignorando su ira.

—Sí —admitió Rita—. Yo… —¡todo había sido culpa de ella!

Pronto la dominó el insoportable sentimiento de culpabilidad, la tristeza, el pesar y la desesperación. Empezó a sollozar. No había derramado una sola lágrima desde el accidente, pero en ese momento ya no pudo controlarse.

Rider la tomó en sus brazos y deslizó una mano por su espalda para tranquilizarla.

Cuando Rita se calmó, Rider sacó un pañuelo de su bolsillo y le secó las lágrimas con ternura.

La joven hizo un esfuerzo por controlarse, se apartó y miró fijamente al fuego de la chimenea.

—Háblame de eso —le pidió Rider, sin darle oportunidad de restaurar sus defensas.

Rita obedeció, como si estuviera hipnotizada.

—Los Wilson regresaban de un paseo familiar, cuando el coche de Stephen chocó contra su camioneta y los dos vehículos se salieron de la carretera. El señor y la señora Wilson, así como su hija, resultaron con heridas leves, pero Paul resultó malherido y quedó inválido… Él era su orgullo y alegría… —no pudo continuar, bajó la vista y apretó los puños.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Rider.

—Va a cumplir once —respondió ella y tragó saliva.

—¿Todavía está en el hospital?

—No, está en su casa. Sin embargo, necesita tratamiento especial, mucho cuidado y atención. Los Wilson hacen todo lo que está a su alcance, pero son una familia pobre. No tienen el dinero necesario para atender de forma adecuada a un niño enfermo, ni para comprar los aparatos que facilitarían mucho su vida.

—Tengo entendido que los ayudas en todo lo posible.

—Sí, pero yo... —empezó a decir Rita y se calló.

—Ya tienes más deudas de las que puedes pagar —declaró él.

—Lo único que necesito es un empleo... Por favor, Rider... —estaba dispuesta a suplicar.

—El hecho de ayudar a los Wilson parece ser de gran importancia para ti —comentó pensativo.

—Lo es. Por eso tengo que conseguir ese empleo.

—Por lo que veo, incluso con un trabajo bien pagado tienes bastantes problemas —observó Rider.

—Ahora no tengo que pagar las cuentas del hospital y tan pronto como gane dinero, podré hacer una contribución regular.

—Pero no suficiente —opinó él—. He hecho algunas indagaciones y ellos necesitan una asistencia financiera superior a la que puedes proporcionarles.

—¿Por qué indagaste? No es asunto tuyo.

—Tengo entendido que el niño debe usar una silla de ruedas —continuó Rider, como si ella no hubiera hablado—, entre otras cosas, para que reciba una educación adecuada en la escuela.

—Lo sé —admitió Rita. Ese pensamiento le había ocasionado muchas noches de insomnio—. Por el momento, no puedo hacer nada al respecto.

—Yo sí puedo —dijo Rider.

—No. No es asunto tuyo. No permitiré que les des dinero en mi nombre.

—¿No deseas que el niño tenga una vida lo más normal posible? —preguntó Rider.

—Por supuesto que sí —lo miró con los ojos hinchados, los cuales reflejaban su dolor y confusión.

—Él tendrá todas las oportunidades, si me hago responsable de sus gastos médicos —indicó Rider.

—¿Por qué ibas a hacer algo así? —Rita tragó saliva.

—¿No crees que lo hago por tener un buen corazón? —preguntó Rider en tono burlón.

—No, creo que tienes otro motivo oculto.

—No es un motivo oculto —aseguró él—> No guardo en secreto el

hecho de que deseo ejercer un dominio sobre ti.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quieres?

—A ti —respondió con voz suave.

—No lo dices en serio —murmuró Rita.

—Hablo muy en serio.

—No lo creo... —musitó—. ¿Cómo puedes esperar que me acueste contigo, cuando mi marido murió hace apenas unas semanas?

—Debes de pensar que soy un completo canalla —declaró Rider con amargura.

Rita lo observó, casi ensordecida por los latidos de su corazón.

Rider permaneció en silencio un momento y añadió:

—El trato es éste... Estoy dispuesto a empezar a ayudar de inmediato a la familia de Paul. Les daré dinero mensualmente, así como cualquier otra asistencia económica que puedan necesitar. A cambio, te quiero a ti —hizo una pausa deliberada—. No trataré de apresurarte. Permitiré que te tomes todo el tiempo necesario; entonces...

—Entonces, te cobrarás —lo interrumpió con reproche.

—Es una manera pintoresca de expresarlo —opinó Rider.

—Los Wilson son una familia decente. Si les digo la verdad, no aceptarán tu ayuda.

—Eso depende de ti. No creo que se lo digas —Rider se encogió de hombros.

—¿Supongamos que digo que no hay trato y que nada me hará aceptar tus condiciones?

—Entonces, fracasaré y no conseguiré lo que deseo.

—Me deseas como tu amante...

—No, como mi esposa —respondió Rider, y se levantó para encender una lámpara y poner un par de leños en la chimenea.

Rita lo observó muda. Lo que él decía no tenía sentido. Si deseaba una esposa, ¿por qué no se casó con Julie Dawn, la mujer que esperaba un hijo suyo? No importaba lo que él dijera ahora, era su hijo, puesto que lo admitió...

En ese momento llamaron a la puerta y entró la señora Merriton. Colocó la bandeja que llevaba sobre una mesita.

—¿Quieren un plato con tostadas para acompañar el té? —preguntó el ama de llaves—. ¿O prefieren panecillos ingleses?

—Creo que panecillos ingleses —opinó Rider—. Los tostaremos en la chimenea.

Poco después, el ama de llaves regresó con los panecillos.

Rider puso uno a tostar en la chimenea. Cuando estuvo listo, le untó mantequilla y se lo dio a Rita.

—Gracias, tienen un aspecto estupendo —dijo ella.

—Pensé que te había comido la lengua el gato —comentó Rider con ironía—. Desde que mencioné la palabra «esposa» no habías dicho nada.

Rita saboreó el panecillo.

—¿No esperabas que me sorprendiera?

—No hasta el punto de quedarte sin habla —dijo Rider y tostó otro panecillo—. Casi tengo treinta y dos años. Ya es hora de que me case y me convierta en un hombre de familia.

Sus palabras la hicieron sentir un gran dolor.

—Si tanto deseas tener esposa e hijos, ¿por qué no te casaste con Julie Dawn?

—Te daré dos razones, entre muchas. Primero, el niño no era mío y me opongo al hecho de que me atribuyan al hijo de otro hombre. Segundo, ella no quería el matrimonio, sólo deseaba recibir dinero.

—¿Lo consiguió? —preguntó Rita con curiosidad.

—No. Logré frustrar sus deseos —interpretó la expresión de Rita y añadió—: No es necesario que sientas lástima por ella. No la merece, te lo aseguro.

—¿Debo creer en tu palabra? —preguntó.

—Es una larga historia —explicó Rider—. Tal vez un día de estos te la cuente.

—Rider… ¿por qué quieres casarte conmigo?

—¿No crees que ya es hora de que hagas de mí un hombre decente? —preguntó en tono burlón.

—¿Hablas en serio al decir que deseas que sea tu esposa?

—Bastante en serio, Rita —se acercó a ella—. Supe que quería casarme contigo desde el primer día, cuando entré en la oficina de Tim Ryan y te vi sentada ante aquel escritorio, tan fría y digna —se puso de pie y la miró—. Tenía la intención de proponerte matrimonio cuando regresara de San Francisco, pero desapareciste —dijo con ira y frustración.

Rita apretó los puños y se esforzó para controlar sus emociones.

Rider colocó de pronto las manos sobre los hombros de ella e hizo presión con los dedos.

—¿Por qué te fuiste?

—Me haces daño —protestó la chica.

—¿Por qué? —repitió Rider y la zarandeó un poco.

—No me agradó la idea de formar parte de un harén. Todavía no me agrada.

—Tienes mi palabra de que eres y serás la única mujer de mi vida.

—Me dijiste eso una vez, hace tiempo, ¿recuerdas?

—Entonces era verdad y ahora también lo es.

Rita, por un momento, se sintió impresionada por su aparente sinceridad. Como deseaba que eso fuera verdad y sabía que no lo era, le habló con furia.

—Seguro que piensas que soy tonta. Leí los periódicos. Admitiste que eras amante de Julie Dawn. No intentes decirme que la prensa inventó eso.

—No. no lo inventaron —confirmó Rider—. Era un juego por mi parte —sonrió con dolor—. Estaba seguro de que confiabas en mí. Aunque nunca lo dijiste, fui lo bastante tonto como para creer que me amabas...

—Te amaba —lo interrumpió Rita con pasión.

—Sin embargo, no confiaste en mí.

—¿Cómo podía confiar en ti?

—No hay amor sin confianza, al menos, no la clase de amor que deseo. Al no poderlo encontrar, renunciaré al amor y me conformaré con un arreglo.

—No puedes desear un matrimonio forzado —gritó Rita.

—No es forzado, puesto que tienes alternativa —respondió él.

Rita no la tenía. Estaba atrapada y lo sabía. No podía privar a la familia de Paul de la ayuda que necesitaba con tanta desesperación.

—Sabes muy bien que no la tengo —declaró—. No importa cómo trates de disfrazar la verdad, se trata de un matrimonio forzado.

—Entonces, que así sea —dijo él con voz cortante—. Me aventuro a sugerir que no te resultará demasiado penoso compartir mi cama.

—En ese caso, ¿por qué siento como si me enfrentara a una sentencia de muerte? —preguntó Rita.

—No puedo imaginarlo. Si recuerdo bien, eras una mujer muy receptiva —sonrió—. Recuerdo que quedé asombrado por el fuego y la pasión de tu respuesta.

La chica se ruborizó mucho y se maldijo por no controlar su lengua.

Al ver que ella guardaba silencio, Rider preguntó:

—¿Y bien? ¿Hacemos el trato?

—Con una condición —respondió y tragó saliva con dificultad.

—Tú dirás.

—Que yo trabaje y conserve mi independencia.

—No será necesario que trabajes —objetó Rider.

—Deseo hacerlo —insistió Rita—. Quiero ese empleo en Cromford. No tengo intención de permitir que me mantengas.

—Todavía ese viejo orgullo —indicó Rider y entrecerró los ojos.

—Es lo único que me queda —dijo con amargura.

—Muy bien, acepto tus términos... con una condición —manifestó Rider.

—¿Cuál?

—La condición es... que cuando salgas de aquí, vayas a vivir a Markman's —al ver que ella negaba con la cabeza, añadió cortante—: No sugiero que vivas conmigo. Tendrás una habitación en el hotel.

Markman's era uno de los grandes hoteles más antiguos, famoso por su enorme vestíbulo, las grandes chimeneas llenas de flores en el verano y con leños durante el invierno, así como por la atención que se les proporcionaba a sus huéspedes. El lugar tenía un ambiente cordial, casi anticuado, que resultaba agradable y hogareño. No obstante, el precio de una habitación allí estaba fuera del alcance de ella.

Rita negó de nuevo con la cabeza.

—No tengo intención de vivir en un hotel. Cuando salga de aquí, regresaré a Gooker Street.

—No puedes regresar a Gooker Street —aseguró Rider—. Cuando fui a recoger tus cosas, el casero se presentó y me informó que ya le había alquilado el apartamento a otra persona. Como ves, tendrás que encontrar otro sitio para vivir.

—Necesito vivir en un lugar más barato que Markman's —objetó Rita.

—No todas las habitaciones son caras —dijo Rider y suspiró—, y como soy el dueño del hotel...

—¿Lo eres? —se quedó sorprendida de nuevo—. Bueno, estaré allí una o dos semanas, mientras encuentro otro lugar. Mientras tanto, insisto en pagar lo que cueste la habitación.

—Eres la mujer más terca... —Rider apretó los dientes y dejó de hablar de pronto. Estudió el pálido rostro de la chica y maldijo con suavidad—. Soy un completo idiota. Estás exhausta. Hace una hora que debí llevarte a la cama.

Antes de que Rita pudiera protestar, la cogió en brazos y subió las escaleras. Ella fue consciente de su cuerpo musculoso y fuerte, y empezó a latirle el corazón aceleradamente, al comprender su propio deseo.

Rider volvió un poco la cabeza y sus ojos quedaron fijos en los de él. Como si los años de separación hubieran servido para concentrar y refinar la atracción, Rita supo que lo que los atraía mutuamente era más profundo que nunca.

Como si él sintiera también esos perturbadores efectos, la colocó en la cama y se alejó de inmediato.

—Buenas noches, Rita.

Ella admitió que aquello era algo más que simple atracción. Sin embargo, a pesar de que se esforzaba mucho por controlar dicho sentimiento, Rider dominaba su mente, sus pensamientos y sus sentimientos.

Después de todo lo sucedido, descubrir que aún se sentía muy atraída por él fue una gran sorpresa. Tal vez, lo que sentía podría describirse como amor.

¿Cómo podía seguir amando a un hombre en el que no podía confiar, que le mintió y destrozó su vida? Pero a pesar de todo, lo amaba.

Era una tonta. Nada podía ser más tonto y peligroso que experimentar esos sentimientos por un hombre que había admitido que la odiaba y que sólo deseaba una satisfacción. Un hombre que deliberadamente la había atrapado para que aceptara lo que sin duda sería un matrimonio vacío que le destruiría el alma.

Capítulo 4

CUANDO Rita se despertó, a la mañana siguiente, Rider ya se había ido a la ciudad y no regresó hasta el sábado. Fue una semana larga y solitaria. Cuando Rita oyó los pasos de Rider en el vestíbulo, el entusiasmo la hizo ponerse de pie. Tuvo que controlarse para no correr a su encuentro. Cuando él apareció en el umbral, ella ya tenía una expresión controlada y leía la biografía de Abraham Lincoln.

—¿Cómo estás, Rita? —la saludó con fría reserva.

—Ahora estoy bien, gracias.

—Tienes mucho mejor aspecto.

—Estoy mejor —aseguró ella—. En realidad, no hay motivo para que continúe aquí más tiempo —dijo con rapidez.

—¿Cuándo te gustaría irte? —preguntó él, pero notó su inquietud.

—En cuanto sea posible.

—¿Después del almuerzo? —preguntó.

—Yo... ¿tengo una habitación en el hotel?

—Pensé que sería caro para ti comer fuera de casa, por lo que hice arreglos para que tengas un pequeño apartamento con todo lo necesario.

—No puedo pagar un apartamento —objetó Rita.

—¿Cómo sabes cuánto hay que pagar, antes de que te lo diga? —preguntó Rider.

—De acuerdo, ¿cuánto cuesta?

Rider mencionó una cantidad que estaba muy lejos de ser barata, aunque bastante modesta para el nivel de vida de Nueva York.

—El lugar está vacío desde hace una semana —comentó él.

Después del almuerzo, Rita le dio las gracias al ama de llaves por todas sus atenciones y la abrazó. Enseguida, partieron.

Ya no nevaba, pero hacía frío. La primera parte del trayecto era muy pintoresca; sin embargo, los ojos de la chica estuvieron más tiempo fijos en el perfil de Rider que en el paisaje. Él parecía cansado.

La embargó un sentimiento de ternura casi maternal. Se dijo que era una tonta y que no debería olvidar nunca que él era un hombre duro, sin compasión y peligroso.

—Ya me he ocupado de las formalidades habituales —dijo de pronto Rider—. Por lo tanto, si te sientes con ganas de empezar a trabajar el lunes, en Cromford, podrás hacerlo. A no ser, por supuesto, que hayas cambiado de opinión.

—No, no he cambiado de opinión —aseguró ella.

—¿Conoces los detalles? —preguntó Rider.

—No.

Le indicó las horas que debería trabajar y su sueldo, el cual era considerablemente mayor de lo que ella esperaba.

—No es necesario que tengas esa expresión de sospecha —sugirió Rider—. Es lo que se paga en ese puesto.

Rita dejó escapar el aliento con alivio. Al ganar esa suma de dinero, podría empezar a ahorrar y a pagar el alquiler que debía.

Cuando Rider dijo que el alquiler ya estaba pagado, ella comprendió que había hablado en voz alta sin darse cuenta.

—Tuve que darle un cheque a tu casero para que me permitiera sacar tus cosas —explicó Rider.

—En ese caso, te pagaré lo antes posible —aseguró Rita. Por la ventanilla, vio a lo lejos los rascacielos de Manhattan.

Rider aparcó el coche y, después de recoger las llaves en la recepción del Markman's, acompañó a Rita hasta el ascensor.

El apartamento resultó ser una suite pequeña que se encontraba en el penúltimo piso. Rider abrió la puerta y le entregó las llaves.

—Son para ti, no es necesario que las entregues al salir.

La sala tenía una vista maravillosa del Central Park y la Quinta Avenida. Tenía un dormitorio y un baño. Resultaba un sitio cálido, cómodo y hogareño, muy distinto de Gooker Street.

Rider señaló el armario que ocupaba una pared y comentó:

—El resto de tu ropa y pertenencias que recogí ya están guardadas ahí.

La cocina era pequeña, pero muy bien equipada. Los armarios y el frigorífico estaban bien surtidos.

Cuando Rita terminó de examinar la cocina, Rider añadió:

—Harán la limpieza y los servicios normales, a no ser que des instrucciones contrarias. Hay servicio de veinticuatro horas a las habitaciones, por lo tanto, hasta que te sientas lo suficientemente bien como para cocinar, pide que te suban lo que desees —sus ojos brillaron burlones—. Hay una tarifa barata para residentes semipermanentes.

—¿De verdad?

—Sí —le aseguró—. A propósito, he abierto una cuenta bancaria a tu nombre —al ver que ella estaba a punto de protestar, añadió—: Es sólo una suma modesta, hasta que te paguen el cheque de tu sueldo. Si necesitas cualquier otra cosa, sólo tienes que pedirla.

—Gracias —no se sentía feliz de verse obligada a aceptar su ayuda.

—Parece que es el momento indicado para probar el servicio de habitaciones, a no ser que desees acompañarme a cenar a mi

apartamento del último piso... —dijo Rider y ella negó con la cabeza —. Entonces, les pediré que te suban la cena, antes de dejarte instalada.

—¿Te quedarás a cenar conmigo? —preguntó ella.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Rider y le rodeó la cara con las manos. A la chica se le aceleró el corazón y lo miró a los ojos. Ansió apretar su cuerpo contra el de él y sentir su boca sobre la suya... De pronto se apartó, como si el contacto la contaminara. Rider bajó las manos y apretó los dientes—. No te molestes en responder —caminó hacia la puerta.

—Rider... no fue mi intención... Por favor, no te vayas...

Él se volvió para mirarla.

—Tuve la impresión de que te ofendiste porque te toqué y que no podías esperar para librarte de mí.

—No, no... yo sólo...

—¿Por qué te molestas en mentir? —preguntó él—. Después de todo, nuestro acuerdo especificó que tendrías todo el tiempo necesario para adaptarte —concluyó y se fue.

A pesar de todo, Rita deseaba con desesperación que él se quedara a su lado.

Durante las siguientes semanas, aparte de algún encuentro ocasional en el ascensor o en la piscina del hotel, donde intercambiaron algunas palabras con fría cortesía, se vieron muy poco.

Aunque Rita suponía que él vigilaba todos sus movimientos, Rider nunca llamó a su puerta ni la buscó.

Rita recibió una carta de la señora Wilson, en la que expresaba su alegría y gratitud: No sé cómo darle las gracias a usted y a su futuro marido. No puede imaginar el cambio que esta ayuda ha supuesto en nuestra vida... La carta terminaba así: Dios los bendiga.

Rita sintió que el peso de la culpa era levantado de su alma. Se sintió más feliz que en cualquier otro momento desde el accidente.

Experimentaba sentimientos encontrados con respecto a Rider y tomó la decisión de vivir el presente sin preocuparse por el futuro.

Recuperó tres kilos de peso. Incluso terminó los trabajos privados que tenía pendientes cuando cayó enferma.

Al empezar a trabajar en Cromford's, Rita encontró la estabilidad. El trabajo era variado y excitante, sus colegas se mostraban amistosos, no indagaban en su vida privada y la trataban como a una integrante del grupo.

De tiempo en tiempo, cuando ahorraba un poco de dinero, deslizaba un cheque por debajo de la puerta de Rider.

Su apartamento se convirtió en un hogar y, cuando el personal de

Markman's empezó a saludarla por su nombre y a sonreír como si estuvieran contentos de verla, parte del hielo que rodeaba su corazón se derritió y Rita fue consciente de una sensación de afecto y pertenencia.

Rider pasaba la mayor parte de los fines de semana en Catskills, pero nunca le pidió a ella que lo acompañara. A pesar de que a Rita le habría gustado ir con él, era demasiado orgullosa como para sugerirlo.

En su tiempo libre empezó a escribir de nuevo cuentos de hadas que ella misma ilustraba. Vivía día a día en una especie de cápsula del tiempo y aún temía mirar hacia el pasado o hacia el futuro.

Llegó el verano. El tiempo en Manhattan era cálido. Los parques se llenaban de gente.

Era una soleada mañana de un domingo de julio y regresaba de su paseo por el lago del Central Park, antes del desayuno, cuando George Cárter, un hombre mayor que empezaba su turno de trabajo en la recepción, la recibió con una sonrisa y le entregó una carta.

Al llegar a su apartamento preparó café y abrió el sobre. Con gran entusiasmo, leyó que su libro de cuentos para niños había sido aceptado para ser publicado.

Un rato después llamaron a la puerta. Rita abrió, con una sonrisa en los labios, pues todavía estaba saboreando la noticia.

Se sorprendió al ver a Rider. Se preguntó por qué estaría él allí y trató de ocultar la repentina alegría que sintió al verlo.

—Hola, extraño —saludó Rita—. Pasa. Acabo de preparar café, ¿quieres una taza?

Rider la siguió hasta la cocina y aceptó la taza de café. Había tensión entre ellos. Por su parte, Rider se controlaba y ella experimentaba una frustración emocional que la dejaba muda.

Muy consciente de la atracción que Rider ejercía sobre ella, Rita no lo miró y se ocupó en colocar rebanadas de pan de centeno en el tostador.

—El último cheque que deslizaste por debajo de mi puerta cubre en exceso tu alquiler atrasado, tu hospedaje y tu comida. Admiro tu determinación de ser independiente el mayor tiempo posible, pero ya es suficiente, Rita.

Se sostuvieron la mirada, en silencio, y Rider salió victorioso.

Cuando Rita apartó la vista, él aparentemente satisfecho, sacó una carta de su bolsillo y dijo:

—Ha llegado esta carta. Pensé que quizá te gustaría leerla.

Era una carta de la señora Wilson, dirigida a ambos. Daba detalles del progreso de Paul en la escuela y después decía: ... y el equipo especial que ustedes pagaron le facilita mucho la vida... La mejor

noticia de todas es que la fisioterapia extra está teniendo resultados maravillosos y nos da esperanzas de que algún día Paul pueda volver a andar.

Mientras Rita leía la carta, Rider se sirvió más café. Cuando terminó de leer, la chica sintió un gran alivio y alegría. Le sonrió a Rider.

—Gracias, eres muy amable —dijo ella.

—Sólo cumplo con mi parte del trato —aseguró Rider—. Mientras tú cumplas con la tuya, no hay necesidad de demostrar gratitud.

El agradecimiento que demostró Rita había sido espontáneo, y la respuesta de él la molestó.

—Tengo la intención de cumplir con mi parte del trato, pero me enseñaron buenos modales... Sin embargo, desearía no haberme molestado en darte las gracias, cuando te muestras tan grosero, arrogante y odioso...

Sin decir palabra, Rider se volvió y caminó hacia la puerta. La ira de Rita se evaporó al instante, corrió detrás de él y lo agarró del brazo:

—Rider... no te vayas... Por favor, no te vayas... —suplicó. Rider se detuvo y se volvió para mirarla—. Lo siento —murmuró y las lágrimas le humedecieron los ojos.

—Soy yo quien debería sentirlo —aseguró Rider y su expresión se suavizó—. Perdóname, Rita.

—Lo haré, si me llevas a cenar esta noche.

—Me temo que esta noche no puedo. ¿Podemos cenar mañana?

—Por supuesto —aceptó ella.

—Entonces, te llamaré alrededor de las siete.

Cuando él se fue, Rita se preguntó si esa noche Rider no podía salir con ella porque se iba a reunir con otra mujer, tal vez con Julie Dawn.

Si era así, no podía culparlo. A pesar de que Rider prometió que ella sería la única mujer de su vida, durante meses habían sido como extraños y no podía esperar que un hombre apasionado viviera como un monje indefinidamente.

A pesar de todos sus intentos por ser razonable, Rita se sintió herida, enfadada y terriblemente celosa.

Después de la noche siguiente, como si el hielo se hubiera roto, Rider empezó a salir con Rita una o dos veces a la semana. Era un compañero maravilloso, pero la trataba como a una hermana.

Llegó el otoño. El aroma de las castañas asadas llenaba el aire.

Fue en ese tiempo cuando Rita comprendió que se sentía capaz de dejar el pasado en el sitio al que pertenecía y enfrentarse al futuro. A pesar de que estaba convencida de que Rider ya no la odiaba, los

verdaderos sentimientos de él eran un misterio y hacían que, su futuro juntos, así como cualquier oportunidad de felicidad, fuera algo inseguro.

Rita sabía que sus sonrisas y el brillo de sus ojos le decían a él, con más claridad que las palabras, que estaba lista; pero él no hacía ningún movimiento.

Una noche, a finales de octubre, Rita se sentía inquieta. Se encontraba de pie junto a la ventana mirando el cielo, cuando un pensamiento turbador pasó por su mente. ¿Habría cambiado de opinión Rider con respecto a convertirla en su esposa?

Eso sería irónico, ya que ella, a pesar de todos los riesgos, era lo que ahora deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

Aunque Rider no hubiera cambiado de opinión, existía un impedimento, algo que ella tenía que confesar antes de casarse con él. Cuando Rider supiera cómo estaban las cosas, tal vez no quisiera continuar con el trato.

Rita no permitiría que la culpa que aún sentía por la muerte de Stephen se interpusiera entre ellos. Estaba decidida a hacer todo lo que estuviera a su alcance para que su matrimonio funcionara, si Rider no cambiaba de opinión. Lo único que tenía que hacer ahora era esperar con paciencia, hasta que él tocara el tema.

De pronto, comprendió que Rider nunca tocaría el tema. Era demasiado orgulloso y seguro que esperaba que ella diera el primer paso.

Rita durmió mal esa noche. A la mañana siguiente, se despertó con un ligero dolor de cabeza y con la decisión de aclarar la situación y saber con exactitud lo que podía esperar.

Al dirigirse a la cocina para preparar café, vio un sobre blanco que habían deslizado por debajo de la puerta.

Iba dirigido a ella. Era la letra de Rider. La nota era corta y precisa:

Cuando leas esta nota, estaré volando hacia Londres. Voy a estar en Europa al menos quince días, por negocios. Por favor, siéntete en libertad de utilizar el dinero de tu cuenta bancaria. Cuídate. R.

La incredulidad se convirtió en furia. Cuando Rider la llevó a cenar un par de noches antes, a pesar de que había hablado sobre su trabajo la mayor parte del tiempo, no había mencionado el viaje.

Rita arrugó la nota y la tiró al suelo. Lo maldijo. El mensaje no podía ser más claro. Rider le dejaba el camino libre y le daba la oportunidad de desaparecer de nuevo.

Esa conclusión quedó respaldada cuando, más tarde esa misma mañana, Rita revisó el saldo de su cuenta bancaria y descubrió que

excedía los cincuenta mil dólares.

Después de meditar detenidamente, concluyó que no era que él deseara que se fuera, sino que debido a un sentimiento de culpa, Rider la colocaba en esa posición para que tuviera la oportunidad de irse.

Después de llegar a esa conclusión, Rita llamó por teléfono a la secretaria de Rider para saber con exactitud la fecha de su regreso y esperó con paciencia que el tiempo transcurriera.

Unos días antes de que él regresara, fue al banco y retiró todo el dinero en un cheque a nombre de Rider.

El viernes siguiente, después de haber pedido permiso con antelación, Rita salió temprano del trabajo y regresó a Markman's. Furiosa, subió a su apartamento, metió las llaves y el talonario en un sobre y lo deslizó por debajo de la puerta de Rider, antes de bajar de nuevo al vestíbulo.

—¿Me harías un gran favor? —le preguntó a George—. El señor Barron regresará pronto. ¿Podrías preguntarle al empleado del aparcamiento e informarme cuando llegue?

—Considérelo un hecho.

—George, eres un encanto —aseguró Rita y se fue.

Pasó media hora antes de que sonara el teléfono. Supo que Rider ya estaba en camino. Dejó transcurrir diez minutos, cogió un papel de un cajón y se dirigió al apartamento de él.

Su corazón latía con fuerza. Abrió la puerta sin llamar y entró. Rider estaba sentado, con la mirada perdida en el vacío. Su rostro expresaba mucha tristeza y desolación. Rita contuvo la respiración.

Rider levantó la mirada y se quedó inmóvil. La expresión de angustia se desvaneció y su rostro pareció una máscara.

—Vaya, vaya… —dijo Rider con voz suave—. No ˆesperaba verte.

—¿Qué esperabas? ¿Que cogiera tu dinero y huyera? No, gracias —le entregó el cheque con ira—, aunque te aseguraste de facilitármelo.

—No pareces agradecida —observó él.

—No lo estoy. ¡Estoy furiosa! En una ocasión me acusaste de no confiar en ti. ¿Cuánto has confiado tú en mí? ¡De verdad creíste que me había ido!

Rider señaló el talonario y las llaves antes de hablar:

—¿No era eso lo que querías que creyera?

—Sí —respondió Rita.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Quería pagarte con la misma moneda —admitió ella y él se rió sin ganas.

—¿Ojo por ojo y diente por diente?

—Grande y poderosa es la justicia, por encima de todas las cosas —respondió Rita.

—Estoy conmovido —comentó él.

—Hicimos un trato. Tú cumpliste con tu parte... —observó ella.

—¿Y planeas cumplir con la tuya? —preguntó él, en tono burlón.

—Sí, si todavía deseas que lo haga —no podía confesarle la verdad respecto a sus sentimientos.

—¿Y si digo que no?

Rita comprendió que había cometido un error.

—No te creería —dijo ella con valor.

—¿Supongamos que admito que el trato nunca debió hacerse? —sugirió Rider.

—Se hizo —indicó Rita y comprendió que él estaba a punto de anularlo—. Vamos a aclarar una cosa... Siempre cumplo mis tratos. Tú cumpliste tu parte y tengo la intención de cumplir la mía.

—El cordero sacrificado —se burló Rider.

—No. No tengo intención de convertirme en un cordero sacrificado. Ahora que he vivido la pobreza, deseo tener un marido rico. En especial, uno que sea bueno en la cama.

Los ojos de Rider brillaron peligrosamente. Se puso de pie y se acercó a ella.

—Tal vez te gustaría asegurarte de ese último punto.

Rita retrocedió dos pasos.

—En realidad, no es necesario. Tengo buena memoria —aseguró ella.

—Yo también —Rider sonrió—. Lo bastante buena como para recordar con exactitud lo que me he perdido. ¿Supongamos que cerramos el trato ahora? —se acercó más a ella.

Convencida de que Rider esperaba que ella huyera, la chica lo miró a los ojos y se mantuvo firme, hasta que él llegó a su lado.

Rider extendió una mano y tocó a Rita debajo del seno izquierdo. Comentó:

—Tu corazón late con fuerza —sus palabras tenían un desafío burlón.

Ella deslizó la mano debajo de la chaqueta de él y de la camisa de seda, para sentir los latidos de su corazón.

—El tuyo también —respondió.

Rider no retiró la mano y su pulgar empezó a acariciar la suave curva y el pezón. No intentó besarla, sólo observó su reacción.

El orgullo le impidió a Rita protestar. Con el rostro sonrojado, dejó caer la mano a un lado de su cuerpo.

—Es una lástima —opinó Rider—. Esperaba que esto continuara,

pues prometía posibilidades excitantes ya que has mencionado el sexo como uno de tus motivos para casarte conmigo…

Rita se mordió el labio inferior. Rider notó ese movimiento traicionero y sonrió con ironía, antes de añadir:

—Esperaré mucha cooperación. Vamos —entró en el dormitorio y esperó a que ella lo siguiera.

Rita dudó y se preguntó si sólo la estaría poniendo a prueba. Ese enfoque frío y cínico era muy diferente de lo que esperaba. Si la hubiera tomado en sus brazos y besado… Por algún motivo, Rider parecía tener la intención de castigarla y humillarla.

Rider preguntó desde la puerta:

—¿Has cambiado de opinión?

—No —respondió Rita, levantando la barbilla con desdén y reuniéndose con él en el dormitorio.

RIDER cerró la puerta y se apoyó en ella, evitando cualquier posible retirada. Se quitó la chaqueta y la corbata, se desabrochó la parte superior de la camisa y dejó expuesto el cuello. Inclinó la cabeza con arrogancia y sus ojos brillaron bajo los párpados entornados. Luego la observó en un insolente silencio.

Rita se sintió como una esclava que iba a ser vendida y se esforzó por mantener la compostura.

—¿Y bien? —preguntó Rider, después de un momento.

—¿Y bien, qué? —la chica se negó a ceder.

—Supongamos que te desvistes.

—Tú primero —sugirió Rita.

Rider sonrió. Sin apartar la mirada de ella, empezó a desabrocharse con lentitud la camisa. Se enderezó y sacó la camisa del pantalón; la tiró a un lado y su pecho bronceado y sus hombros musculosos quedaron expuestos. Con movimientos coordinados, se quitó los zapatos y los calcetines.

La chica sintió la boca seca mientras Rider se desabrochaba el pantalón. Observó sin aliento, cuando él deslizó la prenda por las caderas y se la quitó. Antes de que se quitara los calzoncillos, su excitación ya era evidente.

Permaneció de pie, alto y seguro. Sus piernas lar gas bien formadas se encontraban un poco separadas.

Esperaba.

Rita trató de ignorar el traicionero calor que sintió en el abdomen. Empezó a quitarse el traje con manos temblorosas y torpes. Cuando estuvo desnuda, aunque sentía la cara ardiendo, se mantuvo firme, con la cabeza en alto y le sostuvo la mirada.

—Debo decir que mientras te encuentres en este estado de ánimo, la vida no será aburrida —comentó Rider con una sonrisa burlona.

Rita tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no ceder y suplicar afecto y amabilidad. Sabía que no podía ganar esa batalla sexual. Sin embargo, como ella la indicó, su espíritu terco no admitía la derrota.

Como ella continuó allí, de pie, Rider preguntó con voz sedosa:

—¿No te vas a tumbar?

Rita se estremeció. No podía soportar esa fría inspección. Tenía que ceder o tomar la iniciativa.

Se decidió por lo último. Se acercó a Rider y colocó las manos

sobre su pecho. Se inclinó hacia delante para rozar con los labios la suave piel de su cuello. A pesar de que Rider permaneció inmóvil, su respiración y el ritmo de su corazón se aceleraron de forma perceptible.

Rita lo abrazó y se acercó más, de manera que sus cuerpos sólo se rozaran. Luego, depositó un beso en su cuello. Sintió como un triunfo el estremecimiento que recorrió a Rider y lo mordisqueó con delicadeza.

Rider perdió el control, maldijo entre dientes y la apretó contra sí. Cubrió la boca de Rita con la suya. Era la reacción que ella esperaba y, mientras él la besaba cada vez con más ansiedad, debió sentir temor, pero no fue así.

Él era su hombre, su compañero, su amor. Con un abandono total, igualó su pasión y devolvió beso por beso, sin contenerse.

Cuando Rider la llevó a la cama y la recostó, Rita no dejó de abrazarlo por el cuello; se aferraba a él como a la vida misma. Como ninguno de los dos estaba de humor para preliminares, hicieron el amor con rapidez y fiereza. Ambos quedaron consumidos en las llamas de la pasión.

Rita permaneció con los ojos cerrados cuando él se alejó. Estaba estremecida y su corazón latía con fuerza. Respiraba con dificultad y esperó que Rider la tomara en sus brazos, que acercara la cabeza a su pecho, como solía hacerlo; no obstante, después de un momento, sintió que él se levantaba de la cama. Unos segundos después, la puerta del baño se abrió y se cerró. Sólo se oyó el agua de la ducha.

Su cuerpo estaba todavía consumido por el placer que Rider le había dado, pero tenía el corazón hecho pedazos. Ella lo provocó al decir que era bueno en la cama e hizo que pareciera como si el sexo fuera lo único que deseaba. Ahora, por lo visto, lo único que iba a tener era sexo.

Después de haber visto la expresión de Rider, cuando éste pensó que ella lo había abandonado, no podía creer que lo único que él sintiera ahora fuera lujuria. Tenía que haber algo más profundo, aunque no fuera amor.

Rita se sentó al borde de la cama y se envolvió con la sábana. Rider salió del baño desnudo. Sacó unos calzoncillos de un cajón y una camisa de otro. Cuan-¿o se volvió, la chica notó los arañazos en su espalda.

Rider la oyó contener la respiración y sonrió.

—Me advertiste que no eras un cordero —comen-Sin embargo, no esperaba una tigresa.

—Lo siento —murmuró Rita.

—No es necesario que lo sientas. Espero con ansiedad aprovecharme de la ventaja de tu experiencia —al notar la mirada perpleja de ella, añadió—: Alguien te enseñó muchas cosas desde nuestro último encuentro.

Rita apretó los dientes.

—¿Puedo usar el baño? —preguntó ella con cortesía.

—Por supuesto —respondió Rider, con la misma cortesía—. Tal vez desees acompañarme a cenar —dijo con frialdad.

La chica sintió que se levantaba entre ellos un muro que los mantendría a distancia.

Rita se dio una larga ducha mientras se preguntaba si se habría equivocado al precipitar esa situación. El resultado no había sido el planeado y parecía que ahora estaban más separados que antes.

Se secó el largo y negro cabello y se lo cepilló. Salió del baño y descubrió que Rider había utilizado las llaves del apartamento de ella para llevarle ropa interior limpia, una falda y un suéter.

Al terminar de vestirse, recogió la ropa que se había quitado antes. Entró en la sala y se encontró con un carrito que contenía cena para dos. Tres velas altas y doradas proporcionaban la única iluminación.

Rider se acercó a ella con expresión fría. La chica se preguntó lo que pensaba y sentía. Aunque lo conocía bien, él era un enigma en cierta forma.

—¿Rider, lamentas lo… sucedido? —preguntó Rita, siguiendo un impulso.

—Eso es como preguntarle a un hombre hambriento si lamenta haber saboreado una comida exquisita… No, no puedo lamentar lo sucedido… sólo la forma en que sucedió.

Rita admitió que eso era culpa suya, puesto que había forzado la situación.

—¿Lo lamentas tú, Rita?

—Sí, pero ya es un poco tarde para lamentaciones.

Una expresión tormentosa cruzó el rostro de Rider. Enseguida, su cara pareció de nuevo una máscara.

La ayudó a sentarse y sirvió dos copas de vino blanco y langosta.

A la luz de las velas, la chica comió en silencio. Rider no intentó romper ese silencio; sin embargo, Rita notaba que la observaba mientras la tensión aumentaba entre ellos.

Rider sirvió café para ambos. Incapaz de soportar más tiempo su escrutinio, Rita cogió su taza y se dirigió hacia uno de los sillones que se encontraban frente a la terraza.

Rider la siguió después de un momento y permaneció de pie, mientras ella se tomaba el café y miraba por la ventana el

espectacular panorama de la noche de Manhattan.

—¿Todavía deseas continuar con este matrimonio? —preguntó él—. ¿O acaso fracasé por completo y no fui lo que esperabas?

—Sí, deseo continuar con el matrimonio —respondió Rita, ignorando la última pregunta. Evitó mirarlo a los ojos.

—Entonces, sugiero que nos casemos sin demora... ¿qué tal el día veinte?

Rita supo que era el momento de decirle lo que debía saber.

—Antes de continuar, hay algo que tengo que decirte —respiró hondo—. En una ocasión mencionaste que te gustaría tener hijos...

—Sí, me gustaría... ¿A ti no? Ella intentó hablar, pero no pudo emitir ningún sonido, por lo que él preguntó:

—¿Qué sucede, Rita? ¿Odias pensar que tendrás hijos míos?

—Estuve embarazada una vez... cuando estuve casada... Perdí a mi hijo a las once semanas.

—¿Temes intentarlo de nuevo? —preguntó Rider.

—No, no es eso. Hubo ciertos... problemas y los médicos me dijeron que quizá no podría concebir de nuevo. Lo siento. Debí decírtelo cuando mencionaste por primera vez el matrimonio, pero yo... odio tener que hablar de esto.

Rider guardó silencio y ella se obligó a decir:

—Si esto altera las cosas, si no deseas arriesgarte, yo... lo comprenderé.

A pesar de que sólo transcurrieron dos segundos, a Rita le pareció una eternidad, mientras esperaba la respuesta.

—Eres la única mujer que deseo como esposa... —aseguró Rider. Ella cerró los ojos y oró para dar las gracias—. Si no podemos tener hijos, estoy dispuesto a adoptarlos. A no ser que pongas objeción a eso.

—No... —respondió ella—. Sin embargo, no serían de tu propia sangre —indicó con voz temblorosa.

—Tenerte como esposa es más importante —su rostro no expresó nada y Rita se preguntó de nuevo si sería posible que la amara.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Te has convertido en una obsesión, Rita —dijo con amargura.

—No estoy segura de que me guste eso. Las obsesiones pueden ser... poco sanas —opinó la joven.

—Tal vez cuando estemos casados y te tenga en mi cama todas las noches, pueda saciarme de ti y, entonces, mi obsesión desaparecerá.

Rita se preguntó que si su obsesión por ella desaparecía, ¿qué ocuparía su lugar? ¿El aburrimiento? ¿El vacío? ¿Una enemistad?

Ya era demasiado tarde para cambiar de opinión. Rider lo era todo

para ella y sólo podía seguir adelante y arriesgarse a recibir lo que le tenía preparado el futuro.

—¿Te arriesgarás a que me convierta en un loco y te encierre en una torre de marfil? —preguntó Rider con ironía.

—Creo que tu apartamento es casi igual que una torre de marfil. Sí, me arriesgaré.

—Entonces, ¿nos casaremos el día veinte?

—De acuerdo, el día veinte —respondió ella.

—De esa manera, podremos estar de luna de miel durante la Navidad y el Año Nuevo.

—¿Luna de miel? —preguntó Rita, sorprendida.

—Es lo habitual. Un tiempo de luces tenues, música dulce y romanticismo, sin mencionar el amor. ¿No disfrutaste de ese inicio eufórico del matrimonio la última vez?

Rita comprendió que pisaba terreno peligroso.

—No —respondió—. En realidad, creo que no necesitamos una luna de miel.

—Opino que sí la necesitamos —insistió Rider. Su expresión no demostraba sus sentimientos, pero ella pudo percibir su ira—. ¿Hay alguien a quien desees invitar a la boda?

—No. Tal vez a la señora Merriton.

—Entonces, no habrá invitados; sólo el ministro y un par de testigos —comentó Rider.

—¿No vas a invitar a tus padres? —preguntó ella.

—Ahora viven en Washington. Tal vez no deseen venir.

Rita sabía que no existía afecto entre Rider y su padre, pero siempre pensó que a él le agradaba su madrastra. Recordó que Kate Barren siempre fue atenta con ella e insistió:

—Creo que al menos deberías darles la oportunidad.

—Muy bien, si insistes —respondió él con brusquedad.

—No es eso, pero me parece extraño no invitarlos si…

—Tienes razón —la interrumpió Rider—. Los invitaremos.

A pesar de que Rider aceptó sin discutir, Rita estaba segura de que él no deseaba la presencia de su familia y se preguntó el motivo.

Hubo un silencio, antes de que Rider comentara de pronto:

—Pareces cansada.

—Lo estoy —admitió ella. Empezaba a sentir los efectos de lo que había sido una noche turbadora y traumática.

—En ese caso, te acompañaré a tu apartamento.

Cuando Rider la acompañó hasta el ascensor, con fría cortesía, Rita ansió que le demostrara un poco de afecto, esperaba que la tomara en sus brazos y que le pidiera que se quedara. A pesar del comentario de

Rider con respecto a saciarse de ella, él actuaba como si ni siquiera la deseara.

Rider la dejó entre la puerta y le dio las buenas noches en tono frío.

Cuando Rita se metió en la cama, no pudo dormir.

Habían sucedido demasiadas cosas que la turbaban mucho.

Al entrar en el apartamento de Rider y sorprenderlo, casi había asegurado que él sufría al pensar que ella lo había abandonado. No obstante, su comportamiento posterior no había demostrado eso.

Rita esperaba que él sintiera por ella algo más que deseo. La insistencia de Rider, incluso después de su confesión, de que tenerla por esposa era de gran importancia, alentó sus esperanzas, pero después se derrumbaron cuando él admitió que era una obsesión.

Una obsesión… Ese pensamiento la inquietó y asustó. Aunque él no la amara, ella sí lo amaba. Debía seguir adelante y casarse con él, tratar de olvidar la culpabilidad que sentía por Stephen y el accidente y hacer a Rider tan feliz, que él no deseara mirar a otra mujer.

Suspiró. Le resultaba difícil creer que en unas semanas sería su esposa. Imágenes de él llenaron su mente.

Aunque se negaba a admitirlo, lo había amado desde el primer momento. De acuerdo con lo que él le había dicho, Rider sintió lo mismo por ella. Recordó su sinceridad cuando le dijo: «Supe que quería casarme contigo desde el primer día, cuando entré en la oficina de Tim Ryan y te vi sentada ante ese escritorio…»

¿Qué había sucedido entonces? ¿Qué salió mal?

Rider la conquistó y demostró determinación y paciencia. Se molestó en vencer las dudas de ella y en probarle que podía encajar en su mundo. ¿Por qué se tomó esa molestia, si todo el tiempo le mintió y la engañó, al vivir una aventura con Julie Dawn?

Rita recordó su primer encuentro. Rider entró en su oficina un encantador día de junio. Era un hombre de veintiocho años aproximadamente, de grandes ojos grises y un rostro demasiado tenaz para ser guapo. Un hombre distinguido que demostraba cierto aire de poder y autoridad…

Capítulo 6

SSEÑORITA R. Greer —el recién llegado había colocado las palmas de las manos sobre el escritorio de Rita y leyó el letrero de plástico que Tim Ryan quería que mostrara todo su personal—. ¿R. Greer?

—Sí —respondió ella. Notó que era un hombre muy bien parecido, demasiado seguro de sí mismo—. ¿Tiene una cita? —añadió con cortesía.

—No exactamente. ¿Qué quiere decir la «R» —como ella no respondió, empezó a adivinar—. ¿Rachel, Rose? —después de mencionar varios nombres sin obtener respuesta, hizo una pausa y añadió—: Si no me lo dices, ¿cómo voy a saberlo?

—¿Es al señor Ryan a quien desea ver? —preguntó Rita.

—Sí, pero creo que he cambiado de opinión... he descubierto...

—Si me da su nombre, veré si puede recibirle —lo interrumpió Rita.

—Oh, me recibirá —aseguró él.

Antes de que Rita pudiera preguntarle de nuevo su nombre, se abrió la puerta de una oficina y apareció su jefe. Al ver al visitante, se quedó inmóvil.

—¡Señor Barron! —exclamó—. No esperaba una visita personal —fue tan efusivo, que Rita compren dio que ese hombre rubio no era un visitante corriente.

Cuando Tim Ryan pasó al visitante a su despacho, la chica se preguntó quién sería Barron. ¡Por supuesto, Rider Barron, de la firma de inversionistas bancarios! Con razón su repentina presencia inquietó a su jefe.

La puerta se abrió de nuevo y salieron, charlando amigablemente. Se estrecharon las manos y Rider Barron se despidió con ironía de Rita antes de irse.

Ella lo observó alejarse de su vida y suspiró con alivio, aunque sintió cierto pesar.

Al día siguiente, Rider llegó de nuevo, se inclinó sobre su escritorio y la observó.

—No estaba equivocado —comentó, sonriente—. R. Greer, eres una mujer preciosa. Sin embargo, es el carácter que se refleja en tu rostro lo que lo hace tan fascinante e inolvidable.

—Le avisaré al señor Ryan que está aquí —cuando movió la mano para pulsar el botón del intercomunicador, él se la cogió y le acarició la muñeca con el pulgar.

—No he venido a ver a Ryan. ¿Cenarás conmigo esta noche?

—No, gracias, señor Barron —respondió Rita con rapidez.

—Llámame Rider. ¿Mañana por la noche? —insistió él—. ¿Tienes novio? ¿Tal vez un amante?

—No, no lo tengo.

—Eso es muy positivo. ¿Eres una chica con principios anticuados?

—No, sólo a una joven que prefiere su propia compañía a la de un hombre de negocios rapaz.

—¿No podrías relajarte y sonreír? —sugirió él.

—Lo haré, cuando se haya ido —repuso la chica. Rider no se turbó y continuó con su ataque.

—Si te doy mi palabra de ser un modelo de rectitud, ¿querrás salir conmigo?

—No —respondió ella.

—¿Por qué no?

Rita no tuvo que responder, pues se abrió la puerta de la oficina y apareció Tim Ryan. La joven suspiró con alivio cuando el visitante se alejó. Rider le dirigió una mirada cómica por encima del hombro.

Cuando se cerró la puerta, Rita se rió en silencio. Al menos, ese hombre tenía buen humor. Pero era rico y de moral laxa. En definitiva, no la clase de hombre con el que ella podía permitirse una relación...

Durante las semanas siguientes, Rider volvió una y otra vez, pero ella se mantuvo firme. De una manera inconsciente, Rita empezó a esperar con anhelo sus visitas diarias, a entusiasmarse y a sentir algo más que prefería no analizar, cuando él aparecía frente a su escritorio.

Un lunes, él no se presentó. Cuando transcurrieron cuatro días y él no apareció, Rita supuso que se había dado por vencido. Su ausencia dejaba un vacío en su vida.

El viernes por la tarde, Rita se encontraba de pie ante los anaqueles, buscando un libro de referencia, cuando una voz clara y baja le murmuró al oído:

—¿Me has echado de menos? Rita apenas pudo ocultar la alegría que la embargó.

—Los últimos días han sido muy tranquilos —respondió ella.

—¿No querrás decir aburridos?

¿Acaso fue una estrategia deliberada para que lo echara de menos? Si era así, había tenido éxito.

Rider sonrió. Se encontraba de pie al lado de la chica y la cercanía la hacía sentir calor. Rita volvió a su sillón y se acomodó. Era menos vulnerable si el escritorio estaba entre ellos.

—He estado en Los Ángeles. Acabo de regresar. ¿Cenarás conmigo esta noche, para celebrar mi regreso? —preguntó él sentándose en el borde del escritorio. La chica negó con la cabeza. Rider le puso un dedo debajo de la barbilla y le levantó la cara—. ¿Por qué no? Sabes que deseas hacerlo.

—No quiero salir con usted. Si no me deja en paz, lo acusaré de acoso sexual.

—Te comportas como una virgen ultrajada —opinó Rider.

—De acuerdo —Rita se volvió con furia—, tal vez eso es lo que soy. ¡Ahora, ríase!

—No tengo intenciones de reírme —aseguró él, muy serio—. No creo que sea necesario enfadarse. Sólo sugiero que cenemos juntos; no te estoy pidiendo que te vayas a vivir conmigo.

El comentario la hizo sentirse tonta, lo cual quizá fue su intención. Rider le tocó la mejilla con un dedo.

—¿Dónde vives? —preguntó y Rita respondió como si estuviera hipnotizada—. Te recogeré esta noche, alrededor de las siete y media —se alejó y al llegar a la puerta se volvió y añadió—: A propósito, todavía no sé tu nombre. Ryan siempre se refiere a ti como a la señorita Greer. No he tenido valor para preguntarle tu nombre.

Rita sonrió al imaginarse a ese hombre sin atreverse a hacer algo, y de pronto se sintió llena de vida.

—Me llamo Rita.

—Te veré esta noche, Rita.

Después de la primera cita, la resistencia de la chica se derritió como el hielo bajo el sol de Nevada. Salieron con regularidad. Él siempre la acompañaba hasta su casa, la cual era antigua y estaba en mal estado, pero tenía una vista preciosa de la bahía y la Estatua de la Libertad. La dejaba en la puerta, con una despedida platónica: «Buenas noches, que duermas bien». Sin embargo, siempre que la miraba había una pequeña llama que le indicaba lo mucho que la deseaba.

Era como observar una mecha encendida acercarse a la dinamita. Rita no tenía fuerzas para terminar con esa relación.

Una tibia noche de verano, Rider la llevó a casa temprano y sugirió que pasearan por Battery Park. El aire llevaba el sabor a sal de la bahía y al fondo podía verse el Río Hudson.

Rider se detuvo de pronto y se volvió hacia ella. Mientras Rita lo observaba con inseguridad, él bajó la cabeza y, sin abrazarla, la besó en la boca.

Sorprendida, Rita respondió con pasión y con la dulce ansiedad oculta bajo su apariencia fría y controlada.

Rider emitió un gemido y la abrazó. El beso se volvió más profundo, hasta que la chica sintió que le daba vueltas la cabeza y que su cuerpo ardía, anhelante de sus caricias y su posesión.

La música pop que emitía un transistor la hizo volver a la realidad. Se apartó. El corazón le latía con fuerza.

—Debo regresar a casa —dijo con voz poco firme—. Mañana tengo que trabajar.

Al llegar ante su puerta, Rider la abrazó y se inclinó para besarla otra vez. Rita mantuvo los labios apretados.

Dejó de besarla y suspiró. La chica pensó que había ganado, pero él le levantó la barbilla para mirarla a la cara.

—Oh, no, Rita, he esperado demasiado tiempo. No permitiré que te retires de nuevo detrás de esas

barricadas.

Rider le pellizcó la oreja y cuando ella entreabrió los labios, sorprendida, él la besó con pasión, hasta que todos los sentidos de la chica despertaron.

Cuando al fin dejó de besarla, señaló:

—Mañana por la tarde te recogeré en el trabajo. He pensado que podríamos ir a...

Rita negó con la cabeza y dijo, aterrada:

—No iré. No quiero volver a verte.

—Mentirosa.

—Por favor, Rider, déjame en paz. Tenemos estilos de vida completamente distintos. No soy tu tipo de mujer.

—¿Y cuál es mi tipo de mujer?

—Lo sabes muy bien. Alguien que tenga riqueza y posición, que pertenezca a tu clase social.

—No necesito a una mujer que tenga riqueza o posición, pues tengo suficiente de las dos cosas. En lo que a mí respecta, tienes más «clase» que cualquier otra mujer que haya conocido.

—Nunca podría encajar en tu mundo —aseguró ella con desesperación.

Rider la agarró con fuerza por los hombros.

—¿Cómo lo sabes, si no lo intentas? No más tonterías, ¿me oyes? De lo contrario, me sentiré tentado a ponerte sobre mis rodillas y darte unos azotes para que seas sensata.

La abrazó y la besó con pasión. Le deslizó los labios por el pelo y añadió con suavidad:

—De ahora en adelante, las cosas van a ser muy distintas.

Hasta ese momento, ella había fijado los términos de su relación. Después de esa noche, lo hizo él.

Ya no hubo más cenas tranquilas en restaurantes apartados.

Rita vivió feliz día a día y se negó a pensar en el futuro o en cómo podrían terminar las cosas.

Los dos Barron, el padre y el hijo, tenían una imagen de hombre de mundo y, durante años, la riqueza y el comportamiento de ambos había sido la comidilla de los columnistas de sociedad.

En cuanto Rider empezó a llevar a Rita a clubes nocturnos bastante conocidos y a presentarla a sus amigos, la prensa empezó a especular acerca de esa mujer desconocida en la vida de él. Descubrieron que era una joven trabajadora que vivía en el centro, en un sencillo edificio de apartamentos. Trataron de indagar más sobre su pasado, pero como no pudieron descubrir nada, la nombraron «La mujer misteriosa» y al fin los dejaron en paz.

Cuando Rita le expresó su alivio a Rider, éste respondió:

—Disfruta de ello lo más posible, puesto que no durará.

El domingo siguiente, Rider demostró tener razón. Rita descubrió una noticia en el periódico mientras tomaba el café por la mañana.

Daban la noticia de que Julie Dawn, la bailarina que actuaba en Broadway en la obra musical Larga Vida Mañana, dejaba el espectáculo:

Cuando se le preguntó por qué abandonaba la obra, la señorita Dawn respondió a nuestro reportero: «Por el motivo mas maravilloso del mundo, porque voy a tener un hijo».

La hermosa pelirroja, que dice tener treinta y cuatro años, admitió que esto no fue planeado y que los productores de Larga Vida Mañana están furiosos. Esto es comprensible, puesto que la obra está siendo un éxito.

Al preguntarle la identidad del padre del niño, la estrella se negó a revelarla, sin embargo, comentó que él pertenece a una rica familia de banqueros.

Corre el rumor de que a pesar de su aparente compromiso con la joven empleada Rita Greer, Rider Barron es el hombre secreto en la vida de la señorita Dawn...

Rita dejó el periódico con enfado. ¿Cuando se trataba de difamar a los ricos y famosos, la prensa nunca se daba por vencida?

Rider llegó al apartamento una hora después, y Rita todavía estaba furiosa.

—¿Sucede algo? —preguntó Rider.

—En realidad no.

Él la agarró de la barbilla y le levantó la mano para mirarla a los ojos.

—Vamos, dímelo. ¿Qué te inquieta?

La chica suspiró y se lo dijo.

Rider le acarició la mandíbula con el pulgar.

—No permitas que esa basura te enfade. Tú eres la única mujer de mi vida —la besó de una manera que la hizo estremecerse de placer.

Era un maravilloso día de otoño y Rita tenía planeado pasar el día al aire libre. Tenía puesto un vestido de algodón y sandalias. Rider vestía un traje, en lugar de la acostumbrada ropa informal del fin de semana.

—¿Va a algún lugar en especial? —preguntó Rita levantando una ceja.

—Almorzaremos con mis padres en el Waldorf —le informó él—. Están ayudando en la campaña del partido. Sé que ésta no es la forma ideal de conocerlos, pero tienen un itinerario muy apretado y dentro de unos días volverán a viajar —al notar que Rita estaba turbada, añadió—. Si te aburre la política, podemos irnos antes de que empiecen los discursos.

—No es eso —explicó ella—. Yo... no sé qué ropa ponerme. ¿Por qué no me has avisado con antelación?

—¿Me tomas por tonto, Rita?

Tenía razón, pues de haberlo sabido con antelación, ella habría encontrado algún pretexto para no asistir.

Rider miró su reloj y añadió:

—Tienes media hora para estar lista —la besó en la nariz—. No te preocupes, vales mucho, independientemente de la ropa que lleves.

En una ocasión anterior, cuando Rita puso como pretexto para no asistir a una fiesta de sociedad el hecho de no tener ropa adecuada, Rider ofreció llevarla a Saks, en la Quinta Avenida, para que se comprara ropa nueva.

—¿Qué clase de mujer crees que soy? —le había preguntado Rita con furia.

—Sé la clase de mujer que eres —respondió Rider de inmediato—. Orgullosa, independiente, obstinada, hermosa. Tan hermosa, que no importa la ropa que lleves. Si te pusieras un saco, todas las mujeres te envidiarían y los hombres a mí.

En esta ocasión, Rita decidió ponerse un traje de chaqueta.

—Perfecto —asintió Rider y sonrió.

—¿Te interesa la política? —preguntó Rita, cuando se dirigían a la cita.

—No especialmente, pero mi padre, mi hermanastro y dos primos míos intentan subir en la escala política.

—¿Crees que tendrán éxito? —preguntó.

—Es probable que mi padre lo tenga. Para llegar a la cima, un

político necesita ser despiadado y fuerte; las personas débiles no lo consiguen.

La chica había notado que siempre que él mencionaba a su padre, su voz sonaba dura.

Rider hizo una pausa, antes de continuar:

—Kate, mi madrastra, te gustará. Es una persona agradable.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Siete años, aproximadamente. Kate era viuda y ya tenía un hijo mayor cuando se conocieron.

—¿Todavía vive tu madre?

—No, murió cuando yo estaba en la universidad —respondió Rider.

La joven notó su amargura y no hizo más preguntas. Guardaron silencio hasta llegar a Park Avenue.

Rita nunca había estado en el Waldorf Astoria y observó con interés la decoración del vestíbulo, antes de que Rider la cogiera del brazo y la condujera hacia una pareja que se aproximaba.

La mujer era morena y baja, con ojos azules y un rostro amistoso y vivaz. El hombre era alto, de ojos grises y pelo plateado.

Los dos hombres se estrecharon la mano con formalidad. Rider besó en la mejilla a la mujer y comentó:

—Me alegra verte. Ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado —respondió ella con voz dulce. Estrechó la mano de Rita—. Soy Kate, tú debes de ser Rita. Rider me habló de ti por teléfono...

Rita le sonrió a Kate.

—Él es mi marido, otro Rider, aunque siempre lo llamo Dan, diminutivo de Daniel, su segundo nombre.

La joven pensó que era evidente de quién había heredado Rider su encanto. Estrechó la mano del hombre y recibió una sonrisa. Sin embargo, el encanto de Rider parecía natural y espontáneo; en cambio, el de su padre daba la sensación de ser ensayado.

El padre de Rider le ofreció el brazo a Rita y su esposa y su hijo los siguieron.

—Tengo entendido que antes vivías en Washington. Es posible que vayamos a vivir allí pronto...

La comida fue excelente. Cuando terminaron el café y estaban a punto de irse, Kate exclamó de pronto:

—Casi lo olvido. Damos una fiesta el jueves. Asistirán personas importantes...

—Pensé que ibais a cerrar la casa —comentó Rider.

—Sí. La servidumbre ya se ha ido y los muebles están cubiertos

con fundas. Nos hospedaremos aquí hasta que nos vayamos... con respecto a la fiesta, ¿asistiréis? —su sonrisa y su mirada incluyeron a Rita—. Será a las ocho, en nuestra suite.

—Esa noche, debería estar en un avión, camino a San Francisco. No obstante, creo que podré tomar un vuelo al día siguiente temprano —declaró Rider—. Sí, estaremos allí. ¿No es así, cariño?

—Yo... Bueno, no sé si... —sorprendida por la palabra «cariño», Rita no pudo pensar en una excusa para no asistir.

—Estoy seguro de que no será nada que no podamos resolver —opinó Rider y le acarició la mejilla con un dedo.

—Bien —señaló Kate—. Os veré entonces.

—¿Por qué has dicho que asistiríamos? —preguntó Rita, cuando Rider y ella estuvieron en la calle.

—Porque es la prueba final. Una vez que la pases, ya no le temerás a nada.

Rita estaba muy lejos de sentirse segura. El martes siguiente por la tarde, pidió permiso para salir del trabajo un par de horas antes y se fue de compras.

Eligió un vestido de tafetán, de tonos cobalto, jade y oro. Ni siquiera el hecho de saber que su aspecto sería perfecto ayudó a aliviar su ansiedad. El jueves, se sentía nerviosa.

Su estado de ánimo no mejoró al ver el periódico de la mañana, en el que apareció una fotografía de Rider, con expresión furiosa. El titular decía: Rico banquero niega la paternidad.

El artículo continuaba:

Ayer hablamos con Rider Barron, en Wall Street. Negó con enfado los repetidos rumores de que él es el padre del hijo que espera Julie Dawn. «Es basura», declaró. «Ni siquiera conozco a esa mujer».

Rita suspiró. Con seguridad, él estaba harto de que lo acosaran. Cuando Rider llegó a las siete y media para recogerla, ella ya estaba lista.

La mirada apreciativa de Rider expresó, con más elocuencia que las palabras, su opinión.

—Es una faena tener que estar en el aeropuerto tan temprano mañana —comentó él, cuando se dirigían a la fiesta.

—¿La fiesta se prolongará hasta tarde? —preguntó Rita.

—Las fiestas de Kate se prolongan con frecuencia hasta la madrugada. No tengo pensado permanecer allí después de las doce... Si lo deseas, podemos irnos antes.

—Con gusto me quedaré hasta la medianoche —respondió.

—¡Muy interesante! —exclamó Rider y le dirigió una mirada burlona—. Nunca pensé en tener mi propia Cenicienta.

—Yo tampoco imaginé tener mi propio Rockefeller.

Se detuvieron ante una luz roja. Rider le cogió la mano y se la apretó. Se volvió y murmuró con suavidad:

—Te amo.

Eso era lo que ella anhelaba oír. Llegó a la fiesta feliz. Se divirtió y no notó que el tiempo transcurría. Se sorprendió cuando Rider le quitó de la mano la copa de champán vacía y murmuró:

—Vamos, Cenicienta, es casi medianoche y tu corazón espera.

—¿Estás seguro de que llegaré a tiempo? —preguntó Rita y sonrió —. No quiero que mi vestido se convierta en harapos antes de que termine de pagarlo.

—Estoy seguro de una cosa: habrá una búsqueda entusiasta del zapato de cristal. Tu breve presencia en el escenario político y del poder, ha sido un tour de forcé.

Rita supo que él exageraba, pero sus palabras la entusiasmaron. Tal vez no sería tan difícil encajar en ese mundo, después de todo.

Cuando se despidieron y se fueron, la fiesta estaba en pleno apogeo. Rita pensó que era obvio que ella no tenía prisa por irse y, como lo conocía bien, sabía que el vuelo por la mañana temprano, tampoco era la causa de la prisa de Rider. Sus dudas fueron aclaradas pronto.

Cuando estuvieron en el coche de Rider, él le cogió la mano y le besó la palma. En lugar de conducir hacia el apartamento de Rita, lo hizo hacia la Quinta Avenida, a su propio apartamento.

El silencio de la chica era una aceptación del hecho.

En el cómodo salón, Rider le quitó el chal de los hombros y la besó en la nuca. Ella se estremeció y, al volverse en sus brazos, levantó el rostro para recibir el beso.

De alguna manera, el milagro había sucedido y él la amaba. Lo había confesado y ella no lo dudó ni un momento.

Rider la cogió de la mano y la llevó a su dormitorio. Cerró la puerta y la besó con dulce pasión. Al levantar la cabeza, Rita estaba sin aliento, dominada por el deseo.

Él la desvistió sin prisa y saboreó cada momento. Era un hombre que sabía dónde acariciar y cómo prolongar el placer, mientras sus manos exploraban con sensualidad.

La cogió en brazos y la depositó en la cama. Lo observó fascinada mientras él se desvestía. Rider se movió con calma y le dio tiempo para que apreciara su ancho y musculoso pecho, sus hombros, el estómago plano, las caderas estrechas y las fuertes piernas.

Él se recostó a su lado y empezó a besarla de nuevo. La punta de su lengua la acariciaba con delicadeza y la estimulaba. Mientras sus

manos exploraban, deslizó la boca por los senos y disfrutó de la sedosa piel y de los sonrosados pezones.

Sus eróticas caricias la hicieron contener la respiración y agarrarlo de la muñeca.

—¿No te gusta? —preguntó Rider.

—Oh, sí... pero... deseo que tú también disfrutes. Rider sonrió y la miró con ternura.

—Mi precioso amor, eres realmente inocente, ¿no es así?

—Supongo que soy muy torpe y...

—Torpe nunca —la interrumpió él—. Eres distinta. En realidad, sospecho que eres única.

—Debes de tener mucha experiencia —opinó Rita.

—No he vivido como un monje —admitió Rider—, pero tampoco he sido promiscuo, como dice la prensa.

—¿Cómo pueden inventar todas esas historias? —preguntó ella.

—Son muy creativos. Lo que no pueden descubrir, lo inventan —respondió él con amargura.

—¿Eso te preocupa?

—Por lo general, no le presto atención a esa basura. ¿Por qué perdemos el tiempo hablando?

—Es culpa mía —aseguró ella—. Soy una tonta.

—Eres encantadora —opinó Rider.

Hicieron el amor de una manera dulce, apasionada y tierna. Rita deseaba que el momento fuera eterno.

Cuando todo terminó al fin, tuvo la esperanza de permanecer despierta y saborear esos instantes, pero pronto se quedó dormida.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, la embargaba la felicidad. Volvió la cabeza para son-reírle a Rider y descubrió que se encontraba sola en la enorme cama.

Miró el reloj que estaba en la mesilla. Eran casi las nueve. Se incorporó y comprendió que Rider se había ido al aeropuerto hacías horas.

Al descubrir la nota en la mesilla, se animó:

Cariño, siempre me ha desagradado separarme de ti, aunque sea por poco tiempo. Después de anoche, resulta todavía más difícil.

No fue mi intención que esto sucediera. Debí esperar hasta regresar, en lugar de precipitar las cosas. Sin embargo, no lo lamento.

La conferencia de fin de semana empieza esta noche. Volaré a casa el lunes. Me parece mucho tiempo.

Cuando regrese, hablaremos sobre el futuro y haremos planes.

Te amo. Rider.

P.D. Debido a tu ropa elegante, toma un taxi para ir a tu casa.

Rita vio los billetes y agradeció que Rider fuera precavido. Él tenía razón, no podía ir a la oficina con esa ropa.

A pesar de que Tim Ryan se enfadó cuando Rita llegó tarde, fue uno de los días más felices de su vida.

Regresó a casa con la sonrisa en los labios. Al meter la llave en la cerradura de la puerta, una voz dijo:

—Hola, espero que no te importe que te pregunte si tienes teléfono.

Era el hombre pelirrojo que vivía en el apartamento del piso superior. Habían intercambiado algunas palabras cuando se encontraban en la escalera.

Rita sabía poco de él, excepto que se llamaba Stephen West, que era chef y que, al igual que ella, llevaba poco tiempo viviendo en Nueva York, después de haber vivido siempre en Georgia.

—Lo siento, no tengo — respondió la chica.

—Bueno, iré a comer una pizza a Joe's y llamaré por teléfono desde allí. ¿Te gustaría acompañarme a comer pizza? Son las mejores de la ciudad —al notar que ella dudaba, añadió—: Pareces contenta, podrías animarme un poco.

—Sí, me gustaría ir.

—¡Estupendo! —exclamó él y sonrió. Sus ojos azules brillaron.

—¿Por qué necesitas que te animen? —preguntó Rita, cuando se dirigían a Joe's.

—En las dos últimas semanas, he perdido a mi novia y mi empleo. El alquiler vence en unos días...

—Si necesitas un préstamo...

—Eres un encanto —respondió él—, pero he decidido que lo mejor que puedo hacer es regresar a Georgia por una temporada y hospedarme en casa de mi madre. Ella ha tenido un ligero ataque y su médico piensa que sería mejor que no viviera sola, al menos, hasta que se recupere por completo.

Hizo una pausa, y continuó:

—Su casa está en las afueras de Atlanta. Podré encontrar un trabajo allí y, cuando ahorre lo suficiente y ella se sienta mejor, lo volveré a intentar aquí...

Ante una botella de vino tinto barato, charlaron como viejos amigos. A las once y media, él la acompañó hasta su puerta.

—Supongo que no me invitarás a tomar un café —comentó.

—Supones bien —respondió Rita y sonrió.

—¿Hay alguien especial en tu vida? —preguntó él.

—Muy especial.

—No sólo eres guapa, sino también amable y dulce, por lo que no

me sorprende —suspiró—. Gracias por tu compañía. Si estás en casa por la mañana, llamaré a tu puerta para despedirme.

Tan pronto como se fue, Stephen se borró de la mente de Rita y la chica soñó con Rider. Su primer pensamiento al despertar fue que sólo faltaban dos días para ver de nuevo a Rider.

Tomó café y se preparó unas tostadas. Cogió el periódico y se encontró con una fotografía de Rider en la primera plana. El pie de la fotografía decía: ¡El banquero admite al fin su paternidad! Historia completa en la página siete, por Nick Marsh, nuestro corresponsal especial.

Rita buscó la página siete, con manos temblorosas y leyó:

Al fin encontré a Rider Barran ayer por la mañana, en La Guardia, cuando estaba a punto de abordar un avión para San Francisco.

Ante la evidencia irrefutable… el nombre del motel que la pareja visitaba con frecuencia y varias cuentas firmadas… Barran admitió que era el amante de Julie Dawn.

Al preguntarle si pensaba casarse con la señorita Dawn, el banquero se negó a hacer más comentarios.

La chica observó los párrafos hasta que las palabras bailaron ante sus ojos. Dejó el periódico y se quedó con la mirada perdida en el vacío…

Con la cara hundida en la almohada, Rita sollozó. Incluso después de todo ese tiempo, el recuerdo resultaba insoportable. Evocar el pasado no tuvo un resultado útil.

Tal vez había llorado durante el sueño, porque a la mañana siguiente, la almohada estaba mojada.

Capítulo 7

AL fin el reverendo Jesse Lee James unió en matrimonio a Rita y a Rider, al mediodía de la fecha elegida.

La novia llevaba un vestido de color marfil, con chaqueta; una orquídea de color rosa adornaba la solapa. El novio tenía un aspecto muy distinguido con el traje de color gris perla y el clavel blanco en el ojal.

Decidieron no casarse en Nueva York, por si la prensa se enteraba. La sencilla ceremonia se llevó a cabo en el pequeño y pintoresco pueblo de Owlport, en Catskills, no lejos de la casa de Rider.

Las únicas personas presentes en la capilla, aparte de los novios, los testigos y el ministro, eran la señora Merriton, y el padre y la madrastra de Rider.

El padre y la madrastra de Rider llegaron poco antes de que se iniciara la ceremonia. Abrazaron a la novia y dijeron repetidas veces que estaban muy contentos.

Después de la ceremonia, la señora Merriton insistió en regresar a la casa. El padre y la madrastra de Rider caminaron con los recién casados la corta distancia que los separaba de Owl Inn y almorzaron.

La comida fue deliciosa. Sin embargo, ni siquiera el champán que la acompañó logró desvanecer la tensión que se notaba en el ambiente.

—Tu invitación fue inesperada —observó Kate—. Estamos muy contentos. No sabíamos que estabais juntos otra vez —se dirigió a Rita—. Ahora vivimos permanentemente en Washington, y sólo hacemos visitas cortas a Nueva York, por lo que no es fácil mantenerse en contacto.

Rita estaba segura de que había mucho más que eso. Se preguntó por qué Kate parecía avergonzada e intranquila.

Cuando el silencio amenazó con ser demasiado opresivo, Kate preguntó:

—¿Adonde vais a ir de luna de miel? ¿O es un secreto?

—Es un secreto —respondió Rita y se esforzó por sonreír—. Ni siquiera yo sé adonde nos dirigimos.

—¡Qué excitante! —exclamó Kate—. Debes de estar entusiasmada.

—Sí, lo estoy —Rita se esforzó por representar bien su papel. Se ruborizó al notar el gesto de ironía de Rider y cambió de tema—. ¿Preferís Washington a Nueva York?

Hablaron sobre la capital hasta terminar el café. Después, las

mujeres fueron a refrescarse, mientras los dos hombres las esperaban en el vestíbulo.

Kate empolvó la nariz, antes de decir:

—Habéis sido muy amables al invitarnos. No sabes el alivio que siento al saber que, al fin, Rider y tú os habéis casado. Temía tanto que Julie Dawn...

—se calló un momento—. Parecía un hombre poseído cuando desapareciste y me sentí muy culpable... A no ser que hayas experimentado la culpa, no puedes saber que te mantiene despierta por las noches y carcome tu alma como un ácido... Kate hizo una pausa y añadió:

—Supongo que Rider te ha contado todo. Sin embargo, me gustaría que un día no muy lejano, charláramos para aclarar las cosas.

Antes de que Rita pudiera hacer alguna pregunta. Kate miró el reloj que colgaba de la pared y exclamó con horror:

—¡Santo cielo, son casi las dos y media! —caminaron hacia el vestíbulo—. Si no nos apresuramos, llegaremos tarde al aeropuerto para abordar nuestro avión. Dan y yo vamos a pasar la Navidad en Hawaii, con unos amigos. Ansió estar en un sitio soleado...

Se despidieron en la calle, frente a los dos coches. Kate ocupó su lugar en el Mercedes.

—Disfrutad de las vacaciones —les deseó Rita—. Cuando regreses, llámame por teléfono, para que podamos sostener esa charla que mencionaste.

A pesar de que no miraba a Rider, la chica sintió que él se ponía tenso.

Cuando la pareja mayor se alejó, Rider ayudó a Rita a ocupar el asiento en el BMW gris. Sin decir una palabra, se acomodó ante el volante y condujo hacia las montañas.

—Rider... ¿En qué piensas? —le preguntó ella.

—¿Crees que una esposa de saber los pensamientos de su marido?

—¿Lamentas este matrimonio? —insistió ella.

—Es un poco tarde para lamentarse —respondió él y se encogió de hombros—. ¿Tú te arrepientes?

Rita no se había arrepentido hasta que Kate mencionó a Julie Dawn. Eso la inquietó y la hizo preguntarse si ese matrimonio funcionaría.

—No, prefiero pagar mis deudas —aseguró ella.

Desde la noche en que hicieron el amor en el apartamento de él, Rider no volvió a tocarla ni a besarla. Durante los días que siguieron, se reunieron para hablar y hacer planes para la boda. En cada una de esas ocasiones, él la trató con fría cortesía y se había mantenido

distante. Rider había tocado el tema de la luna de miel, días antes de la boda...

—Como ninguno de los dos ha tenido vacaciones este año, sugiero que nos tomemos al menos un par de semanas... A no ser que te opongas —había dicho él.

—No me opongo... me gustaría hacerlo. ¿Podríamos encontrar algún sitio... diferente? Un lugar donde no haya demasiada gente.

Rider la estudió pensativo.

—Si me dices lo que tienes en mente, lo arreglaré —respondió él.

—En realidad, no tengo nada en mente... —sólo deseaba quedarse en casa.

—Seguro que hay algún sitio que te gustaría visitar, Rita —se esforzó por ser paciente—. ¿Las Islas Seychelles, Idaho, Nuevo México? Ninguno de esos lugares está demasiado poblado.

—Cualquier sitio que tú desees —sintió que su pánico iba en aumento—. En realidad, no me importa adonde vayamos.

—Entonces, quizá deba darte la sorpresa —había señalado.

Rider sólo le indicó que guardara en la maleta ropa de abrigo y el tema no volvió a ser mencionado hasta la hora del almuerzo de ese día.

Rita no tenía idea de hacia dónde iban. Notó que se dirigían hacia Catskills y rompió el silencio para preguntar:

—¿Viajaremos lejos?

—Llegaremos allí antes del anochecer —respondió Rider.

La chica supuso que su destino sería uno de los tranquilos hoteles junto al lago, por lo que se sorprendió cuando al atardecer tomaron un sendero hacia la montaña. Después de recorrer unos cien metros, el sendero se ensanchó y formó un claro. Se detuvieron frente a una cabaña que tenía un cobertizo destartalado a un lado.

Rider bajó del coche sin pronunciar palabra, ayudó a Rita a bajar y sacó una llave. Cruzó el porche de madera y abrió la puerta.

Ella dudó antes de entrar. Con una sonrisa irónica, Rider la cogió en brazos y cruzaron la puerta. La dejó de pie en el centro de la habitación.

Rita miró a su alrededor. El mobiliario era mínimo. La cocina tenía una alacena y un fregadero de porcelana con una bomba manual.

El aire era muy frío. La chica se animó al ver las pilas de leños junto al horno.

—¿Qué opinas de nuestra casa para la luna de miel, Rita? —los ojos de Rider brillaron, lo cual la convenció de que su intención era sorprenderla y desconcertarla.

Decidida a no permitir que notara que había logrado las dos cosas,

sonrió con serenidad.

—Ciertamente, es un sitio diferente. Tendremos mucha intimidad.

—Entonces, ¿te gusta? —preguntó Rider.

—Me encanta —Rita controló un estremecimiento—. En cuanto encendamos el fuego, será como un hogar —con satisfacción, notó que había logrado des concertarlo—. Si continúa nevando, tal vez sea nuestro hogar hasta la primavera.

—No creo que suceda eso. Hay cadenas para la nieve en el coche y tengo entendido que la cabaña está equipada con esquíes.

—¿Está equipada con comida o tendremos que cazar? —preguntó ella.

—Tenemos cuatro cajas de comestibles, sin mencionar la selección de vinos y licores, así como varias botellas de champán —los ojos de Rider brillaron—. En caso de aburrimiento, hay una gran caja con libros y juegos. También tenemos un par de lámparas, un buen abastecimiento de cerillas y mucho aceite para las lámparas.

Rita exclamó con admiración burlona:

—¡Tienes todo bajo control!

—Eso creo —esas dos palabras contenían una suave amenaza que la hizo estremecerse, al comprender que él dominaba la situación de nuevo.

Cuando Rider fue a buscar el equipaje y las cajas al coche, Rita decidió encender el horno.

—Has hecho un buen trabajo —comentó Rider al regresar.

—¿Sabes que es la primera vez que enciendo un horno antiguo? —preguntó ella.

—Entonces, ¿no has cocinado en uno de éstos?

—Siempre quise aprender—respondió, con la esperanza de que Rider estuviera bromeando.

—Ahora es tu oportunidad.

Mientras Rider encendía un par de lámparas de aceite, Rita vio la toalla y el jabón que él había puesto junto al fregadero. Se acercó para lavarse las manos. Bombeó con fuerza y sólo oyó un ruido.

Rider comentó:

—Antes tienes que cebarla.

Rita era una joven de ciudad y no comprendió. Frunció el ceño.

—¿Cebarla? No tengo ni idea de cómo se hace eso —confesó.

—Vierte un poco de agua allí —sugirió él.

—¿Has traído agua?

—Por supuesto.

—Muy inteligente —opinó la chica. Rider se acercó a ella con un frasco de plástico. Cebó la bomba y la puso a funcionar.

Mientras Rider cerraba las contraventanas, Rita abrió su maleta y se cambió de ropa con rapidez. Se puso un pantalón y un suéter. Notó por primera vez que las literas no sólo eran estrechas, sino cortas, totalmente inadecuadas para un hombre de la estatura de Rider. «Le ha salido el tiro por la culata», pensó la chica.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Rider y la hizo saltar. Rita no supo si decírselo, cuando él añadió—: Supongo que las deficiencias de la cama te divierten.

—Me temo que no dormirás mucho.

—No pensaba dormir.

Sus palabras hicieron que todos los nervios de Rita se tensaran y que los latidos de su corazón se aceleraran. Cuando él se acercó, ella permaneció inmóvil y a merced de las sensaciones que Rider le provocaba. Levantó el rostro hacia el de él. Lo miró y separó los labios, en espera del beso.

Rider sacó un pañuelo del bolsillo, lo acercó a la boca de Rita y señaló:

—Escupe —ella lo miró sin comprender, entonces él sonrió burlón y añadió—: Tienes hollín en la mejilla y de esta manera, sentirás menos frío que con el agua.

Rita escupió y él le limpió la cara, guardó el pañuelo y se apartó. El corazón de la chica latió con fuerza y se maldijo por ser tan vulnerable.

A pesar del horno encendido, la cabaña estaba helada. Rita se sintió como en la época de los pioneros y agradeció tener que cocinar.

Rider se puso un pantalón informal y un suéter negro. Destapó una botella de Cabernet Sauvignon de California. Se arremangó la camisa, y con un cubo, llenó el calentador de agua.

—Tendremos suficiente agua caliente a la hora de irnos a la cama.

Mientras se cocinaban los champiñones en salsa y la carne, Rita puso la mesa. Colocó su orquídea en un envase vacío de margarina y encendió una vela como decoración.

Al ver lo que hacía, Rider comentó:

—De muy buen gusto.

—Me temo que las tazas para el vino disminuyen la elegancia… —opinó ella. Rider levantó una ceja al ve las tazas de loza y ella añadió —… pero era esto o vasos de plástico.

—Oh, están mejor las tazas —aseguró Rider. Rita empezó a reírse de pronto, sin poder controlarse.

—Si te vieran tus amigos en este momento… —comentó—. ¡Rider Barren, de la alta sociedad, en su luna de miel!

—Quizá esto no sea el Waldorf Astoria, pero los hombres, al

menos, me envidiarían.

La cena estuvo exquisita. Rita se sintió halagada y contenta cuando Rider sonrió y levantó su taza para

brindar.

—Por Rita, una cocinera excelente —dijo. Al terminar de cenar, la chica sirvió el café. Rider puso dos cómodos sillones cerca del horno y bebieron coñac. A pesar de que la escena era acogedora, Rita pudo sentir que la tensión iba en aumento.

Deseó romper el silencio, que se volvía insoportable y dijo:

—Supongo que tenemos un cuarto de baño.

—Oh, sí, tenemos uno —respondió él—. Está al otro lado de esa puerta. No es muy cómodo, pero está muy ventilado.

Rita visualizó el cobertizo que había visto poco antes y se estremeció.

—Supongo que sí —opinó.

—Estoy siendo un canalla contigo, ¿verdad? —preguntó Rider y suspiró—. No es necesario que nos quedemos aquí, si no quieres.

—Creo que sí quiero —respondió ella. A pesar de las pocas comodidades, era preferible a un hotel. Pensó que lo único que faltaba para que fuera un sitio perfecto era que Rider se suavizara y demostrara un poco de afecto y amabilidad, así como deseo hacia ella. Para evitar que el silencio se prolongara, añadió—: Aparte de desear recompensarme por... digamos... mi aversión a la luna de miel, ¿qué te hizo elegir esta cabaña? ¿Cómo supo de su existencia un hombre de ciudad como tú?

—No soy un hombre de ciudad. Mis padres nunca me desearon, no tenían tiempo para un hijo... —dijo sin pasión, pero detrás de esa frialdad Rita pudo notar que el rechazo de sus padres le había causado un dolor profundo y duradero—. A pesar de que era un hombre joven, mi padre estaba demasiado ocupado siguiendo el camino de la política y mi madre estaba muy entretenida siguiéndolo a él. Por lo tanto, viví con mis abuelos en la casa de campo, hasta que fui a la universidad. Mi abuelo, otro Rider, amaba la vida al aire libre. Pasábamos el verano escalando, nadando o navegando en canoa. En invierno, cortábamos leña y esquiábamos. Con frecuencia nos hospedábamos en esta cabaña. Entonces pertenecía a Walt Delaney, un amigo de mi abuelo. En la actualidad, pertenece al hijo de Walt.

Ese breve comentario sobre su niñez explicó muchas cosas y añadió una nueva dimensión a su carácter.

—Tengo entendido que compraste recientemente la casa de campo —observó Rita.

—Sí. Mi abuela murió cuando yo estaba todavía en Columbia y mi

abuelo murió un año después, aproximadamente. Siempre tuvo la intención de dejarme la casa, pero nunca hizo un testamento que lo especificara. Por lo tanto, la casa la heredó mi padre.

Rider hizo una pausa, y luego continuó.

—Mientras yo estaba en un viaje de negocios por Europa y Asia, él la vendió, a pesar de saber que yo estaba en el proceso de obtener fondos para comprarla —no intentó ocultar su amargura—. Me puse en contacto con el nuevo dueño, pero él se negó a venderla. No obstante, me prometió que yo tendría la primera opción de compra, si volvía a estar en venta. Transcurrieron siete años antes de que el hombre quisiera venderla.

—A pesar de que recuperaste la casa, todavía no has perdonado a tu padre —manifestó Rita.

—Has descubierto el lado oscuro de mi carácter. No me resulta fácil perdonar la falta de atención.

Rita se estremeció y pensó que si él no podía perdonar a su propio padre, ¿cómo podría perdonarla a ella?

Como si Rider le leyera el pensamiento, añadió:

—O la falta de confianza —pronunció las palabras con una suavidad letal que la hizo estremecerse todavía más.

Resultaba evidente que había sido un golpe muy fuerte para él, puesto que esperaba que ella confiara en él.

Sabía que Rider no era hipócrita, que no mentía y tampoco perdía el control. ¿Acaso ella había cometido un error terrible? ¿Se equivocó al pensar lo peor?

Ella confiaba ciegamente en él y habría seguido confiando, si Rider no lo hubiera admitido todo. Aunque ella deseara creer que había cometido un error, él admitió ser amante de Julie Dawn.

De los labios de Rita escapó un suspiro apenas audible. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y fijó la vista en el fuego.

Sintió el dolor en el corazón al pensar lo que pudo haber habido entre ellos, si la falta de confianza de su parte y el amargo resentimiento de él no los hubieran colocado en lados opuestos, en un abismo que parecía imposible de cruzar.

Tenía que haber alguna manera. La cercanía física proporcionaría un punto de partida, una base sobre la cual podrían construir juntos el futuro. Con seguridad, cuando hicieran el amor y se encontraran uno en brazos del otro, Rider no podría permanecer mentalmente alejado.

Al recordar la forma en que él reaccionó la última vez, Rita no se sintió tan segura. Sin embargo, tenía que aferrarse a esa esperanza.

Después de un tiempo, la combinación del coñac y el calor la hicieron sentir sueño. Bostezó.

—¿No es hora de irse a la cama? —preguntó.

—Ten cuidado —indicó Rider—. Das la impresión de ser una novia ansiosa.

—Y tú das la impresión de ser un novio reacio.

—Tal vez eso es lo que soy.

—No puedo comprender por qué quisiste esta boda, si ya ni siquiera me deseas —expresó Rita y no pudo controlar un estremecimiento.

—Digamos que deseo más de lo que puedes dar.

—Yo... no comprendo lo que quieres decir —murmuró.

—Me advertiste que sería un matrimonio forzado, pero cuando hicimos nuestro «trato», estaba demasiado obsesionado y no me importó. Ahora, el hecho de saber que mi mujer sólo experimenta una reacia determinación por cumplir su parte del trato, no resulta un afrodisíaco.

—No hay reticencia —aseguró Rita.

—Quizá el problema es que tampoco deseo determinación.

—Entonces, ¿qué deseas? —preguntó ella.

—Lo imposible. Deseo borrar los últimos años, como si nunca hubieran existido. Deseo entrar en las oficinas de Ryan y encontrarte sentada ante tu escritorio, tan inocente como eras antes de amar a Stephen y casarte con él.

—Hay muchas personas que desean, en algún momento de sus vidas, borrar el pasado y empezar de nuevo. Sin embargo, como has dicho, no es posible.

—No —admitió Rider—. El pasado siempre deja una huella indeleble. Los errores, los fracasos... —repuso con amargura y frustración.

—No obstante, podemos lograr lo mejor del presente —Rita habló con más seguridad de la que sentía.

—Me he dicho eso repetidas veces, pero no puedo asimilar el pensamiento de tres en una cama.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella, sin comprender.

—El tercero es un fantasma. Sé lo mucho que amabas a tu marido. Sufriste por él, trabajaste mucho por él... Fui un tonto al pensar que podrías olvidarlo. Un amor como ese no se desvanece ni muere...

Rita intentó protestar, pero él la ignoró y continuó:

—Necesité mucho tiempo para comprender por qué no deseabas tener luna de miel. Lo entendí después de la ceremonia, al ver tu expresión cuando Kate tocó el tema. No querías ir a un hotel, estar entre la gente. Atada a un marido al cual no amas y a los recuerdos de otro al que sí amaste, ¿qué podía ser peor que tener que representar el

papel de una novia feliz?

—Estás totalmente equivocado —aseguró Rita.

—Me lo merezco —dijo él, sin prestar atención a sus palabras—. Cuando comprendí la situación en la que te encontrabas después de la muerte de tu marido, te puse una trampa deliberadamente.

—Pudo ser algo deliberado, pero, al menos, fuiste sincero. Deseaba ayudar a la familia de Paul y al menos te debo…

—Si hubieras dicho que no había trato, de todas formas habría ayudado a los Wilson, por humanidad; por lo tanto, olvídalo, no me debes nada. No tengo derecho a tratar de ocupar el lugar de tu marido.

Rita estaba convencida de que su futuro dependía de lograr que Rider la creyera.

—Lo que te debo o no te debo, no tiene nada que ver con esto —aseguró—. Por favor, escucha… quiero hablarte sobre Stephen y sobre mí… acerca de nuestra relación…

Capítulo 8

AL ver que contaba con la atención de Rider, Rita empezó a hablar eligiendo las palabras con cuidado:

—Hoy, después del almuerzo, cuando estaba en el tocador con Kate, ella habló sobre sentirse culpable. Dijo algo acerca de que la culpa lo mantiene a uno despierto por las noches y carcome el alma. Aunque por una parte no sé a lo que se refería, por la otra, lo sé con exactitud y tiene toda la razón.

—Estoy seguro de que no puedes sentir culpa alguna con respecto a tu marido.

—Te equivocas otra vez —aseguró ella.

—¿De qué puedes sentirte culpable?

—No lo amaba o, al menos, no de la manera en que él quería que lo hiciera.

Como si Rita hubiera dejado caer una bomba, Rider permaneció inmóvil y la observó.

—Apreciaba a Stephen y lo respetaba —continuó ella—, pero no lo amé de la forma en que una esposa debe amar a su marido. Él quería que lo amara y Dios sabe que lo intenté. Sin embargo, nadie puede amar sólo porque se lo ordenen. Cuando me pidió que me casara con él, le confesé la verdad; sin embargo, dijo que él me amaba y que, si yo lo apreciaba, eso sería suficiente… pero no lo fue. S —Hay algo que no comprendo… —el rostro de Rider estaba tenso, como si experimentara un gran shock emocional—. Si las cosas eran como dices y no amabas a Stephen, ¿por qué no querías tener una luna de miel conmigo?

—Mi primera luna de miel fue…

—Cuando te pregunté si habías tenido una luna de miel, contestaste que no —la interrumpió Rider con voz fría.

—No fue eso lo que preguntaste. Comentaste con ironía, que una luna de miel era un tiempo para luces suaves, música dulce, romanticismo y amor. Después preguntaste: «¿No disfrutaste de ese inicio eufórico del matrimonio, la última vez? Esa fue la pregunta a la cual respondí que no.

—¿Acaso eso no es hilar muy fino, Rita?

—No lo creo.

—Muy bien, adelante, cuéntamelo.

—Aunque en realidad no podíamos costearnos una luna de miel —explicó Rita, después de un momento de duda—, Stephen quería que

la tuviéramos así, que la tuvimos... pero... no resultó.

La joven recordó que la semana que pasaron en las Cataratas del Niágara fue una pesadilla. No podía revelarle eso a Rider, sin revelar también hechos que prefería mantener ocultos. Apretó los dientes y continuó:

—El caso es que todo fue culpa mía y la sola mención de la luna de miel me trajo muchos recuerdos de culpa y fracaso.

—¿Por qué te casaste con él, si no lo amabas? —preguntó Rider, pero eso era algo que ella no podía decirle. Al ver que dudaba, añadió —: Necesito comprender. Necesito saber por qué y cómo sucedió. Quizá entonces, pueda aceptarlo y dejar de torturarme.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza desde que me fui a San Francisco —sugirió Rider.

—¿Sabes que Stephen vivía en el apartamento de encima del mío? Habíamos hablado con brevedad cuando nos encontrábamos, pero la primera vez que charlamos de verdad fue ese viernes por la noche.

Rita lo observó y continuó:

—Acababa de llegar a casa del trabajo, cuando él llamó a la puerta y me preguntó si tenía teléfono. Cuando le dije que no, respondió que comería una pizza en Joe's y que llamaría por teléfono desde allí. Me invitó a que lo acompañara, dijo que necesitaba animarse...

—Por eso no estabas en casa ese viernes por la noche —murmuró Rider—. Adelante, ¿por qué necesitaba animarse?

—Había perdido su empleo y a su novia. Además de eso, su madre había sufrido un ataque, por lo que decidió ir a su casa, en Georgia, por un tiempo. Sentí pena por él, pero sólo pensaba en ti.

Rita hizo una pausa para reunir valor.

—A la mañana siguiente, leí en el periódico que habías admitido ser el amante de Julie Dawn. Fue como ser golpeada por un huracán. Toda mi vida se desmoronó en unos segundos.

Después de un momento, se obligó a continuar:

—Todavía estaba sentada allí, sorprendida, cuando Stephen llamó a la puerta para despedirse. Al ver... lo perturbaba que estaba, se negó a dejarme. Quería saber lo que pensaba hacer, pero ni yo lo sabía. Mi único pensamiento claro era que no soportaría volver a verte. Tenía que huir de Nueva York, antes de que regresaras.

—No consideraste esperar para oír lo que yo tenía que decir —le reprochó Rider.

—A pesar de que siempre creí confiar en ti, supongo que, inconscientemente, casi esperaba que vivieras de acuerdo con tu imagen de hombre de mundo. Tenía muy poca confianza en mi habilidad para retenerte y muchas dudas de encajar en tu vida de una

manera permanente, por lo que de algún modo esperaba perderte.

—Debo entender que te fuiste a Georgia —dijo él.

—Sí. Cuando dije que quería irme de Nueva York, Stephen sugirió que lo acompañara.

—¿Como qué? ¿Como su esposa, su amante?

—No, sólo como una amiga —explicó Rita—. Aunque no le conté todo, pues sólo le dije que había perdido al hombre que... —hizo una pausa—. Supo que había sufrido una impresión fuerte y fue muy amable. Tenía planeado estar con su madre y dijo que sería una solución ideal que yo me quedara allí también. De esa manera, yo tendría tiempo para arreglar mi vida y su madre no se quedaría sola mientras él trabajaba.

Rita esperó un momento, antes de añadir:

—No quería dejar a Tim Ryan de esa manera, pero escribí mi dimisión y Stephen la echó al correo. Llamó por teléfono a su madre mientras yo hacía la maleta. Mi alquiler estaba pagado hasta finales de mes, por lo que lo único que tuve que hacer fue entregar las llaves. Antes de las once, nos encontrábamos en un autobús, camino a Atlanta.

—Entonces, Kate estuvo a punto de encontrarte —comentó él.

—¿Kate? —Rita estaba perpleja—. ¿Por qué me buscó Kate?

Rider ignoró la pregunta.

—Dime lo que sucedió cuando llegaste a Atlanta —pidió.

—La casa donde vivía la señora West era blanca, encantadoramente sureña, con una terraza y un árbol de magnolia en el jardín. No era muy grande, pero tenía tres dormitorios. Ella fue muy amable conmigo. Era como su hijo, de aspecto y de carácter. Stephen, que era un buen chef, tuvo la suerte de que lo contrataran en uno de los hoteles Degg Baker. Yo me encargué del trabajo de la casa y de hacerle compañía a su madre —se mordió el labio inferior—. Llevábamos allí un par de meses, cuando la señora West sufrió otro ataque. Murió antes de que llegáramos al hospital.

Rita guardó silencio un momento.

—El casero quiso que desocupáramos la casa y buscamos un lugar donde vivir. Entonces, la cadena de hoteles para la que trabajaba Stephen le ofreció un empleo en uno de sus hoteles en Nueva York...

Rider escuchaba con atención.

—Él deseaba aceptar el empleo, amaba lo que llamaba «las luces brillantes», por lo que regresamos. No teníamos dinero ni sitio donde vivir. El hotel proporcionaba hospedaje al personal casado...

—¡No me digas que ese fue el único motivo por el que te casaste! —exclamó Rider.

—No, no fue el único motivo. Él me amaba y yo lo apreciaba mucho. Parecía que era lo mejor que podíamos hacer.

—Podría entenderlo si hubieras estado apasionadamente enamorada, pero casarte con él en esas circunstancias...

Rita sabía que no debía permitir que Rider sospechara la verdad y, como le temió a su rápida y analítica mente, se apresuró a decir:

—Ya había tenido suficiente de estar apasionadamente enamorada. Te amé con pasión ¿y adonde me condujo eso? Lo único que deseaba era bondad y seguridad. Stephen me ofreció las dos cosas.

—No estoy seguro de que este escenario me guste más que el otro —comentó él.

Rita comprendió que su oportunidad de arreglar las cosas entre ellos se evaporaba, por lo que decidió cambiar de táctica. Se puso de pie.

—En realidad eres irónico —dijo ella—. Cuando pensaste que amaba a Stephen, no te agradó. Ahora que sabes la verdad, todavía no estás satisfecho. Empiezo a creer que todo este asunto es sólo una excusa para no tener que hacerme el amor... ¿Ya no me deseas? ¿Soy tan poco atractiva?

—Siempre has sido muy hermosa, Rita —aseguró él con voz ronca —. Ahora posees una viveza que te hace exquisita.

—Entonces, ¿qué es lo que sucede? ¿De pronto te has quedado impotente? —preguntó ella. Los ojos de Rider brillaron peligrosamente.

—¿Quieres que te demuestre que no es así? —preguntó él.

Rita se sentó en las rodillas de Rider y lo abrazó por el cuello.

—Sí, por favor —pidió la chica y él la abrazó con fuerza.

Durante unos segundos, él sólo la abrazó. Enseguida, empezó a besarla como si toda la vida hubiera esperado ese momento. Le besó las sienes, los párpados, las mejillas y la barbilla... Finalmente, la besó en los labios con pasión.

Rider señaló el pantalón y el suéter de Rita y pidió con voz ronca.

—Quítatelos.

Ella obedeció con gusto y Rider la sentó en sus rodillas otra vez. La acurrucó contra sí y sintió el fuego de su piel desnuda. Le dio besos seductores que eran como agua dulce para alguien que acababa de cruzar el desierto.

Con una gran ternura, Rider utilizó las manos y los labios para estimularla y excitarla. Rita deslizó las manos debajo del suéter de él y le acarició los músculos. Sabía que nunca se sentiría tan satisfecha y feliz.

Con seguridad lo expresó en voz alta, porque Rider dijo:

—En un momento tengo la intención de hacerte más feliz y dejarte mucho más satisfecha.

—¿Crees que podrás? —preguntó ella.

—¿Cómo puedes dudar de mis habilidades como amante? —frotó la nariz contra el sujetador y le acarició los senos con los dedos—. Haré que lo sepas y, antes de que termine la luna de miel, me convertiré en un atleta sexual.

Rita sonrió encantada.

—En esa litera, en lugar de atleta sexual, tendrás que convertirte en un contorsionista.

—No pensaba en la litera —murmuró Rider—. Tengo otros planes mejores.

—No me importa donde me hagas el amor —dijo la en voz baja. La pasión oscureció los ojos de Rider.

—Primero te traeré algo de abrigo para que te lo pongas mientras hago algunos preparativos.

Rita se sintió cómoda con el grueso camisón y las cálidas zapatillas. Abrió la puerta de la cabaña y miró hacia el cobertizo. Notó que junto al retrete había un recipiente del cual colgaba una cadena oxidada. Parecía una ducha, aunque no había señales de agua corriente.

Rita se lavó los dientes y utilizó un cucharón para llenar un cubo de plástico de agua caliente. Comprendió que su camisón no era adecuado para la luna de miel y eligió uno de nylon de color melocotón. Cogió sus bolsa de artículos de tocador, una toalla y una lámpara de aceite y salió hacia el «baño».

Varios esquíes y zapatos para nieve se encontraban junto a una de las paredes, así como una selección de botas, chaquetas, sombreros, cascos, bufandas, guantes y gafas para la nieve.

En la pared opuesta colgaban dos barreños, uno grande y otro pequeño. El aire helado entraba por las aberturas de la madera y a Rita le castañetearon los dientes. Se apresuró a regresar junto al fuego.

Cuando entró en la cabaña había una cama frente al horno. Era una cama de matrimonio con un colchón inflable, dos almohadas, un saco de dormir y varias mantas.

Dos tazas con chocolate caliente se encontraban junto al horno. Rider, desnudo hasta la cintura, se lavaba bajo la bomba.

Al observarlo, Rita sintió que su pulso se aceleraba y contuvo la respiración. Recordó de pronto lo que tenía en su maleta para él; lo sacó y lo ocultó debajo de la almohada más cercana, mientras Rider se secaba. Él se volvió y regresó junto al fuego.

Se tomaron el chocolate sentados uno frente al otro. Bajo esa

calma en la superficie, la excitación hervía.

Rita estaba decidida a que él hiciera el primer movimiento en esa ocasión, por lo que permaneció sentada en silencio, hasta que él levantó la vista.

—Ven aquí, Rita —pidió Rider.

Ella sacó el paquete que había guardado debajo de la almohada, se sentó en las rodillas de Rider y se lo entregó.

—Esto es para ti. Un regalo de bodas. Rider se sorprendió.

—Yo tengo algo para ti, pero no lo he traído —confesó y suspiró—. Tal vez deba decirte por qué...

—No necesitas decírmelo —aseguró Rita—. Ya lo sé. Te pones paranoico cuando se trata de que te agradezcan algo. Debido a errores pasados, nos encontramos en esta situación intolerable. No te sientes cómodo al darme algo y yo no te puedo dar las gracias sin que sospeches que soy sarcástica o algo peor.

—Tienes razón —admitió Rider después de un silencio—, y es culpa mía que estemos en esta situación. La forma en que me diste las gracias, aquel día, después de leer la carta de la señora Wilson... Me sentí tan culpable, que ese asunto de la gratitud se convirtió en algo muy sensible...

—¿Sensible? —se burló Rita—. ¿Estás seguro de que no quieres decir explosivo?

Rider le puso una mano en la mejilla y le volvió el rostro hacia él.

—En el futuro, trataré de comportarme de una manera más razonable.

Rita le besó la palma de la mano y señaló el paquete que Rider tenía en la mano.

—¿No lo vas a abrir? —preguntó.

Rider rasgó el papel de color azul oscuro y sostuvo el libro entre las manos. Se titulaba Cómo aprender a volar. Era una pequeña obra de arte elaborada con exquisito detalle.

La portada era de brillantes tonos verdes y dorados. Eran cuentos para niños.

Rider abrió el libro y leyó la dedicatoria: «Para Rider». Se emocionó.

La prolongada pausa convenció a Rita de que había cometido un error y suspiró. Lamentó haberle dado el libro.

Sin pronunciar palabra, Rider empezó a hojearlo, a leer los cuentos cortos y observar las hermosas ilustraciones. Al final aparecía el dibujo de un rey sentado en una roca, con las piernas recogidas.

Rita sintió que Rider se quedaba inmóvil. Contuvo la respiración en espera de la explosión. Aunque el pelo rubio del rey portaba una

corona de marfil y sus orejas tenían un tono verde y eran puntiagudas, se adivinaba de quién era el rostro.

Rider empezó a reírse de pronto. Era una risa divertida y Rita comprendió que no estaba enfadado con ella, aunque él intentó demostrar que sí lo estaba.

—¡Eres...! Debería darte unos azotes por esto —declaró.

—No fue mi intención que sucediera —explicó ella—, pero supongo que pensaba en ti en ese momento y el dibujo salió así, por lo que decidí dejarlo.

—¡Me pintaste desnudo!

—Pero muy propio —se apresuró a señalar Rita—. Me alegra que esto no te importe demasiado... Cuando ya fue demasiado tarde, no pude evitar preguntarme lo que pensarías.

—Creo que tienes mucho talento —opinó Rider—. Aunque no me atreveré a aparecer en público en Manhattan durante la próxima década, me siento muy orgulloso de ti.

—Entonces, ¿no te opondrás a que siga escribiendo?

—Por supuesto que no. Sin embargo, si tienes la intención de continuar en Cromford, ¿cuándo encontrarás tiempo para escribir? Tengo planeado ser un marido muy exigente.

—No continuaré en Cromford. Dijiste que preferirías que tu esposa no trabajara, por lo que entregué mi dimisión —le informó—. Tendré muchas cosas para mantenerme ocupada.

—Mmmm... —le dio un beso detrás de la oreja—. ¿No opinas que estamos perdiendo esta noche?

—Me preguntaba cuándo haríamos algo más excitante que hablar —respondió la chica.

Rider se rió y se puso de pie, con ella en brazos.

—Bueno, si es excitación lo que buscas...

La tumbó en la cama y apagó las lámparas de aceite. El corazón de Rita latía con velocidad sofocante. Lo observó quitarse la ropa antes de reunirse con ella. Parecía un dios azteca.

Era un amante maravilloso. Juntos disfrutaron del contacto de sus manos, labios y cuerpos, así como del placer que iba en aumento y la explosión repentina de felicidad y éxtasis.

Cuando la respiración de ambos volvió a su ritmo normal, Rider se apartó y se tumbó al lado de Rita. Como no hizo ningún movimiento para abrazarla, la chica se acurrucó contra él, en busca de calor. Rider suspiró y tiró de las mantas para colocarlas sobre ellos.

—Cuando se apague el horno, hará más frío —comentó.

—No tengo frío —repuso Rita—, pero como es mi noche de boda...

—No tu primera noche de boda... —murmuró él.

—¿Te importa mucho eso? —preguntó Rita.

—Por supuesto que me importa. Como soy un tonto, quería ser tu primer amante y el último; el único hombre de tu vida. ¿No puedes comprenderlo?

—Oh, sí, lo comprendo muy bien. Yo quería ser la única mujer de tu vida. Aunque sólo fuera una empleada común, no quería competir con Julie Dawn.

A pesar del intercambio de pasión y de todo lo sucedido poco antes, estaban tan separados como siempre.

A la mañana siguiente, Rita se despertó y se desperezó. Estaba soñolienta y contenta, hasta que recordó lo sucedido, después de que hicieran el amor. Decidió que deberían volver a estar en términos amistosos.

Con los párpados todavía cerrados, estiró la mano para tocar a Rider. Como si la historia se repitiera de nuevo, él no estaba y su lado de la cama se encontraba frío y vacío.

Rita abrió los ojos. Sin embargo, en esa ocasión, Rider se encontraba bastante cerca. Estaba de pie junto al horno, completamente vestido, friendo beicon en una sartén mientras la cafetera llenaba la cabaña con el delicioso aroma a café recién hecho.

Consciente del movimiento, Rider volvió la cabeza.

—Ha nevado mucho durante la noche, pero hace una mañana preciosa, el cielo está azul y hay sol.

—Tal vez podamos salir después del desayuno y esquiar —sugirió ella. Rider levantó una ceja.

—¿Esquías?

—Oh, sí —aseguró.

—¿Bien?

—Espero que, con un poco de práctica, podré dejarte atrás —respondió.

—¡Oh! ¿Tan buena eres? —preguntó Rider.

—No he aprendido todavía.

—En ese caso, ya es hora de que lo hagas —opinó él—. No creo que te caigas más de dos docenas de veces, antes de aprender.

—Tal vez lo reconsidere —dijo ella—. ¿Y si termino llena de magulladuras?

—Besaré cada uno de ellas —prometió Rider.

—Esa es una afirmación atrevida, si consideramos dónde es probable que se encuentre la mayoría —opinó ella.

El día era tan precioso como había dicho Rider y el paisaje de la montaña era espectacular. Rita se puso los esquíes y Rider le enseñó lo básico.

Cuando regresaron a la cabaña, un par de horas después, Rita no tenía nada de qué lamentarse, aparte de sentirse un poco rígida.

Sin embargo, esto tuvo su compensación, puesto que Rider sacó linimento del botiquín y le dio un masaje con delicadeza. La chica olvidó pronto el motivo original de dicho masaje.

Más tarde, cuando Rita comentó que sería estupendo darse un baño caliente, Rider llevó el barreño más grande y empezó a llenarlo de agua caliente.

Rita disfrutó de un lujoso baño frente al fuego y, poco después, del placer de que él la secara de la cabeza a los pies.

En el aspecto físico estaban totalmente compenetrados. Evitaron charlar sobre algún tema controvertido. Era como si se aislaran del pasado y del futuro en una burbuja.

En víspera de la Navidad, recogieron acebo, hiedra y bellotas para decorar la cabaña. Rider cortó una rama de abeto para que sirviera como árbol de Navidad. Lo adornaron con algodón, racimos de cerezas y una estrella plateada fabricada con papel de aluminio.

La mañana de Navidad bebieron Bucks Fizz en la cama y, como regalo mutuo, hicieron el amor hasta la hora del almuerzo.

Como el tiempo seguía siendo bueno, pasaron la mayor arte de los días al aire libre. Por la noche se quedaban sentados frente al horno. Algunas veces leían y otras jugaban a las damas o asaban castañas.

Un par de veces, mientras Rita preparaba la comida, Rider esquió hasta el pueblo para comprar pan y leche fresca.

Recibieron el Año Nuevo con champán y, como el aire invernal les hizo sentir un apetito excelente, saborearon un banquete a medianoche que consistía en galletas, caviar y sandwiches de salmón ahumado.

La luna de miel terminó.

Mientras Rita limpiaba la cabaña, Rider quitó la nieve que cubría el coche, guardó las maletas en el portaequipajes y puso las cadenas para la nieve.

Llegó el momento de cerrar la cabaña y dirigirse a casa el tiempo para recordar el pasado y enfrentarse al futuro, para probar su burbuja mágica en el mundo cotidiano.

Recorrieron el sendero sin dificultad, así como el camino serpenteante que bajaba por la colina. A pesar de las cadenas, el coche derrapó en la primera curva y Rita contuvo la respiración.

Desde el accidente, a pesar de que por lo general lograba ocultarlo, tendía a sentirse nerviosa y, en ese momento, las circunstancias hicieron que su nerviosismo aumentara.

Rider le dirigió una mirada rápida.

—Estaremos bien en cuanto lleguemos a la autopista del valle —comentó Rider—. No estoy familiarizado con las cadenas, pero sí lo estoy con esta clase de tiempo y sé cómo enfrentarme a él, no tengas miedo.

—No tengo miedo —declaró Rita—. Confío en ti tácitamente —apenas pronunció esas palabras, lo lamentó, pero fue demasiado tarde.

Rider se puso tenso.

—Si eso fuera verdad —murmuró. La burbuja reventó.

Capítulo 9

EL tiempo no estaba tan mal cuando iniciaron el viaje, pero al alejarse de Catskills el día se tornó más gris y nubes oscuras cubrían el cielo. Pronto empezó a nevar. Cuando se detuvieron para comer en una posada del camino, caía aguanieve.

Manhattan estaba frío. Sentían la depresión, después de la Navidad y el Año Nuevo.

En contraste, Markman's, con su gran actividad, sus chimeneas encendidas y los floreros parecía más invitante y agradable.

La noticia de su matrimonio se extendió como el fuego y fueron recibidos por el personal con sonrisas y buenos deseos. Les entregaron la correspondencia, varios regalos y una cesta de flores, acompañada por una tarjeta de felicitación firmada por todo el personal.

Al estar de pie en el vestíbulo del apartamento de Rider, la joven se sintió perdida de pronto, fuera de lugar, sin saber qué hacer.

—¿Todavía no te sientes en casa? —preguntó Rider.

—Estoy segura de que pronto me acostumbraré —dijo ella con firmeza—. Sólo me parece extraño no ir a mi apartamento.

Rita casi había terminado de deshacer la maleta, cuando Rider entró y comentó:

—Parece que estás un poco cansada.

—Lo estoy —admitió.

—¿Y deprimida? —la estudió pensativo.

—Sí —respondió Rita—. Supongo que es la depresión posterior a la luna de miel. Espero que las cosas me parezcan mejor por la mañana.

Rider se le acercó por la espalda y la abrazó. La apoyó contra su cuerpo y le apartó el pelo con la nariz para besarle la nuca.

—En lugar de salir, ¿quieres que nos suban la cena? —preguntó.

Su cercanía y las caricias la hicieron derretirse y estremecerse de placer.

—Me parece una buena idea —opinó Rita.

—Pero antes... —la soltó y se inclinó ante una caja de seguridad. La abrió, sacó una sortija y se la puso en el dedo.

Era una esmeralda grande y cuadrada, montada en oro. Era tan pura y perfecta, que Rita observó su brillo, hipnotizada.

—Puedes darme las gracias, si lo deseas —añadió Rider.

La chica levantó la vista y sintió el escozor de las lágrimas. Sin decir palabra, lo abrazó por el cuello y se puso de puntillas para besarlo.

Por un segundo, los labios de Rider permanecieron firmes y fríos

debajo de los de ella. Cuando la chica separó los labios de una manera invitante, Rider hizo el beso más profundo y el pulso de Rita se aceleró. Un estremecimiento de deseo se extendió desde la boca del estómago de la chica por todo su cuerpo.

Rider le deslizó los labios por la mandíbula. La punta de su lengua acariciaba y exploraba la base del cuello, mientras le desabotonaba la blusa y le desabrochaba el sujetador.

Dejó desnudos los senos firmes y hermosamente formados. Se detuvo para observarlos, antes de quitarle el pantalón y las bragas. La abrazó y la volvió hacia el espejo.

Rita vio reflejado en el espejo su cuerpo delgado y por encima del hombro, el rostro de Rider. Observó las manos fuertes de él sosteniendo los senos y los pulgares estimulando los pezones. Mientras una mano continuaba el delicioso tormento, la otra se deslizó hasta el abdomen para acariciarla con intimidad.

El hecho de ver lo que él la hacía, al mismo tiempo que lo sentía, hizo que el estímulo fuera más erótico.

Antes de darse cuenta hasta dónde llegaría él, la recorrieron oleadas de placer. Trató de detenerlo entonces, pero él era demasiado fuerte para ella y la sujetó hasta completar su propósito.

Rita echó la cabeza hacia atrás y la apoyó sobre el hombro de él. Rider la sostuvo contra su cuerpo, hasta que debajo de su mano izquierda sintió que los latidos del corazón de Rita se calmaban un poco.

Consciente de la excitación de él, la chica esperaba que la llevara a la cama, pero Rider la soltó y dijo con frialdad:

—Pediré que traigan nuestra cena en unos quince minutos.

—¡Estúpido! —exclamó Rita, cuando él llegaba a la puerta—. Lo has hecho a propósito.

—No me digas que no te ha gustado —Rider se volvió.

—Tu intención ha sido avergonzarme y humillarme.

—No seas tonta. Eres mi esposa.

—Eso no significa que no pueda sentirme sexual-mente humillada.

—No fue mi intención humillarte, Rita —aseguró él con voz cortante—. Tampoco es mi intención aceptar un pago por la sortija. Un simple «gracias» habría sido suficiente.

—¡Pago! —gritó furiosa. Se quitó la sortija del dedo y se la tiró a la cara—. No soy tan barata. Rider se rió.

—Ahora me dirás que no puedes ser comprada… y ambos sabemos que eso no es verdad —dijo él con crueldad.

Cuando Rider salió y cerró la puerta, Rita se sentó en la cama y empezó a llorar con ira y pesar.

Rider regresó diez minutos después y vio las lágrimas en sus ojos hinchados. Murmuró algo con incoherencia y se sentó a su lado. La tomó en sus brazos y ella se resistió.

—Déjame en paz. Te odio —declaró Rita.

—Me atrevo a decir que me lo merezco.

—No, no te odio, aunque hay ocasiones en que desearía odiarte —murmuró ella.

—Entonces, debo asegurarme de que esas ocasiones sean algo del pasado —sacó un pañuelo y le secó las mejillas con ternura—. Lávate la cara y ponte algo que abrigue, estás helada. Nuestra cena espera.

Rita se mojó los ojos con agua fría y se peinó. Se puso un camisón y una bata.

Al entrar en la sala, pisó la sortija; la recogió y se la puso. Rider lo notó de inmediato y le besó la mano.

—¿No más malentendidos? —preguntó.

—Eso depende de ti —respondió ella.

—Habla con franqueza, Rita —le pidió Rider.

—Podrías intentar hacer un tótem con tu arrogancia.

—¿Qué te ha hecho decir eso? ¿Es porque me ves como a un salvaje?

—No. A pesar de tu pelo rubio, siempre pensé que tenías una estructura ósea india.

—Eres muy perceptiva. Mi abuela tenía sangre de navajos.

—Háblame de eso —pidió Rita.

—Los navajos eran una tribu de americanos nativos que vivían y comerciaban en Nuevo México. La abuela de mi abuela, cuyo nombre era Suni, fue la hija única del jefe Ramah. Era una joven respetada y admirada por su belleza e inteligencia. Era el orgullo de su padre, a pesar del hecho de que ella lo desafió y se casó con un hombre blanco. Por lo tanto, tu sugerencia ha sido bastante acertada. ¿Qué opinas si utilizo el tótem como combustible para nuestra mutua pasión?

—Lo único que puedo decir es que será mejor que tengas a mano un extintor —respondió la chica.

Durante las semanas siguientes, Rider sólo tuvo que tocarla para producirle excitación. Era un fuego que los consumía a ambos.

A pesar de que Rider le hacía el amor con gran pasión y ternura, mentalmente aún existía un abismo entre ellos.

Una o dos veces a la semana, Rita comía con Rider y la mayoría de las noches cenaban fuera de casa, en algún restaurante. Iban al cine, conciertos, obras de teatro, galerías y espectáculos de Broadway. Asistían a partidos de baloncesto, a centros nocturnos y a fiestas.

En lugar de un matrimonio de conveniencia, parecía una

apasionada aventura amorosa. No obstante, nunca pronunciaron una palabra de amor y, detrás de toda esa actividad, existía un extraño vacío; una espera.

Un viernes por la tarde, a finales de febrero, como Rita no había tenido noticias de Kate, decidió llamar por teléfono a Washington.

Rita estaba inquieta. Todavía faltaba algún tiempo antes de poder hacer la llamada telefónica que dominaba sus pensamientos, la que le daría los resultados de las pruebas que le habían hecho en la clínica del Doctor Wiseman, el día anterior. Como temió ser demasiado optimista, no le había comentado nada a Rider sobre el asunto.

Se preparó una taza de té y se la tomó mientras buscaba el número telefónico de los Barron en la agenda que estaba junto al teléfono. Se quedó inmóvil al hojear la agenda y encontrar en una página, anotado con la escritura de Rider, el nombre de Julie Dawn, seguido por una dirección; West, treinta y cuatro y un número de teléfono.

Era una prueba, pero... ¿de qué? Respiró hondo y se esforzó por calmarse. Eso sólo probaba que Rider había anotado la dirección y el número de teléfono de Julie Dawn, no que su aventura todavía continuara.

Siguió hojeando la libreta, hasta encontrar el número que buscaba y lo marcó.

—Kate Barron —se oyó al otro lado de la línea.

—¡Hola! Soy Rita. Si la montaña no va a Mahoma... ¿o es al contrario?

—¡Ah, hola! —Kate parecía más aturdida que contenta—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Habéis tenido unas buenas vacaciones? —preguntó Rita.

—Sí. Hawaii es muy bonito, hay mucho sol... Hablaron un momento, pero Kate parecía distraída, por lo que Rita preguntó:

—¿He llamado en mal momento? ¿Sería mejor que llamara más tarde?

—No... no, no es necesario.

—Después de la boda, mencionaste que charlaríamos...

—Oh... Bueno, yo... Ahora no recuerdo de qué se trataba... —hubo una pausa—. ¿Todo está bien?

—¿En qué sentido? —preguntó Rita, frunciendo el ceño.

—Me refiero a vosotros.

—Cuando buscaba tu número, encontré el número y la dirección de Julie Dawn. Sé que no significa nada, pero...

—Por supuesto que no —se apresuró a decir Kate—, no significa nada... A propósito, Rider me ha dicho que has publicado un libro...

El día anterior Rita comentó que no habían tenido noticias de Washington y Rider no dijo que hubiera estado en contacto con Kate.

Desconcertada por el comportamiento de Kate y el hecho de que Rider había hablado en secreto con su madrastra, Rita permitió que Kate se despidiera y colgó, sin intentar detenerla.

La chica estaba segura de que Kate ya no deseaba abrirle su corazón. ¿O acaso le advirtieron que no lo hiciera? Supo que Rider había evitado esa charla, pues no quería que su madrastra le dijera a ella algo que no quería que supiera, algo que quizá tenía que ver con Julie Dawn y que ayudaría a demostrar la culpabilidad de Rider.

Hizo un esfuerzo por apartar todo ese asunto de su mente. Marcó el número de la clínica y dijo su nombre.

—Todas las pruebas han resultado positivas, señora Barron —le informó la enfermera.

—¿Estás segura?

—Bastante segura. Parece estar en perfecto estado, todo parece bien, no hay problemas. Le he anotado una cita para el próximo mes...

Era el momento de confesarle la verdad a Rider. Esa noche saldrían, pero más tarde, cuando se fueran a la cama y él la tomara en sus brazos, le diría todo. Entonces, podrían empezar de nuevo, sin nada que los separara... excepto Julie Dawn.

Estaba a punto de darse un baño cuando sonó el teléfono.

—Rita, me ha surgido algo importante y no tendré tiempo de ir a casa. ¿Puedes tomar un taxi para ir a Pascal's? —preguntó Rider.

—Sí, por supuesto.

—He reservado una mesa para las siete.

—Estaré allí —aseguró Rita.

Yesterday at Pascal's era un sitio de moda en los mejores círculos, por su cocina y ambiente exquisitos.

Era una noche fría. El taxi quedó atascado en un embotellamiento entre la Quinta Avenida y la Calle Cuarenta y Dos, por lo que Rita decidió bajarse e ir a pie la última manzana.

Casi había llegado al restaurante, cuando un golpe entre el hombro y el cuello la hizo caer de rodillas. Cuando extendió las manos para sujetarse, un hombre intentó quitarle el bolso. Por instinto, Rita se aferró a la cadena del bolso y cuando el asaltante intentaba quitárselo, éste se abrió y el contenido cayó en la acera.

Un coche se detuvo junto a la acera y bajó un hombre, lo cual hizo

que el asaltante intentara huir, sin embargo, el hombre lo agarró por las solapas de la chaqueta. Rita se puso de pie, antes de percatarse de que su salvador era Rider.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él con preocupación.

—Sí, estoy bien —respondió Rita sin aliento.

—Gracias a Dios —murmuró Rider entre dientes. Sacudió al individuo—. Si te ha hecho daño… —el ladrón empezó a gemir.

—No, no me ha hecho daño —se apresuró a decir ella—. Sólo estoy un poco temblorosa. Fue algo muy repentino.

—No llame a la policía —suplicó el joven y se limpió con la manga la sangre de la boca—. Nunca había causado problemas antes.

—Los has causado ahora —dijo Rider—. Muchos problemas —lo soltó—. Recoge las pertenencias de la señora.

El joven obedeció mientras Rider permanecía de pie a su lado. Guardó todo en el bolso de Rita y se lo entregó.

—Lo lamento, señora. No fue mi intención hacerle daño. Nunca he hecho daño a nadie en mi vida… pero vi que le pagaba al taxista… y estaba desesperado por conseguir dinero.

Rita, que sabía lo que era la desesperación, sintió lástima por él.

—¿Qué es, alcohol o drogas? —preguntó Rider.

—Ninguna de las dos cosas, se lo aseguro. Quería el dinero para comprar comida. Hace semanas que no como una comida decente. Vivo de lo que recojo de los botes de basura.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Rider observándolo.

—Elmer Winkler.

—Tu acento no es de Nueva York.

—Es de Virginia —dijo el joven.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Mi madre murió el mes pasado. Me quedé solo y pensé que la vida sería más fácil en Nueva York. Pensé que encontraría trabajo…

—Muchas personas han cometido ese error —opinó Rider.

—Por favor, Rider… —Rita le tiró de la manga.

—Puedes agradecerle a Dios que mi esposa no resultó herida y que tiene buen corazón —le dijo Rider al joven. Sacó diez dólares, y una tarjeta de presentación de su billetera—. Compra comida decente… Si de verdad quieres un empleo, lleva esa tarjeta al Hotel Markman's mañana por la mañana y allí hablaremos.

Sin poder creer en su suerte, el joven se alejó con rapidez. Rider abrazó a Rita. Ella se sorprendió al sentirlo temblar.

—Lo vi golpearte y cuando caíste de rodillas… Por un minuto pensé… —la abrazó con fuerza—. Pensé que podía tener una navaja…

—No la tenía. Fue sólo con el puño. Creo que el único daño lo

recibieron mis medias —sintió que Rider todavía se estremecía y tomó la iniciativa—. Vamos a tomar una copa. Me vendría muy bien, sin mencionar que así podría sentarme.

Abrazados, caminaron hacia el Yesterday at Pascal's y entraron. Los recibió el elegante propietario. Después los llevaron a un reservado. Rider pidió coñac para ambos y añadió:

—Hemos tenido un problema y mi coche está junto a la acera, las llaves han quedado en el encendido, ¿podría moverlo alguien?

—Por supuesto, señor —respondió el maitre.

—Conociendo Nueva York, puedo decir que quizá ya han robado el coche —Rita intentó bromear.

—Un coche puede reemplazarse con facilidad, a diferencia de otras cosas —le cogió una mano y se la apretó.

Desde su reencuentro, Rider no le había dicho que la amaba, pero los acontecimientos de esa noche indicaban que ella le importaba mucho.

Cuando la joven terminó de beber el coñac, se sintió bastante bien. La cena estaba exquisita, pero había comido de modo mecánico, sumida en sus. pensamientos.

Se preguntó que si ella le importaba de verdad a Rider, ¿dónde encajaba Julie Dawn en su vida?

—¿Debo sentirme celoso? —preguntó Rider, sacándola de sus pensamientos.

—¿Qué?

—Llevas mirando por encima de mi cabeza desde hace cinco minutos —comentó él.

—Oh... —Rita hizo un esfuerzo por controlarse. Se dio cuenta de que había estado mirando una fotografía de Rodolfo Valentino, vestido como un jeque—. Era bastante guapo, tenía el encanto latino y unos ojos brillantes. Una de mis fantasías infantiles era ser secuestrada por un guapo jeque, quien me subía a su silla de montar y galopaba conmigo por el desierto.

—Supongo que al llegar a su tienda, descubrías que él sufría de halitosis y que no tenía mucha higiene personal.

—Oh, nunca llegué a su tienda —comentó con voz estrangulada—. Cuando llegamos a los Estados Unidos, tuvimos un ama de llaves cuáquera. Lally... como yo era muy pequeña, no podía decir «Alice»... Ella tenía una moral muy estricta. No sólo esperaba que mis actos fueran irreprochables, sino que mis pensamientos fueran tan puros como la nieve. Si hubiera imaginado mis paseos por el desierto... No,

todo fue muy inocente. Para ser sincera, Valentino no me atrae.

—Entonces, no tengo que sentir celos —murmuró Rider.

—No. Oh... —dio un sorbo de café y notó que ya estaba frío.

Rider pidió que les llevaran café caliente.

—Tal vez todos deberían tener un ángel de la guarda que cuidara su moral —opinó Rider. Ella lo observó y él entornó los párpados peligrosamente—. Adelante, dilo.

—No iba a decir nada —respondió Rita.

—Oh, sí lo ibas a decir —Rider leyó su mente con tanta precisión, que ella se ruborizó.

La orquesta empezó a tocar y varias parejas se dirigieron a la pista de baile.

Después de un silencio, Rider comentó:

—Mi abuela era como tu Lally.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Rita—. ¿Cómo te ganaste esa reputación de hombre de mundo?

—A pesar de todo, los periodistas de sociedad inventaron; yo hice muy poco. Tener un par de relaciones superficiales no hace de alguien un «calavera». Por supuesto, tuve el dudoso placer de que la reputación de alguien me afectara... —dejó de hablar de pronto.

Después de un momento, logró controlar su amargura y continuó:

—La única manera en la que pude haber evitado esa publicidad no deseada que tuve era convirtiéndome en un ermitaño. Sólo tenía que hablar con una mujer para que dijeran que la asediaba. La gran cantidad de mujeres que se suponía mantenía felices, habría hecho que Casanova sintiera envidia... Sólo he necesitado a una mujer.

—Entonces, no es necesario que sienta celos —dijo ella.

—No —respondió Rider.

Rita sintió un deseo imperioso de saber y comentó:

—Hoy he llamado por teléfono a Kate.

—¡Oh! —Rider demostró un interés cortés.

—¿Has estado en contacto con ella, desde que regresamos? —preguntó Rita.

—Sí.

—No me lo habías dicho.

—Tal vez no quería que lo supieras —respondió él.

—Esperaba que ella y yo tuviéramos esa charla. Kate había admitido sentirse culpable por algo que claramente estaba relacionado con nuestra ruptura. Pensé que me diría de lo que se trataba.

—¿Por qué no te lo dijo después del almuerzo, el día de nuestra boda? —preguntó Rider.

—Supuso que lo sabía. No tuvimos tiempo de hablar, por eso

sugirió que nos pusiéramos en contacto más adelante… Como no llamó, decidí llamarla. Mientras buscaba su número en la agenda telefónica, encontré el número y la dirección de Julie Dawn —incluso a sus oídos, sonaba como una acusación.

—¿De qué me hace culpable eso? —preguntó Rider.

—Como no sé cuándo lo anotaste, de nada. Tal vez lo hicieras cuando Kate iba a decírmelo.

—¿Iba a decírtelo?

—Sabes muy bien que no lo ha hecho. Como eso ayudaría a demostrar tu culpabilidad, se lo impediste. No te molestes en negarlo —le pidió Rita.

—No iba a negarlo. No sé por qué necesitas una prueba extra. Tenía entendido que mi culpabilidad nunca estuvo en duda —estaba furioso.

—Lo admitiste —le recordó Rita—. Si no eras el amante de Julie Dawn y el niño no era tuyo, ¿por qué lo admitiste? Si me explicaras eso…

—Si te lo explicara, tal vez confiarías en mí. Es un incentivo maravilloso… Como ves, no me importa tu confianza. La confianza que tiene un precio, la que tiene que ser comprada, no merece la pena. Necesito que me ames y…

—Te amo —lo interrumpió Rita. Rider se rió con desdén.

—Puedes conservar tu amor. En lo que a mí respecta, el amor y la confianza son inseparables, van de la mano; forman un todo maravilloso, brillante, espiritual… Como ya te he dicho, si no puedo tener eso, me conformo con la relación física para calmar mi obsesión. No trates de decir que eso es amor.

Se hizo un silencio y después, Rider preguntó:

—¿Quieres bailar? —la orquesta tocaba una melodía de Jerome Kern.

—No podría ir a la pista de baile con estas medias.

—¿Se han roto mucho?

—Sí —respondió—. Si no te importa, me gustaría ir a casa.

—Por supuesto —Rider se puso de pie—. Ha sido una noche difícil.

Capítulo 10

AL llegar al apartamento, Rider la ayudó, con la cortesía habitual, a quitarse el abrigo. Sus dedos rozaron accidentalmente los senos y ella dio un salto.

Rider hizo una mueca, su rostro expresaba ira. Con deliberación, deslizó la mano por el seno y acarició el pezón de manera erótica.

Rita se quedó inmóvil y no protestó.

—No espero confianza, pero, ¿un poco de contacto físico es pedir demasiado? —preguntó Rider.

—Sí lo es. No quiero que me toques. No estoy de humor.

—¿No es una pena? —preguntó él. De pronto, la tomó en sus brazos—. Como ves, yo sí estoy de humor. Aunque digas que no deseas mis caricias, tu cuerpo responde gustoso y deseo a una mujer receptiva.

—Pues no la tendrás —aseguró Rita—. Hablaba en serio cuando he dicho que no quiero que me toques.

—Tal vez si cierras los ojos y te imaginas que soy un jeque... —sugirió Rider con burla—. Eso podría ser lo bastante excitante para hacerte cambiar de opinión.

—Si estás de humor, ¿por qué no vas a buscar a Julie Dawn? No quiero ser utilizada.

—Utilizada... ¿Es así como lo ves?

—Sí —respondió ella.

Rider se rió y la miró con hostilidad.

—Si hacerte el amor es utilizarte, entonces, serás utilizada mucho.

—¿Hacerme el amor? —preguntó—. ¡Eso es un eufemismo! Es sólo lujuria, pasión barata —lamentó al instante sus palabras.

—Barata no. Pude comprarme una amante mucho más barata.

Rider la tumbó en la cama y le quitó los zapatos, antes de encender la lámpara para que iluminara su cuerpo. La chica intentó luchar, pero él se inclinó, aprisionándola.

Cuando Rita se quedó muy quieta, él se sentó en la cama y empezó a acariciarla con insolencia. A pesar de todos los esfuerzos de Rita, esa caricia tibia y posesiva a través de la tela del vestido la hizo experimentar casi de inmediato una gran ansiedad y excitación.

Rider se agachó para besarla y ella mantuvo los labios apretados con fuerza. Él sonrió y le deslizó el pulgar por la boca. Luego le separó los labios. La desvistió con lentitud y saboreó cada centímetro de piel que quedaba expuesta. Su lengua buscaba y encontraba las zonas erógenas. Una caricia en particular hizo que Rita se estremeciera.

Rider levantó la cabeza y preguntó:

—¿Te ha gustado eso? ¿Quieres que lo haga otra vez?

Rita se mordió los labios y se negó a responder. Satisfecho, él añadió:

—Cuando te bese ahí… o ponga ahí mi lengua… tu cuerpo reaccionará de una forma maravillosa. Le quitó el liguero con cuidado y empezó a quitarle las medias, besando la piel.

La chica lo oyó sisear. Por un segundo, Rider se quedó inmóvil y observó sus rodillas, así como la sangre que se había secado para formar una costra. Enseguida, murmuró:

—Debo estar loco… después de todo lo que has pasado esta noche… —se puso de pie con rapidez y salió de la habitación.

Rita se incorporó, temblorosa, y observó la puerta cerrada. A pesar de que su cuerpo excitado clamaba por Rider, sintió alivió de que él hubiera recuperado la cordura.

Se dirigió al baño y se dio una ducha. Se lavó los dientes y curó sus heridas. Se puso un camisón, apagó la lámpara y se metió en la cama.

No podía culpar a Rider, pues había sido culpa de ella que esa maravillosa noche se estropeara. Si él volvía a la cama, podría decirle que lamentaba lo sucedido en el restaurante y después… Sin embargo, aunque él aceptara sus disculpas, el daño estaba hecho. Rita había dejado muy claro que todavía no confiaba en él.

A las dos de la madrugada, Rider todavía no había vuelto. Después de otra hora de espera, Rita se levantó y abrió la puerta. Las luces de la sala estaban encendidas, pero Rider no estaba. Supuso que quizás él se había ido a dormir a la habitación de los invitados y fue a comprobarlo, pero también la encontró vacía.

A las cinco y media de la mañana, Rita al fin, logró dormirse. Se despertó a las diez, cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Señora Barron, soy Rose, la llamo desde recepción.

—¿Qué sucede, Rose?

—Aquí hay una persona que desea ver al señor Barron.

—No estoy segura de dónde está mi marido en este momento —explicó Rita—. Si no puedo encontrarlo, bajaré yo. Por favor, dígale que espere.

Rita se dio una ducha y bajó diez minutos después. Era sábado por la mañana y aún había muchos huéspedes en el comedor. Aparte del personal, en el vestíbulo se encontraban unas diez personas.

Rita se acercó a Rose, en la recepción.

—Ella está allí, señora Barron —dijo Rose.

—¿Ella? —comprendió que había sacado una conclusión

equivocada—. ¿Por qué no me dijiste que era una mujer? —preguntó.

—Porque ella me pidió que dijera alguien y se negó a dar su nombre.

—Oh… Será mejor que vea si puedo ayudarla —dijo Rita y se acercó a la mujer que estaba sentada junto a una de las chimeneas. Notó que estaba impaciente.

No era una mujer joven, pero todavía era hermosa. Tenía el pelo rubio. De pronto, Rita comprendió quién era y se quedó inmóvil.

La mujer se volvió y la miró. Rita controló el deseo urgente de huir y se presentó.

—Buenos días, soy Rita Barron. Tengo entendido que desea hablar con mi marido.

Los ojos de la mujer expresaron sorpresa.

—¿Usted es la esposa de Rider? No es lo que esperaba.

—¿De verdad? Usted sí es lo que yo esperaba —tuvo la satisfacción de ver momentáneamente en desventaja a la otra mujer.

—¿Sabe quién soy? —preguntó la mujer.

—Es la señorita Dawn, supongo.

—¿Rider le ha hablado de mí?

—Me temo que él no está en este momento —Rita ignoró la pregunta—. ¿Quiere dejarle un mensaje o hay algo que yo pueda hacer por usted?

—No estaría aquí, si no necesitara ponerme en contacto con él urgentemente. ¿Sabe cuándo regresará?

—No, me temo que no —respondió Rita.

—¡Oh, diablos! —Julie Dawn mostró agitación—. Cuando lo vi ayer por la tarde, me dio un cheque para pagar la operación de Tasmin…

Rita recordó la llamada telefónica de Rider: «.. .ha surgido algo y no podré llegar a tiempo a casa».

Julie añadió, después de una pausa:

—Hubo un cambio repentino de planes y el hospital quiere que la vea un especialista, uno de los mejores en su campo, que está de visita en Los Angeles —como si temiera la reacción de Rita, añadió con desesperación—. Tal vez sea mejor que se lo explique. Con la clase de sarcoma terminal que sufre Tasmin, hasta el momento, la cirugía normal no ofrece más de un treinta por ciento de posibilidades de éxito.

Julie calló un momento y continuó:

—Recientemente hubo otra posibilidad. Un médico suizo, el doctor Levesque, ha probado una cirugía nueva que tiene que ver con la ingeniería genética. Aunque todavía es algo experimental, dan un

setenta por ciento de posibilidades de éxito. Él regresa a Europa el lunes, pero aceptó operar a Tasmin, si ella llega allí hoy. Costará mucho más dinero, pero esto significa que sus posibilidades se duplicarán. Si pudiera ver a Rider y explicarle...

—Bueno, estoy segura de que puede empezar a hacer los arreglos —opinó Rita sin dudarlo—. Póngase en contacto con el hospital ahora mismo —al ver que Julie buscaba un teléfono público a su alrededor, sugirió—: ¿Por qué no llama desde la recepción?

—Gracias —por un momento, Julie perdió la compostura y se le humedecieron los ojos, pero se controló—. ¿No le molesta que su marido gaste dinero en una niña que no es de usted?

—No. Ni siquiera me molesta que lo gaste en una niña que no es de él.

—Parece muy segura de eso —comentó Julie.

Rider había dicho que el bebé no era de él y no negó su responsabilidad, sino toda la relación. De pronto, Rita supo que esa era la verdad.

—Lo estoy —aseguró Rita con serenidad.

—¿Puedo preguntar qué la hace estar tan segura?

—Él me lo dijo.

—La mayoría de las mujeres necesitarían mucho más que eso para convencerse —opinó Julie.

—Confío en él.

—Esa clase de confianza no se suele dar —observó Julie y se volvió para alejarse.

—Espero que todo salga bien y que la operación sea un éxito —dijo Rita.

—Gracias... Es muy amable —sonrió.

Cuando Rita regresó al apartamento, Rider ya estaba allí, de pie, junto a la ventana. La tensión se reflejaba en sus hombros. Se volvió cuando Rita entró y ella notó su expresión de alivio.

—Me preguntaba dónde estabas —dijo él, con voz ronca.

—¿No has entrado por el vestíbulo? —preguntó ella.

—No.

—Allí estaba yo. Se hizo un silencio.

—¿No quieres saber dónde he estado? —preguntó él al fin.

—No, a no ser que quieras decírmelo.

—¿Y si admito que vengo de la cama de Julie Dawn? —preguntó él.

—No te creería.

—¡Lo haces bien! Un poco más de práctica y me convencerás de que confías en mí —dijo en tono burlón.

—Siento lo de anoche. Si hubieras ido en busca de Julie Dawn, no podría culparte. Lamento que discutiéramos en el restaurante.

La expresión de Rider se suavizó un poco.

—Digamos que se debió a la fuerte impresión recibida poco antes —sugirió Rider.

—No. No pongamos excusas. Se debió a mi falta de confianza —aseguró Rita.

—Cuando te he dicho que venía directamente de la cama de Julie, te has negado a creerme —indicó Rider.

—No podía creerte, porque acabo de hablar con la señorita Dawn...

—Ah... Entonces, eso es lo que hacías en el vestíbulo.

—Ella quería hablar contigo con urgencia —explicó Rita.

—Dime lo que piensas de tu rival —pidió Rider.

—Siento lástima por ella.

—¡Hay momentos en los que me sorprendes! —aseguró Rider—. Tienes un espíritu fuerte como el acero y un corazón tan blando como el algodón. ¿No te resultó la señorita Dawn demasiado inflexible para merecer compasión?

—Quizás en la superficie —opinó Rita—. Si es eso lo que piensas, ¿por qué la ayudas?

—¿No crees que tengo una obligación? —preguntó él.

—No. Creo que lo haces por bondad.

Rider la miró sorprendido y entornó los párpados.

—¿Qué te ha dicho ella con exactitud? —preguntó Rider.

—Muy poco, excepto que le diste un cheque para pagar la operación de su hija.

—Seguro que te dijo algo más —opinó Rider.

—Si no me crees, pregúntaselo. La llamarás y la verás lo más pronto posible, ¿no es así?

—¿Qué puede ser tan urgente? —preguntó él.

—El hospital quiere llevar a su hija a Los Ángeles. Allí está un especialista que puede ofrecerle a la niña una oportunidad para recuperarse. Tiene que ser ahora. Ella te lo explicará y te dará los detalles. Como hay tan poco tiempo, le dije en tu nombre que empezara con los preparativos.

—¿Lo hiciste? —Rider levantó una ceja.

—Estaba segura de que es lo que desearías hacer

—respondió ella.

—¿Puedo preguntarte en qué te basas?

—En razones humanitarias —respondió Rita.

—Tal vez deba señalar que no soy tan blando

—observó él.

—Lo sé —aseguró Rita—, y estoy segura de que ella también lo sabe. Sugirió que podrías negarte.

—En cuanto me afeite y me cambie de ropa, iré a tranquilizarla. Antes que nada, dime una cosa, ¿qué te hizo bajar a verla? ¿Planeabas un enfrentamiento?

—No. Pensé por error que la persona que quería verte era Elmer Winkler.

—¡Ah!

—Espero que él venga. Necesita ayuda antes de que haga alguna estupidez y tenga verdaderos problemas.

—Ya ha venido —informó Rider—. Cuando regresé esta mañana, lo encontré en la puerta. Tuvimos una charla durante el desayuno y descubrí que le encantan los ordenadores. El lunes empezará con RMB Electronics. Hasta que pueda valerse por sí solo, dormirá y comerá en el hotel.

—Eso es maravilloso —aseguró Rita y él se encogió de hombros.

—Veremos cómo resultan las cosas. Al menos, él tiene una oportunidad —se volvió y entró en el dormitorio. Se oyó correr el agua de la ducha.

Veinte minutos después, Rider se fue.

Rita comió sola. A media tarde, aún no había señales de Rider. Estaba a punto de bajar a la piscina cuando llamaron a la puerta. Se preguntó por qué Rider no abría con su llave.

Al abrir, se sorprendió al ver a Kate.

—¡Hola! Adelante —la invitó Rita.

—¿Está Rider en casa?

—No, me temo que no —respondió la joven. Kate dejó escapar un suspiro de alivio y siguió a Rita hasta la sala.

—¿Te apetece una taza de té o de café? —ofreció la chica.

—Preferiría café —respondió Kate y se quitó el abrigo—. Vamos a tomarlo a la cocina, resulta más hogareño.

—¿Te vas a quedar en la ciudad? —preguntó Rita mientras servía el café.

—Sólo durante el fin de semana. Dan me espera en el Waldorf. Le dije que quería hacer un viaje a Nueva York. Veremos un espectáculo esta noche y mañana asistiremos a un concierto benéfico, antes de regresar a Washington.

Rita creyó oír el ruido de una puerta que se cerraba, pero como no oyó más sonidos, pensó que se había equivocado.

Kate dijo de pronto:

—Tenía que venir. A Rider no le gustará... me dijo que me mantuviera alejada de esto y no es un hombre a quien normalmente

me atreva a enfrentarme... pero deseo que todo esté bien entre vosotros. No puedo permitir que sigas preocupándote por Julie Dawn.

—Ya no me preocupo por ella —aseguró Rita y sonrió—. Ya no tengo dudas y he empezado a hacer lo que debí haber hecho desde el principio... confiar en Rider.

—Gracias a Dios... Eso es lo que él deseaba más que nada. Dijo que si lo amaras lo suficiente, confiarías en él. Le dije que esperar esa clase de confianza ciega era pedirle demasiado a una mujer. Cuando recibimos la invitación para la boda, pensé que él te lo había dicho todo. Fue una sorpresa cuando él me llamó para advertirme que mantuviera la boca cerrada.

Kate hizo una pausa y continuó:

—Traté de convencerlo de que no era justo dejarte en la oscuridad, pero después de todo lo que había sucedido, él no quiso que te lo dijera. Lo único que me dijo fue: «Ella tiene que confiar en mí, de lo contrario, no tiene sentido».

—Cuando me dijo que el hijo de Julie Dawn no era de él —explicó Rita y suspiró—, deseé confiar en él. Traté de confiar en él, pero siempre volvía al hecho de que Rider lo admitió. Es ahora cuando he llegado a aceptar y creer que si él me dijo que yo era la única mujer de su vida, entonces, así es. Él no me mentiría... No sé por qué confesó algo que no era verdad, en especial, ante la prensa, pero debía tener un buen motivo.

—Lo tenía —aseguró Kate—. Lo tenía...

—No digas nada —pidió Rita—. Rider no quería que me lo dijeras y no es necesario. Uno de estos días, cuando él crea que confío en él, quizá me lo diga.

—¿Y si no te lo dice? —preguntó Kate.

—Si no me lo dice, podré vivir así.

—Me siento muy culpable —aseguró Kate.

—No te sientas culpable. Todo está bien —dijo Rita.

—En ese caso, me iré antes de que Rider llegue a casa —se abrazaron.

—Gracias por venir. No te preocupes. Ya no tengo dudas. Aunque sea lo último que haga, lograré que todo funcione bien y haré que Rider me ame.

—Supongo que bromeas —opinó Kate—. Él siempre te ha amado.

Rita pensó que él la amó una vez y que Kate no conocía la otra mitad de la historia.

Cuando Kate se fue, la chica se quedó pensativa. Poco después, como si sus pensamientos hubieran convocado a Rider, lo vio de pie en la puerta, observándola.

—¡Oh, ya has vuelto! —exclamó Rita—. ¿Has visto a Julie Dawn?

—Sí, todo quedó arreglado—. También he visto a Kate.

—Oh... ¿Hablaste con ella?

—No, escuché. Se puede decir que escuché a escondidas... —Rita recordó que había oído que una puerta se cerraba—. Escuchar esa charla sólo sirvió para confirmar lo que Julie me dijo. ¿De verdad confías en mí, Rita?

—Sí. Si hubiera confiado en ti desde el principio, me habría ahorrado mucho sufrimiento.

—Tal vez, debido a los antecedentes y las diferencias en nuestro estilo de vida, ese sufrimiento era inevitable... Al menos, eso es lo que me dije anoche, mientras caminaba por las calles. Sabía que era demasiado tarde, que habíamos llegado al final del camino. No podíamos continuar así...

—No es demasiado tarde —repuso Rita—. Podemos empezar de nuevo, sobre una base diferente.

—No lo sé —murmuró él—. He cometido muchos errores. Antes de tomar una decisión, tenemos que hablar.

—Sí... —deseó que de nuevo los dos estuvieran solos en la cabaña o en la casa de campo de Rider—. ¿Pensabas cenar fuera esta noche?

—No... pero si lo deseas...

—Sí, por favor —pidió Rita.

—¿Tienes en mente algún lugar en especial? —preguntó él.

—Sí, un lugar muy especial.

—Si es un sitio muy concurrido, sería una buena idea reservar una mesa —sugirió Rider.

—No creo que esté muy concurrido, pero sería una buena idea llamar por teléfono a la señora Merriton —al ver que él guardaba silencio, añadió—: ¿No te importará pasar el fin de semana en tu casa de campo? Ha transcurrido mucho tiempo desde que estuvimos allí y me gustaría regresar.

—No, no me importa —la estudió con detenimiento—. Lo habría sugerido, pero pensé que tal vez tendría muchos recuerdos desagradables para ti.

—No es así. Siempre me pareció un refugio. ¿Preparo la maleta, mientras haces la llamada?

—Muy bien, Rita.

Capítulo 11

MENOS de media hora después, iban en camino. Rider conducía en silencio. Rita miró por la ventanilla y recordó su primer viaje a la casa

de campo, hacía más de un año. Habían sucedido muchas cosas desde entonces. Todavía tenían que afrontar muchas situaciones con respecto a su matrimonio y su futuro.

Cuando llegaron al pie de las montañas, parecía que iba a nevar. Al llegar a la casa, la señora Merriton los recibió con afecto y le sonrió a Rita.

—¿Cómo está? —preguntó la joven.

—Solía sentirme un poco sola, hasta que el señor Rider sugirió que Sean me acompañara. Ahora estoy bien.

—¿Sean? ¿Es un gato? —preguntó Rita.

—Por supuesto que no —respondió el ama de llaves—. Sean, ven a saludar a los señores Barron.

De la cocina salió el perro irlandés más grande que Rita había visto.

La señora Merriton aseguró:

—Sean es como un cordero y es muy obediente. Sólo ladra si yo se lo ordeno y es muy bueno en la casa... el señor Rider dijo que desearían cenar frente a la chimenea del salón. La cena ya está lista para servirla. Seguramente, tienen mucha hambre.

Mientras Rider subía las maletas, la chica se acercó a la chimenea. Él se reunió con ella. Esperaba que él hablara, pero permaneció en silencio, pensativo.

Cenaron en silencio y, cuando el ama de llaves regresó para recoger la mesa, Rita se acomodó junto a la chimenea.

Rider la siguió y se puso frente a ella. Hubo un silencio prolongado.

—Kate tenía razón... —dijo de pronto Rider—... No fui justo contigo. Debí decirte toda la verdad de inmediato, en lugar de esperar que confiaras en mí. De haberlo hecho, las cosas habrían sido distintas... Mi padre siempre se ha sentido atraído por las mujeres. Mi madre se dio cuenta de eso poco después de que se casaran. Aunque pasó los veinte años siguientes siguiéndolo por el mundo, nunca logró que le fuera fiel —dijo con amargura.

—Adelante —pidió Rita.

—Cuando subió en la escala política, fue necesario ser más discreto en su trato con las mujeres. Después de la muerte de mi madre, conoció a Kate y se casó con ella. Esperé, por el bien de Kate, que él decidiera al fin sentar la cabeza. Durante algún tiempo lo hizo. Cuando pensaba que sus aventuras eran algo del pasado, Julie Dawn lo atrapó...

Rider observó a Rita y añadió:

—Ella y un novio sin escrúpulos le pusieron una trampa. Era una

bailarina no muy joven, que estaba perdiendo agilidad y belleza. Quisieron hacer un gran negocio y lo habrían logrado, de no ser tan avariciosos. Aunque mi padre es un hombre rico, la mayor parte de su dinero está invertido en propiedades.

Tuvo dificultad para reunir la cantidad que Julie le pedía para que su nombre no apareciera en los periódicos y Kate se enteró. Rider hizo una pausa.

—A pesar de que él no se lo merecía, Kate prometió permanecer a su lado y ayudarlo a reunir el dinero. Sin embargo, Kate es una mujer astuta y comprendió que, aunque él pagara, una vez que los periodistas se enteraran de esa jugosa historia, no lo dejarían escapar con facilidad y lo hundirían. Julie había comentado que el hombre involucrado era un banquero rico.

—Todos pensaron en el Rider Barron equivocado… —murmuró Rita.

—Así es. Ese hecho le dio a Kate la idea. No sólo su esposo estaba en peligro, sino también su hijo, Richard, quien representaba a uno de los estados más puritanos. Kate adora a su hijo y deseaba salvar a ambos del escándalo.

Rider guardó silencio un momento.

—Todo esto se supo la noche de esa maldita fiesta. A la mañana siguiente, cuando me dirigía al aeropuerto, Kate me llamó por el teléfono del coche. Me suplicó que la ayudara. Dijo que si yo confesaba ser el culpable, Julie Dawn no podría arruinar a mi padre. Aseguró que lo que no me dañaría a mí, destruiría a mi padre y a mi hermanastro. Que como a mí nunca me había importado la publicidad adversa, no tenía nada que perder…

Hizo otra pausa.

—Sin embargo, por primera vez en mi vida, sí tenía algo que perder y se lo dije a Kate. Cuando ella comprendió el gran amor que sentía por ti, me dijo que olvidara el asunto. No obstante, por el bien de ella y de Richard, acepté seguir adelante. Con respecto a mi padre, sólo sentía desdén hacia él y lo habría visto quemarse en el infierno sin levantar un solo dedo.

—No hablas en serio —dijo Rita, impresionada.

—Dame un buen motivo por el que deba sentir de otra manera. Destrozó la vida de mi madre con su infidelidad y me abandonó porque un hijo no encajaba en su estilo de vida.

—Desearía que no estuvieras tan amargado —murmuró ella.

—Como sabía que no podría hablar contigo en la oficina, Kate prometió que te visitaría esa noche para explicarte lo sucedido, por si habías leído los periódicos.

—Ésa fue la noche que salí con Stephen…

—Sí. Parece que ella esperó mucho tiempo, antes de decidir dejar el asunto hasta la mañana siguiente. Al día siguiente, el destino se hizo cargo. Camino a tu apartamento, sufrió un accidente, lo cual la retrasó más de una hora, y ya no te encontró.

—Si me hubiera esperado —murmuró Rita.

—Kate se sintió desesperada cuando comprendió que te habías ido. Me llamó a San Francisco. Abandoné la conferencia y tomé el siguiente avión. Tan pronto como regresé, empecé a buscarte, pero no tenía la más mínima idea de dónde estabas. Contraté a una agencia de detectives e investigaron en Nueva York durante meses. Al no encontrar rastro tuyo, pensé que me volvería loco.

—¿Qué sucedió entre Julie Dawn y tú? —preguntó Rita.

—Mi inesperada admisión estropeó su plan. Al principio, trató de conseguir dinero de mí, amenazando con declarar que el niño era de mi padre. Cuando dejé claro que verificaría las fechas e insistí en hacer la prueba de paternidad, Julie admitió que era de su novio. Cuando éste comprendió que no conseguirían dinero, trató de convencerla para que abortara. Ella se negó y lo abandonó. Julie me pidió ayuda y estuve de acuerdo en darle apoyo hasta que naciera el niño y ella pudiera trabajar de nuevo. Rider suspiro y continuó.

—No resultó tan sencillo. Su pequeña estuvo delicada desde el principio y Julie ya no pudo bailar más, por lo que su carrera terminó. Hace unos meses, conoció a un hombre decente, que quería casarse con ella. Parecía que las cosas mejorarían, pero, entonces, diagnosticaron la enfermedad de la niña… Su marido deseaba pagar la operación, pero no estaba en posición de hacerlo, por lo que ella me pidió ayuda de nuevo… El resto ya lo sabes.

Rita se sintió orgullosa de Rider. Después de un breve silencio, él añadió:

—Tu vida y la mía estuvieron a punto de destrozarse. Kate, que sólo trataba de ayudar a quienes amaba, ha sufrido la tortura de los condenados, mientras mi padre, el culpable, quedó impune. ¿Comprendes por qué me siento amargado?

—Desearía que dejaras atrás el pasado —dijo Rita—. Tu padre fue muy débil y la amargura es corrosiva. Puede destruir a la persona que la siente. Por favor, Rider, ¿podrás perdonarlo?

—¿Puedes tú? —le preguntó Rider.

—Sí —aseguró ella, sin dudarlo—. Lo que me resulta más difícil es perdonarme a mí misma. No fue tu padre quien ocasionó nuestra ruptura, fue mi falta de confianza —Rider intentó interrumpirla y no pudo—. Si no puedes perdonar a tu padre, nunca podrás perdonarme

a mí. Tengo que decirte toda la verdad…

Al notar la desesperación de la chica, él se quedó inmóvil.

—¿Qué más tienes que decirme, Rita?

—Rider, yo… no sé lo que en realidad sientes por mí… —no era lo que intentaba decir.

—Sólo tienes que preguntar, Rita.

—Me parece más difícil que eso —aseguró ella—. Cuando te dije que te amaba, era verdad. También es verdad que, aunque apreciaba a Stephen, nunca lo amé. Tan pronto como nos casamos, comprendí que había cometido un error terrible. No soportaba que me tocara. Traté de ocultarlo, de ser una esposa para él, pero cada vez que se me acercaba, me quedaba inmóvil.

Reunió valor para continuar.

—Ése es uno de los motivos por los que nuestra luna de miel fue una pesadilla. Él estaba cada vez más frustrado e impaciente y yo me enfadaba… —dudó un momento—. Estaba embarazada y tenía náuseas por la mañana, las cuales parecían durar todo el día. Discutíamos y me sentía muy culpable. Al mismo tiempo, sabía que nunca podría sentir por él otra cosa que no fuera amistad. Incluso eso no podía ser, puesto que él quería mucho más… algo que no podía darle…

—Acabas de decirme que estabas embarazada, esperabas un hijo suyo

—No era suyo —confesó Rita.

—Si no era suyo, ¿de quién era? —preguntó él, con los dientes apretados.

—Tuyo.

—¿Perdiste a mi hijo? —preguntó con voz ronca.

—Sí. Cuando traté de explicar a Stephen lo mal que me sentía, pensó que sólo era una excusa… Tal vez, inconscientemente lo era…

—¿Quieres decir que él no sabía que esperabas un hijo?

—Por supuesto que lo sabía. Fue uno de los motivos por los que nos casamos.

—Continúa —pidió Rider.

—Llevaba en Georgia poco tiempo, cuando me di cuenta de que estaba embarazada. Al principio, trate de ocultarlo, pero no es fácil ocultar las náuseas por la mañana… Por mi bien y por no herir los sentimientos de su madre, Stephen la hizo creer que el niño era de él. Ella empezó a insistir para que nos casáramos. El hecho de que la cadena de hoteles para la que trabajaba Stephen ofreciera alojamiento a los empleados casados, fue uno de los motivos por los que él empezó a presionarme para que nos casáramos. El niño fue uno de los motivos

por los que acepté. Me sentía enferma y deprimida y Stephen era muy amable...

—Hasta que os casasteis —comentó Rider.

—No lo culpes a él, no fue culpa suya, sino mía. Él esperaba tener una esposa cariñosa y sólo tuvo una mujer frígida, que se encogía cada vez que él se acercaba. Cuando no pude soportar ese horrible hotel ni la presión, le dije que quería irme. Estaba enfadado y, cuando insistí en irme, regañamos otra vez —Rita hizo otra pausa—. Debí tener más sentido común y no dejarlo conducir en ese estado de ánimo... Hacía mucho frío, la temperatura había descendido muchísimo. Tomamos una curva con demasiada rapidez, el coche derrapó y perdió el control. Chocamos contra la camioneta de los Wilson y rodamos por la colina.

—Continúa —pidió Rider.

—Todo sucedió con mucha rapidez y no me di cuenta de que otro vehículo había resultado accidentado también. Hasta semanas después no me dijeron lo sucedido. Paul no llevaba puesto el cinturón de seguridad y salió por el parabrisas. Sabía que el accidente había sido culpa mía. Si Stephen y yo no hubiéramos regañado... si no hubiera insistido en abandonar el hotel, nunca habría sucedido. Paul tenía sólo siete años y su vida estaba destrozada —las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Aunque no acepto que seas culpable, comprendo por qué estabas ansiosa por ayudar a los Wilson y hacer todo lo posible por el niño.

—Al principio, no quería que te mezclaras, pero al saber que los ayudabas, sentí que me quitabas un peso de la conciencia. Estaba muy agradecida, pero nunca pude darte las gracias y decirte lo que sentía, porque te molestabas.

—Fui un tonto al crear esa situación —confesó él—. Estaba desesperado por ejercer algún control sobre ti, quería asegurarme de que no te alejarías de nuevo.

—No comprendo el motivo, si ya no me amabas —murmuró ella.

—Al principio, me dije que era porque deseaba que repararas el dolor que habías causado. Fue más tarde cuando admití que eras una obsesión. Pero me estabas hablando sobre el accidente, continúa.

—Quedamos atrapados en el interior del coche. Debido a que el depósito de la gasolina se rompió, los servicios de emergencia tardaron cuatro horas en sacarnos. Stephen nunca recuperó el conocimiento.

—Me dijiste que murió... ¿Quieres decir que estuvo en estado de coma más de tres años? —preguntó él con horror.

—Sí. Desde el principio, los médicos me dijeron que no había

esperanza, pero me negué a creerlo. Como me sentía responsable, no podía creerles. Pasó mucho tiempo antes de que yo aceptara que Stephen había muerto en el accidente.

—Fue un milagro que te rescataran viva —murmuró Rider.

—Estuve consciente la mayor parte del tiempo. Quedé atrapada por las piernas. Sufrí heridas internas y tuve una hemorragia. Antes de que pudieran llevarme al hospital, perdí al niño.

Rider gimió y se tapó la cara con las manos.

—Lo siento, cariño, lo siento —dijo ella con angustia—. No soporto verte así. Rider la abrazó.

—Soy yo quien debe sentirlo —aseguró él—. Debes haber sufrido mucho... —se estremeció—. ¿Cuánto tiempo estuviste en el hospital?

—Casi tres meses. Después de unas semanas, pude caminar, pero como tenía tantos vendajes, parecía una momia.

—¿Por qué no me dijiste todo esto antes? —preguntó Rider.

—Debido a que había tanta tensión entre nosotros, no sabía cómo te lo tomarías. Esperaba que nuestra relación mejorara, para contarte toda la historia.

—Al principio, casi creí que te odiaba. No tardé mucho en comprender que no era así. Cometí error tras error y la situación fue de mal en peor. Permití que mi culpabilidad y mi frustración me convirtieran en una especie de monstruo—confesó Rider—. Si no hubiera aceptado ayudar a Kate o si hubiera tenido más sentido común la segunda vez... Dices que todo fue culpa tuya, pero fue mía...

—Entonces, tendremos que compartir la culpa y perdonarnos mutuamente —sugirió Rita.

—No puedo perdonarme. Es hora de que te deje ir para siempre. Sólo te he dado infelicidad. El pasado siempre estará ahí, como un muro entre nosotros...

—Eso no es verdad —lo abrazó aterrada—. ¡No lo es! El pasado sólo puede interponerse entre nosotros si lo permitimos. Lo hecho, no puede deshacerse, pero sí puede...

—No dirás que puede olvidarse —la interrumpió Rider.

—No puede olvidarse, pero puede aceptarse. Una vez que lo aceptemos, ya no nos hará daño —opinó Rita.

:—Me resulta difícil creerlo —su expresión era de remordimiento.

—Créelo —le pidió Rita. Le cogió una mano y se la llevó a la mejilla—. Una vez que acepté todo lo sucedido, aunque todavía me siento triste a veces, el dolor se desvaneció. Me siento libre del pasado para -empezar de nuevo. Como nunca hablamos de una manera abierta y no sabíamos lo que el otro pensaba, comenzamos mal. Dijiste que habíamos llegado al final del camino y que no podíamos

continuar de la misma manera. Estoy de acuerdo… —respiró hondo y añadió—: Te he dicho todo esto, porque deseo quedarme a tu lado. Quiero que nuestro matrimonio perdure y espero que ahora que he sido completamente sincera, podamos empezar de nuevo. Has dicho que si quería saber lo que sentías por mí, sólo tenía que preguntar. Te lo pregunto ahora…

—¿Quieres saber si siento algo por ti? —los ojos grises brillaron humedecidos por las lágrimas—. ¡Oh, Rita! —ocultó el rostro contra su cuello. Cuando recuperó el control, agregó—: Eres la única mujer que he amado. Eres mi corazón, mi mente, mi alma. Eres más que la vida para mí. Sé que no me lo merezco, pero quiero que te quedes a mi lado, que me hagas tan feliz como pienso hacerte yo.

—No puedo prometer felicidad eterna. Puede haber momentos de tristeza, pero… —decía ella, pero él la interrumpió.

—Mientras nos tengamos mutuamente, nada más importa. No me importa si no podemos tener hijos…

—¿Has cambiado de opinión con respecto a tener hijos? —preguntó ella.

—Pensándolo bien, creo que no tengo madera para ser padre.

—¡No me digas eso! —exclamó Rita. Él la miró sorprendido—. Lo único que puedo decir es que será mejor que lo pienses de nuevo. Fui a visitar al doctor Wiseman hace un par de días y me hicieron muchas pruebas…

—¿Tratas de decirme que puede haber una posibilidad? —preguntó Rider.

—Mejor que eso —Rita pasó los dedos por el pelo de Rider y lo besó en la boca—. Tienes hasta septiembre para practicar.

—¿No hay error? —preguntó Rider.

—Ninguno. Me dijeron que estoy en perfecto estado y que tendré un embarazo normal.

—¡Sí que has hecho bien las cosas! —exclamó Rider.

Rita se rió y se ruborizó.

—Tuve un poco de ayuda. Si no estás seguro del papel que tuviste, vayámonos temprano a la cama para que te refresque la memoria.

Rider la besó y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Mi precioso amor, tienes unas ideas estupendas —opinó él.

El tres de septiembre de ese año, algunos de los reporteros de la ciudad de Nueva York escribieron con distintas variantes la misma noticia en al sección respectiva:

Ayer, el señor y la señora Barron se convirtieron en orgullosos padres de unos gemelos; un niño y una niña, que nacieron en la clínica del doctor Wiseman, en Park Avenue. Los niños y su madre se encuentran bien.

El rico banquero, quien sostuvo la mano de su esposa durante el nacimiento, se siente aliviado y feliz.

Mientras lo celebraban con champán, pregunté el nombre de los gemelos y me informaron que el niño se llamará Rider Daniel, en honor de su abuelo, y la pequeña Rita Kate.

También me enteré de que los Barron, que han sido designados la pareja más feliz de Nueva York, tienen la intención de fundar una clínica ginecológica gratuita en Lower East Side…

Lee Wilkinson - Cerca de ti (Harlequín by Mariquiña)